

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Desarrollo, Ambiente y Territorio

Convocatoria 2015-2017

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Desarrollo Territorial Rural

Siempre fuimos agroecológicos: entre la utopía y la cotidianidad. Un acercamiento etnográfico al componente teórico-práctico de la agroecología en perspectiva comparada

Sergio Antonio Monroy Isaza

Asesora: Myriam Paredes

Lectores: Jorge Luis Acanda y Cristóbal Kay

Quito, febrero de 2018

Tabla de contenido

Resumen	V
Agradecimientos	VI
Introducción	1
Problematización y problema.....	6
Objetivo general y específicos	7
Estudios de caso y sistematización.....	8
Herramientas metodológicas	9
Capítulo 1	12
Marco teórico	12
1.1. Características generales acerca de la agroecología.....	12
1.1.1. Contexto epistemológico de la agroecología	14
1.2. Filosofía de la praxis	17
1.2.1. El problema del sentido común.....	19
1.2.2. El buen sentido	21
1.2.3. Actividad práctica	23
1.2.4. Actividad teórica	24
1.2.5. Unidad entre teoría y práctica	24
1.2.6. Praxis.....	26
1.2.7. La filosofía de la praxis y su cuerpo teórico-práctico	28
Capítulo 2	32
Los hallazgos en campo	32
2.1. Finca Yacu Ñan.....	32
2.1.1. La familia	32
2.1.2. La finca.....	36
2.1.3. Semillas	38
2.1.4. Mercados	38
2.1.5. Alimentación	39
2.1.6. Organización social.....	40
2.2. Finca La Clem	41

2.2.1. La familia	41
2.2.2. La finca.....	43
2.2.4. Mercados	45
2.2.5. Alimentación	47
2.2.6. Organización social	48
2.3. Finca Kurikindi	49
2.3.1. La familia	49
2.3.2. La finca.....	51
2.3.3. Semillas	54
2.3.4. Mercados	55
2.3.5. Alimentación	55
2.3.6. Organización social	56
2.4. En perspectiva comparada: agroecología y filosofía de la praxis	57
Capítulo 3	60
Agroecología: entre lo político, lo teórico y lo práctico	60
3.1. La agroecología en la política	61
3.1.1. La autonomía y el Estado	67
3.2. La agroecología en la teoría	70
3.2.1. La producción científica en las universidades.....	75
3.3. La agroecología en la práctica.....	77
3.3.1. Los mercados.....	78
3.3.2. La alimentación	81
3.3.3. Las semillas	86
3.4. ¿Hacia un balance de la política, la teoría y la práctica en agroecología?	90
Conclusiones	96
Lista de referencias	103
Entrevistas	107

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Sergio Antonio Monroy Isaza, autor de la tesis titulada Agroecología: ¿un paradigma para la transformación social? Un acercamiento etnográfico a su componente teórico-práctico declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de Investigación en Desarrollo Territorial Rural concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, febrero de 2018

A handwritten signature in black ink on a light blue background. The signature is cursive and appears to read 'Sergio Antonio Monroy Isaza'.

Sergio Antonio Monroy Isaza

Resumen

Esta investigación se pregunta por la relación entre teoría y práctica, en el marco de la agroecología, en tanto disciplina en construcción, dispuesta para la transformación de la realidad social.

Históricamente, las vertientes teóricas de las que ha bebido la necesidad de un cambio profundo de las relaciones económicas, sociales y políticas, han entrado en abierta discusión respecto del rol de la práctica en esta avanzada. Con resultados dispares, los hechos históricos sobre entorno a la relación entre teoría y práctica, en el sentido expuesto, han acentuado la necesidad de esta discusión.

La filosofía de la praxis es entendida en este documento como un marco referencial, donde las reflexiones teóricas son determinadas por perspectivas críticas que, por antonomasia, apuntan a la transformación social. La crítica entonces, en este marco, tiene por eje potenciar la acción social transformadora, o praxis, a fin de alterar la síntesis cultural actual, o sentido común. Esto con las miras puestas en una nueva síntesis, en un nuevo sentido común, en un buen sentido.

En términos metodológicos, la etnografía es la herramienta principal que el autor ha usado para modelar los argumentos que se desarrollan. Con los límites de la etnografía claros, los y las lectoras no encontrarán generalizaciones, ni acercamientos a universalismos. La etnografía se hace de recursos localizados para hacer evidentes los efectos que generan las estrategias globales.

A partir de tres estudios de caso, tomados de la sierra central del Ecuador, se pretende mostrar cómo la agroecología desarrolla su componente transformador, desde los encuentros entre teoría y práctica. Asimismo, tomando a la cotidianidad como base epistemológica, se quiere mostrar, desde realidades localizadas, que la lucha social se levanta sobre lo que critica, y habita sus propias contradicciones. Los y las lectoras se encontrarán con un abordaje que considera las contradicciones y disparidades como determinantes para la acción colectiva organizada; y, que, al tiempo, intenta alejarse de los preceptos políticamente correctos, con claras tendencias apriorísticas.

Agradecimientos

Agradecer siempre será insuficiente. La generosidad con que he recibido ayuda, compañía, afecto y amor, no se corresponde con el corto alcance que expresa un agradecimiento. En apariencia este camino ha sido individual. Realmente no ha habido muestra más fehaciente del trabajo colectivo, que esta maestría. Son abundantes los momentos en que mi individualidad mostró su ineptitud para afrontar los retos cotidianos, propios de un desafío intelectual de esta naturaleza. Los bloqueos, los caminos sin salida, los conatos de depresión, las crisis de ansiedad y las contradicciones mismas de la vida se hicieron presentes, constantemente, y se opusieron a mis capacidades individuales. No reconocer mis límites y los innumerables aportes de los y las demás, más que una falta a la honra, es una insensatez.

El primer lugar lo ocupa mi camarada, persistente y habitual. Luisa Fernanda, mi compañera, mi amiga, la inspiración de mi masculinidad alternativa, aun en ciernes. Nuestra vida ha estado marcada por retos incoherentes –fue un hermoso regalo habernos juntado en El Balcón Aquel.

Partimos a la Patagonia en un momento en que cualquier racionalidad lógica habría dictado lo contrario. Sobrevivimos en un contexto hostil, resistimos y nos erigimos en la convivencia extrema –porque estar juntos más de 20 horas diarias no es cosa menor. Creímos fracasar mientras nuestro paso por América del Sur dejaba en su estela una vastedad de reflexiones.

Aprendimos de la carencia y la necesidad, del amor y del cansancio, de la desesperanza y la alegría. Juntos hemos ido aprendiendo la complejidad de la Maestra Vida, que te da y te quita, y te quita y te da. Nada de esto habría sido posible sin tu paciencia, tus enseñanzas, tus llamados a la ética y tu amor inconmensurable. Sin tu apoyo denodado, esto habría sido muy difícil.

A mi familia –mis viejos y mi hermana- que me recibieron con los brazos abiertos, y me acogieron con amor profundo. Su apoyo irrestricto me permitió persistir en este camino, lleno de obstáculos y asperezas. Siempre cómplices de mis absurdos, siempre presentes en mis crisis, siempre pendientes de mi proceso. Profesan por mí una admiración muy generosa, frecuentemente distante de la realidad. Han depositado en mí enormes esperanzas, mucho más

grandes que mis limitadas capacidades. Me han enseñado la trascendencia de la sencillez y la humildad.

Quiero agradecer a mi amigo y maestro, Pedro Galindo. Sus profundas enseñanzas, todas con olor a tinto cargado, fueron la primera gran entrada al inhóspito mundo de la metodología y la realidad social, vista desde la ciencia política. Su biblioteca infinita, su disciplina pertinaz y su compromiso con la universidad pública, fungieron de inspiración para seguir con este proceso, que tiene este documento como su primera gran cúspide. Una parte de este trabajo pertenece a él. Al grupo de investigación en Socioeconomía, Instituciones y Desarrollo. En su seno encontré, por vez primera, la acción colectiva, académica, rigurosa y comprometida. La cualificación de mi discurso, la comprensión exhaustiva de la academia militante y la entrada al espeso mundo de la economía, son los mojones que desde este lugar me han estructurado. Pluralidad y heterodoxia confluyeron y conspiraron para configurar mi armazón ideológico. Otra parte de esta tesis de maestría le corresponde al grupo, con quien aprendí el valor de lo colectivo, sus ritmos y contradicciones, y la complejidad que entraña.

A la Asociación Nacional de Zonas de Reserva Campesina, donde tuve mi primer acercamiento riguroso y colectivo a los problemas de la ruralidad. Gracias a César, Samy, Rafa, Juliana, Pablo, Julio, Lorena, Daniela y Leonardo, porque logramos ver más espacios disponibles. Aunque no lo notamos, creamos posibilidades inusitadas. Gracias por la complicidad y la disponibilidad permanente de creación colectiva. Con ustedes y en Inzá tuve mi primer acercamiento a la agroecología, de alguna forma ustedes plantaron el interés disciplinario que nutre este esfuerzo.

Agradezco a Myriam, mi asesora, por su labor esforzada, a pesar de sus interminables labores y compromisos. Sus enseñanzas son invaluable porque me permitieron comprender la importancia de las perspectivas que sobre las ciencias sociales tienen quienes no fueron formados en ellas.

Sus reiteradas sugerencias sobre los horizontes prácticos de este documento, marcaron las posibilidades y la materialidad de este trabajo. Su acción comprometida, franca y sincera me ratifica que la academia es un espacio en disputa, y que es posible hacer de ella un escenario crítico y creativo.

Al maestro Cristóbal Kay, que con su lectura aguda y crítica, me permitió encontrar enormes vacíos y sinsalidas. Sus comentarios le dieron corpulencia a este trabajo. Al maestro Jorge Luis Acanda, quien desde el principio acogió con profundo interés esta vorágine. Su profundo conocimiento me permitió comprender con profundidad la complejidad gramsciana, y me enseñó el carácter minucioso de la lectura crítica. Permanentemente creyó en que esto era posible y, aún más, interesante y útil.

Agradezco a las familias que participaron activamente en este proyecto. Sus experiencias y la robustez de sus cavilaciones me ayudaron a desmontar diversos y numerosos velos. Fueron ellos y ellas quienes confirmaron que la validez de la lucha social no está en los *burós* que las dirigen, ni en los intelectuales académicos que las apoyan, sino en la entereza con la que se construye, día tras día. Son su perseverancia, fortaleza, creatividad y sentido crítico la inspiración de este escrito.

Agradezco a Wilson Solis, Pacho Gangotena y Ramiro Vela, quienes me enseñaron tanto los alcances prácticos de la agroecología en Ecuador, cuanto su importancia para el futuro de la transformación social en América Latina. Cada uno, a su manera, ha surcado nuevos e inusitados espacios de lucha y resistencia. Son la encarnación de la crítica que se desarrolla y vigoriza con el paso del tiempo, rechazando los anquilosados procesos que representan muchos de sus coetáneos.

Gracias a Diego Monroy, Milton Piñeros, Samuel Nossa, Paola Galindo, Luisa Tovar y Diego Guevara, quienes, sin pretenderlo, aportaron significativamente en la construcción de esta tesis con sus desinteresadas discusiones, su valioso tiempo e inagotable creatividad. Siempre fueron mi polo a tierra, y eso nos une. Con ustedes puedo atar las más abstractas discusiones políticas con la fluidez de la vida, y por eso los extraño tanto. Finalmente, agradezco a los y las ecuatorianas, que con sus impuestos me permitieron dedicarme, con exclusividad, al curso de la maestría. Sin su colaboración anónima no habría sido posible el feliz término de esta etapa.

Digo adiós a esta etapa. Un adiós justo y pertinente. Me despido agotado y agradecido. Me despido orgulloso del deber cumplido, que se atisbó inalcanzable cuando llegué a Quito. Parto

afirmándome en el cariz romántico, luchador y creativo de Nuestra América Latina; y esperando que en algún momento estas páginas puedan emanciparse de la embebida academia dominante.

Introducción

La investigación que se presenta a continuación se centra en las articulaciones teórico-prácticas que se disponen para la transformación de la realidad social, en el contexto de la agroecología. Alrededor de estas articulaciones se incluye el ámbito teórico-científico, considerado de gran valor, aunque teniendo por eje a la praxis, como productora de validez y sentido.

La agroecología se compone, en términos teórico-científicos, de un cuerpo coherente que otorga sentido a una necesidad de transformación social profunda. Al enfrentarse a la idea científico-técnica heredada del modo de producción capitalista, basada en una perspectiva y racionalidad instrumental de la modernidad, propone un marco referencial para promover la acción transformadora.

En Ecuador, la agroecología ha tenido una notable importancia, en el curso de este siglo. A pesar que, desde el año 2000, han confluído técnicos, intelectuales, funcionarios públicos y campesinos en el desarrollo de la agroecología, esta lleva más de veinte años en el país (Soliz 2010). El curso de este documento de desarrollará con agricultores que perciben la mayor parte de sus ingresos de la agroecología.

La agricultura¹, al menos desde la adopción de la Revolución Verde y su paquete tecnológico, entró en la carrera por la modernización de las labores agrícolas. Se trata de una avanzada global que sigue vigente. También hace parte de las políticas de industrialización que han dividido al mundo en países *desarrollados* y *subdesarrollados*.

Este tipo de agricultura se ha expandido por todo el orbe y, actualmente, se encuentra regulada por los mecanismos de distribución del mercado global. Los países de mayores ingresos otorgan amplios subsidios a su producción agrícola, en concomitancia con la configuración de estructuras concentradas, basadas en la monopolización de los mercados en los países del sur

¹ Se entenderá la agricultura como una serie de “procesos complejos que involucran no solamente la producción de alimentos, fibras y otras materias primas a partir de factores tecnológicos, dotaciones de recursos naturales e inversiones de capital, sino también una serie de factores vinculados con las circunstancias en que se desenvuelven y con los efectos que producen en las sociedades y en los ecosistemas” (León Sicard, Mendoza y Córdova 2014, 57).

global. El mercado mundial de productos agrícolas, por ende, se encuentra regulado por las corporaciones transnacionales, y apoyado por las organizaciones multilaterales y los Estados (McMichael 2015).

Lo anterior puede corroborarse con el comportamiento de la producción mundial de cereales (donde la soya, maíz, trigo y arroz representan el 90% de su producción total), oleaginosas y carnes.² Para el caso de Ecuador, la situación refleja lo señalado en el párrafo anterior. Según indican Torres et al. (2016), el sector agroalimentario es controlado por tres empresas, que tienen en su poder la producción y comercialización de productos cárnicos, azúcar, aceite, productos lácteos, bebidas no alcohólicas y productos de molinería. Siguiendo a estos autores, la comercialización de alimentos a través de supermercados se ha triplicado y, en concomitancia con la especulación financiera, propia del orden actual del mercado global agroalimentario (Rubio 2017), haría que productores nacionales precarizados compitan con sus pares subsidiados del norte global.

La agricultura actual, relacionada como *nueva agricultura para el desarrollo* (McMichael 2009), se resume en el enfrentamiento de la agricultura campesina y familiar con el mercado global, determinado por las reglas impuestas en el marco de los intereses de las grandes empresas transnacionales de insumos (semillas, hormonas, patentes, químicos) que, a su vez, responden a los Estados que lideran la producción y exportación mundial de cereales (Rubio 2017).

La agroecología, que emerge como un cuerpo teórico-práctico en los estudios rurales, resiste a la agricultura convencional y a sus efectos sobre la sociedad. La llamada agricultura tradicional, puede identificarse como una agricultura que, históricamente, se ha practicado sin insumos químicos –hasta bien entrado el siglo pasado. Esta, además de ser milenaria y evolucionar en el tiempo y en el espacio, ha privilegiado los recursos locales y la energía humana y animal, en contraposición a los altos niveles de energía fósil, que demanda la agricultura modernizada (Altieri 1991).

² Según Hocsman (2014), entre 1980 y 2010, para el caso de cereales y oleaginosas, la producción mundial aumentó en 50% y 200%, respectivamente. Entretanto, la producción de carnes ha cambiado cualitativamente, pasando de una producción intensiva en bovinos, a una intensiva en porcinos y aves. Así, la producción bovina y aviar ha aumentado entre 1980 y 2010, de manera sostenida, 150% y 400%, respectivamente.

Las racionalidades heterogéneas, relacionadas con las prácticas agrícolas, algunas de ellas milenarias, traen consigo formas específicas de concebir ideas acerca del progreso y el avance social, cultural, económico y político. Existe suficiente evidencia alrededor de la experimentación en complejos sistemas y prácticas agrícolas (Altieri 1991), con lo cual el conocimiento se hace tanto más profundo, cuanto más sistemático.

La agroecología se opone a la idea de sociedad gestada en el marco de la racionalidad instrumental y capitalista de la modernidad. La agroecología se inscribe en una postura liberadora, en el marco de la modernidad, puesto que surge del contexto de la Revolución Verde, con todas sus contradicciones; a fin de proponer nuevas formas de hacer agricultura, y de construir relaciones sociales.

Desde la agroecología, frente a la propuesta de una transformación social profunda, se sientan las bases de una crítica epistemológica mordaz al paradigma positivista. Las relaciones asimétricas en la investigación social (sujeto/objeto), producen específicos ordenamientos teóricos. Lo señalado se refiere a:

[...] aquellas reglas de trabajo de empiristas lógicos, positivistas y funcionalistas derivadas del peso imitativo que sobre las disciplinas sociales han tenido las ciencias ‘duras’ desde el siglo XIX, incluidas las normas sobre objetividad y neutralidad. Recordamos que a partir de las geniales obras de Galileo, Newton y Descartes, la reacción de la Ilustración contra el escolasticismo y la superstición, sin negar sus méritos, había llevado también a continuar con otro tipo de subordinación y explotación intelectual, representado esta vez en el monopolio elitista y oligárquico del conocimiento. En efecto, ahora había que dominar la naturaleza y civilizar diversos pueblos ‘atrasados’, por lo que los selectos investigadores ‘avanzados’, objetivos y neutrales –siempre pocos y arrogantes en sus preferidas torres de marfil o como miembros de grupos de poder-, debían colocarse por fuera y por encima de los procesos investigados y de sus ‘objetos’ o ‘targets’ (Fals Borda 1998, 307).

Desde el cartesianismo, las soluciones a los problemas, planteadas desde el lugar de la ciencia, tales como la hambruna y la pobreza, se construyen desde la parcialización y simplificación de la

realidad social. El abordaje científico, en estas condiciones, suprime su complejidad, con lo cual los lineamientos teórico-científicos distan más de las prácticas que la componen.

Lo anterior queda reafirmado, para el campo de la agricultura y la alimentación, como queda a continuación:

[...] después de más de medio siglo de atención pública, para reformar el sector agropecuario con intervenciones de asistencia técnica y modernización de los sistemas productivos, alimentarios y de mercados, la crisis de desarrollo en la agricultura y la alimentación ha continuado. Aún más, es posible argumentar que quizá se ha profundizado. Hoy día no solo preocupan los viejos problemas del pasado (cómo alimentar a la ciudadanía) y de integrar a los sectores tradicionalmente marginados a la supuesta modernidad; al mismo tiempo es necesario llamar a la reflexión para organizar respuestas sociales y medioambientales que sean científicamente informadas y públicamente informadas (Paredes, Sherwood y Arce 2016, 14).

Producto de lo hasta ahora mencionado, para esta investigación resulta del mayor interés destacar el carácter dinámico de la realidad social. La necesidad de conservación y cambio, que al juntarse en una relación compleja, permiten la emergencia de nuevas expresiones unitarias de teoría y práctica. Éstas se configuran como una expresión sintética que, potenciadas, permiten el desarrollo de nuevas síntesis, respecto de expresiones unitarias del mismo tipo. Se generan procesos de ruptura que crean nuevos cuerpos teórico-prácticos que, a su vez, permiten el movimiento de la sociedad.

La agroecología, en atención a su acumulado teórico-práctico, representa una nueva expresión unitaria entre teoría y práctica. Esto es, la agroecología se levanta como un organismo teórico-práctico, sobre –y desde- la crítica que realiza a la Revolución Verde. Funda una nueva técnica de producción, y a partir de esta se erige un nuevo cuerpo epistemológico. Estos dos polos se unen para formar un cuerpo teórico-práctico, con el fin de otorgar coherencia y legitimidad a una forma de integración social que ha de levantarse sobre la base de una crisis civilizatoria, que habita, observa y ataca.

A modo de ejemplo, la sostenibilidad, en su versión institucionalizada y desde su abordaje agronómico (Sevilla y Soler 2009), se presenta como una faz por medio de la cual se desarrolla la crítica que plantea el contenido teórico-científico de la agroecología. En su versión institucionalizada –y relativamente conservadora-, el desarrollo sostenible argumenta la necesidad de soluciones ecológicas. La postura de diversos organismos internacionales, ubican el problema, en lo fundamental, en torno al gran crecimiento demográfico de los países de menores ingresos, y de su influencia frente a la apropiación de los recursos naturales, a la que otorgan un carácter negativo. Ello deja de lado la notable presión que sobre la naturaleza ejercen los países de mayores ingresos, representativos en la exportación de alimentos, en la demanda de derivados del petróleo y en su poca adaptabilidad productiva al cambio climático.

Desde su abordaje agronómico, la mitigación de la degradación de los recursos naturales es el objetivo de la sostenibilidad institucional. Las soluciones que provee están ligadas al suministro de insumos externos –con lo que se hace dependientes a los y las agricultoras-; y, además, no cuestiona el proceso de modernización de las labores agrícolas, intensivas en capital (Sevilla y Soler 2009).

La crítica que emerge desde la agroecología se va en ristre contra el paradigma positivista, que surge a partir de las formas de integración social que le subyacen –con sus correlativas formas de institucionalización-, y desde donde constituye formas específicas de comprender el mundo. El acumulado institucional constituido por las relaciones sociales, sirve como base para la configuración de los lineamientos científico-técnicos del positivismo.

Los cuerpos teórico-prácticos que se erigen como paradigmas, emergen a partir de transformaciones relativamente súbitas y sin estructura (Kuhn 1989). De esta manera se ha documentado, al menos, desde el periodo clásico. Es así que cada periodo (clásico, medieval, moderno) se ha caracterizado por tener una forma específica, respecto de la articulación teórico-práctica (Sánchez 2003).

La importancia de la emergencia de cuerpos teórico-prácticos condensados y relativamente homogéneos, tiene como una de sus condiciones la distinción, principalmente a través del

lenguaje. Éste, de manera normativa, representa la porción de la realidad que quiere expresar. Pretende que tal representación sea pertinente y rigurosa, a fin de otorgar una cierta identidad al fenómeno observado, lo que permite una diferenciación de otros lenguajes científicos en el mismo campo (Kuhn 1989).

La posibilidad de consolidar un nuevo cuerpo teórico-práctico se deriva del lenguaje científico. De ahí resulta la posibilidad de construir y acumular conocimiento científico sobre un campo en particular, y no sobre otro. En consecuencia, se producen ciertas taxonomías³, que parten de metáforas y semejanzas, además de proponer formas comunes y disímiles (Kuhn 1989). A partir de esto, se propone una nueva forma de conocer el mundo, y una nueva vía para apropiarse de él.

Problematización y problema

Nuevas alternativas de desarrollo rural, ligadas a la agroecología, vienen surgiendo con mayor fuerza (Sevilla y Soler 2009). Los actores científicos que aportan teóricamente a este campo, reconocen que está en construcción (Altieri y Toledo 2010; Álvarez-Salas, Polanco-Echeverry y Ríos-Osorio 2014; Caporal, Costabeber y Paulus 2009; León Sicard 2009; Sevilla y Soler 2009), y señalan la importancia de consolidar su objeto de estudio y profundizar sus alcances prácticos.

Lo señalado en el párrafo anterior se presenta como la puerta de entrada para el problema que interesa en esta investigación. Los abordajes teórico-científicos que aportan a la agroecología la plantean, normativamente, como una ciencia compleja, holista y transdisciplinaria (Álvarez-Salas, Polanco-Echeverry y Ríos-Osorio 2014). Plantean esta premisa como un horizonte, que se levanta como propuesta, basada en la crítica a las maneras en que se ha emprendido el desarrollo rural, y al paradigma positivista. No obstante, y en atención a la agroecología como práctica, los mencionados aportes teóricos no logran superar los discursos políticamente correctos.

Esto es, desde los agroecosistemas, entendidos como los espacios donde se desarrolla la agroecología, la práctica debe enfrentarse a la cotidianidad, desde donde se construye la

³ Se entiende por taxonomía lo que Kuhn (1989, 90-91) define como “una lista de características sobresalientes respecto a la relación de semejanza requerida, esto es, un espacio de características en el que los elementos previamente yuxtapuestos están siempre agrupados juntos como ejemplos de la misma cosa y, simultáneamente, separados de objetos y situaciones que en otras circunstancias podrían haberse confundido”.

alternativa planteada. El peso de la cotidianidad debe desechar las posturas políticamente correctas, eventualmente, para dar solución a la vida diaria. Existen impedimentos para que los elementos del devenir se hagan realidad (Moura 1976), toda vez que no se presta suficiente atención a los espacios cotidianos que, desde la práctica, van construyendo una realidad compleja y contradictoria que, no por ello, olvida su horizonte.

En tal sentido se hace pertinente enunciar la siguiente pregunta: *¿de qué manera las articulaciones teórico-prácticas –dispuestas para la transformación social- emprendidas por los y las agricultoras en sus fincas, permiten desarrollar el contenido transformador y liberador de la agroecología?*

La agroecología avanza en dirección de su consolidación, como un cuerpo teórico-práctico coherente y relativamente homogéneo. Como parte del proceso, se han construido ciertos consensos en torno a su objeto de estudio. Parte del camino que falta por recorrer está ligado a la posibilidad que estos consensos se consoliden como una nueva forma de conocer la realidad social, donde la praxis guíe los lineamientos teóricos.

Objetivo general y específicos

El objetivo general en esta investigación es explorar las articulaciones teórico-prácticas que permiten el desarrollo de los contenidos transformadores y liberadores de la agroecología, en la voz de los y las agricultoras que construyen la agroecología desde la cotidianidad.

Para encarar el objetivo general, se disponen dos específicos que lo desarrollan. En primer lugar, caracterizar las articulaciones teórico-prácticas que, los y las agricultoras, despliegan a través del manejo agroecológico de cada finca; y que permiten diversas formas de apropiación de la agroecología. En seguida, explorar las formas en que diversas vertientes académicas y científicas abordan los lineamientos teórico-científicos acerca de la agroecología, en términos de los elementos políticos y teóricos que la componen.

Estudios de caso y sistematización

El curso metodológico de esta investigación estuvo determinado por la selección de tres estudios de caso, cada uno ubicado en las provincias de Imbabura, Pichincha y Cotopaxi, respectivamente. La finca agroecológica fue el lugar en que estuvo localizado cada caso, y donde se caracterizó el manejo agroecológico, en atención al marco referencial que se propone.

Se seleccionaron tres casos en atención al ejercicio de comparación en que está basada esta investigación. Han sido tres casos, toda vez que la comparación con un número impar permite la triangulación de la información, de una manera técnicamente más acertada. De otro lado, todos los casos estuvieron localizados en la sierra central del Ecuador, tanto por el rol que representa esta región en el país, respecto del abastecimiento de alimentos, en términos agroecológicos; cuanto por las limitaciones de espacio, tiempo y recursos. Estas limitaciones no permitieron el desarrollo del trabajo de campo en la sierra, la costa y la región amazónica, lo que habría permitido una imagen más profunda sobre el particular, en el nivel nacional.

La selección de cada caso tomó en consideración tres elementos. Uno, que la producción agroecológica tenga, al menos, cinco años. Dos, que la finca sea la residencia permanente para los y las productoras. Y, tres, que la mayor parte de los ingresos familiares provengan de las actividades agrícolas. Estos elementos son condición *sine qua non*, siempre que permiten una comprensión relativamente exhaustiva de la agroecología en la vida de los y las agricultoras. El tiempo mínimo de la agroecología, como modo de producción, establecido en cinco años, garantiza la efectiva recuperación del suelo. La finca como vivienda permanente respalda a la agroecología, en tanto y en cuanto se hace fundamental dentro de la economía familiar. Por último, las actividades agrícolas, dispuestas como eje de los ingresos familiares, impulsan las reflexiones vitales alrededor de la agroecología, en lo que corresponde a los cambios en la familia, sus individuos, y entornos sociales y ecológicos.

A fin de ofrecer a los y las lectoras una disposición más clara de la información obtenida en el trabajo de campo; este ha sido sistematizado alrededor de 6 categorías (familia, finca, semillas, mercados, alimentación y organización social). El proceso de observación en cada lugar fue preciso para comprender los procesos reflexivos que articulan teoría y práctica, alrededor de la

agroecología, al tenor de las categorías indicadas. El proceso de observación se desarrolló en las familias en un momento en que ninguna de estas pertenecía a una organización social, más allá que alguna vez hubiesen tomado parte en alguna experiencia de este tipo. Por esta razón, la categoría destinada a la organización social tiene un desarrollo más limitado, respecto de las demás.

Los casos fueron selecciones a la sazón de conversaciones entre el autor y personajes clave dentro del campo de la agroecología (Francisco Gangotena –reconocido como el precursor de la agroecología en Ecuador- y Wilson Solis –presidente de ProBio-, fueron de la mayor importancia para esta labor). Además, algunos encuentros desarrollados por el Colectivo Agroecológico y ProBio, fueron de gran valía para la tarea en mención.

Aunque el trabajo de campo consideró como una variable para la sistematización a la organización social, el interés del autor no fue tomar a las organizaciones sociales como parte del estudio. Por el contrario, la pretensión estuvo en ir más allá del alcance de las organizaciones sociales. Esto es, se consideró de la mayor importancia en esta investigación a las familias como núcleo de configuración y articulación de la agroecología, entendida desde una perspectiva política orientada a la disputa y la movilización social. En las fincas se erige la agroecología como práctica, allí emergen los elementos que cuestionan y afianzan los postulados teóricos, y desde allí brotan los insumos para la constitución de reivindicaciones sociales y políticas.

Herramientas metodológicas

Esta proyección metodológica se realizará a través de tres métodos, siendo el principal la observación participante (etnografía), y de manera subsidiaria, entrevistas etnográficas y semi-estructuradas a profundidad.

La etnografía resulta una herramienta pertinente para este proyecto, toda vez que en ella reposa la identidad teórico-práctica indispensable para llevar a buen término una apuesta de estas características. Con la etnografía como partidero, no es posible la construcción de generalizaciones, pues, por lo general, se tratan, como en este caso, de estudios muy localizados, y menores en número, que lo impiden. No obstante, los estudios localizados, basados en

ejercicios etnográficos, permiten, quizás como ninguna otra herramienta metodológica, la construcción de un diseño metodológico que, de lo local, avanza a lo global. Esto es, los problemas más localizados resultan ser la expresión de ciertos cuestionamientos en el orden global. O, visto de otra manera, los problemas del orden global, logran cierta identidad y corporeidad, a partir de su estudio más localizado.

La etnografía supone al etnógrafo como dispositivo de producción de conocimiento, lo cual no sucede impunemente. Esto significa que el principal medio de aprehensión, comprensión y comunicación que media la etnografía es el etnógrafo y sus sensibilidades, habilidades y limitaciones. Al tiempo, él mismo va transformándose como sujeto con el ejercicio de la etnografía: gana en sensibilidad, desnaturaliza concepciones culturales, logra aperturas mentales o, simplemente, puede volverse más sensible y tolerante a las múltiples diferencias que lo confrontan en campo (Restrepo 2016, 12).

La observación participante se erige como una herramienta singular, a fin de, a más de otorgar un lugar privilegiado al observador, lograr una comprensión profunda -observando y participando de la cotidianidad- respecto de:

[...] cómo se hacen las cosas, quiénes las realizan, cuándo y dónde. Ser testigo de lo que la gente hace, le permite al investigador comprender de primera mano dimensiones fundamentales de aquello que le interesa de la vida social. Esto le permite acceder a un tipo de comprensión y datos que otras técnicas de investigación son incapaces de alcanzar (Restrepo 2016, 39).

A modo de complemento, se realizaron entrevistas etnográficas y semi-estructuradas a profundidad. Se entiende la entrevista como un diálogo orientado (Restrepo 2016), que “[...] proporciona una lectura de lo social a través de la reconstrucción del lenguaje, en el cual los entrevistados expresan los pensamientos, los deseos y el mismo inconsciente” (Vela Peón 2013, 67). Estas se planearon de manera previa, y atienden a la recolección precisa de información, por parte del investigador, en atención a parámetros que establecen puntos de interés.

Las entrevistas etnográficas se realizaron a los y las agricultoras responsables del manejo agroecológico de cada finca. A partir de estas herramientas se pretende acceder a información

que no ha sido del todo clara durante el proceso de observación. Mediante un diálogo estructurado con los y las agricultoras, se quiere profundizar en aspectos teóricos, que van guiando las reflexiones y dando sentido a las prácticas agroecológicas que permiten el manejo de cada finca.

Las entrevistas semi-estructuradas a profundidad se llevaron a cabo, principalmente, con dos intelectuales académicos dedicados a la investigación acerca de la agroecología. De manera complementaria, se desarrollaron entrevistas con activistas sociales, según fue pertinente para el curso de la investigación. Estos fueron seleccionados en atención a su legitimidad dentro de los movimientos sociales en los cuales fue posible recabar información. Son dos, principalmente, los activistas entrevistados.

Capítulo 1

Marco teórico

1.1. Características generales acerca de la agroecología

Como quedó enunciado en el capítulo anterior, la agroecología se encuentra en el proceso de consolidación paradigmática, que atiende a la profundización de su carácter complejo, holista y transdisciplinar⁴. Ello se desarrolla a partir de una fuerte crítica a la institucionalización del positivismo, así como a la simplificación de las relaciones sociales y socio-ambientales (León Sicard 2009). Este proceso queda expresado en los relativos consensos que se van elaborando en torno a su objeto de estudio.

En términos generales se entiende que la agroecología es una propuesta teórico-metodológica que rescata la complejidad de las relaciones socio-ambientales y, en tal sentido, asume como su objeto de estudio a los agroecosistemas. Sevilla y Soler (2009, 35) la definen como “un enfoque científico para el análisis y evaluación de los agroecosistemas y sistemas alimentarios y una propuesta para la praxis técnico-productiva y sociopolítica en torno al manejo ecológico de los recursos naturales”.

Álvarez-Salas, Polanco-Echeverry y Ríos-Osorio (2014) la entienden como una práctica tecnológica innovadora que pretende aplicar las dinámicas ecológicas a los cultivos y al manejo de los recursos naturales. Argumentan que no puede entenderse sin su condición de movimiento social que aboga por el empoderamiento del campesinado y la distribución de tierra. Y, la enfocan como una disciplina en construcción, marcada por la colonialidad del saber.

León Sicard, a más de aportar al consenso frente al objeto de estudio de la agroecología, define el agroecosistema como:

⁴ A pesar que la transdisciplinariedad es una categoría que lleva a la polémica, en este documento se entiende, en atención a los intereses de la investigación, como una articulación de distintas disciplinas científicas que, a más de ello, incluye el saber popular. Esto permite el diseño complejo de nuevas estrategias para el desarrollo rural (Caporal, Costabeber y Paulus 2009; Sevilla y Soler 2009).

[...] un conjunto de interacciones que suceden entre el suelo, las plantas cultivadas, los organismos de distintos niveles tróficos y las plantas adventicias en determinados espacios geográficos, cuando son enfocados desde el punto de vista de los flujos energéticos y de información, de los ciclos materiales y de sus relaciones sociales, económicas y políticas, que se expresan en distintas formas tecnológicas de manejo dentro de contextos culturales específicos (León 2009, 10).

El agroecosistema es considerado como un espacio físico y un sistema naturaleza-sociedad.

[...] se considera como la dimensión espacial donde se establecen las relaciones dinámicas entre los componentes del sistema. En este, las relaciones fluctúan y se transforman de acuerdo con los procesos adaptativos; es decir, configuran una historia particular y única. [...] son estructural y funcionalmente complejos, debido a las interacciones que se establecen entre los procesos ecológicos y socioculturales (Álvarez-Salas, Polanco-Echeverry y Ríos-Osorio 2014, 64).

La agroecología logra elaborar su propia identidad al diferenciarse de sistemas agrícolas alternativos, sostenidos en principios como la sustitución de insumos (con un enfoque orgánico) o la orientación al mercado. En su proceso de distinción y particularidad, presta atención a la naturaleza del cultivo, a la autonomía respecto de la provisión de insumos, a los sistemas de comercio justo orientados a lo local, y a la independencia de los y las agricultoras de mercados externos (Altieri y Toledo 2010).

Los conocimientos y técnicas agroecológicas se basan en los procesos de experimentación de los y las agricultoras, por lo cual se presenta un énfasis en lo local, a fin de promover la capacidad de innovación, usando herramientas participativas horizontales. La pertinencia tecnológica es importante a fin de lograr sustentabilidad y resiliencia⁵ a través de la diversidad y complejidad de los sistemas agrícolas (Altieri y Toledo 2010).

⁵ Se entiende la resiliencia como “la capacidad de adaptación a fenómenos ecológicos, sociales, culturales y ambientales que perturban el sistema de producción. Es, por tanto, la capacidad de un sistema para absorber las perturbaciones y reorganizarse de acuerdo con sus nuevas particularidades, con el fin de conservar, en esencia, la misma función, estructura e identidad” (Walker, Holling, Carpenter y Kinzig 2004, 5. Citado en Álvarez-Salas, Polanco-Echeverry y Ríos-Osorio 2014, 63).

En tanto técnica, la agroecología se sustenta en algunos principios básicos. (i) Reciclaje de nutrientes y energía; (ii) sustitución de insumos externos; (iii) mejoramiento de la materia orgánica; (iv) diversificación de especies de plantas en tiempo y espacio; (v) integración del cultivo con la ganadería; y, (vi) optimización de la productividad del sistema agrícola en su totalidad (Altieri y Toledo 2010).

1.1.1. Contexto epistemológico de la agroecología

La referencia a la agroecología se desarrolla, en este documento, desde la modernidad, entendida como “una forma de experiencia vital –la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida- que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo de hoy” (Berman 1999, 1).

Esta claridad resulta de la mayor importancia, pues se asume que la agroecología, en tanto corriente transformadora y liberadora, habita el contexto social, cultural, político y económico de la modernidad. Esta es una premisa que permite afirmar que, ninguna apuesta que tenga en su horizonte la transformación de la realidad social, escapa a las lógicas de la modernidad y el capitalismo, que le son actuales.

Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos propone aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos, atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Berman 1999, 1).

Se asume la modernidad desde una perspectiva profunda, amplia y heterogénea, que escapa a su postura instrumental, en la que crecimiento económico y avance tecnológico es igual a modernidad. Desde esta perspectiva, la modernidad se basa en el rescate de sus contradicciones y disputas internas, expresadas en la cotidianidad y en la trascendencia de la vida.

La modernidad, por un lado, se erige como el punto focal de la disputa para el marxismo (Berman 1999) por causa de los innumerables problemas sociales que generó, al menos desde el siglo XIX (desplazamientos forzados, miseria en el nuevo proletariado industrial, proletarización de la mano de obra rural).

También, y desde una perspectiva histórica, no hubo mayor desarrollo productivo que el alcanzado por la burguesía, en este contexto, en ninguna formación social previa (Berman 1999). En ningún caso se desarrollaron, con tal envergadura, las fuerzas productivas del trabajo social (fábricas, puentes, canales, vías, navegabilidad de los ríos).

Por último, a la sazón del avance productivo y sus efectos sociales, se presentan las transformaciones del mundo y las ideas que la burguesía evidenció a través de la acción organizada y concentrada. La modernización de la economía y la política abrieron horizontes insospechados (Berman 1999).

Esta contradicción, principal para el marxismo según Berman (1999), se consume en un escenario complejo. La modernización –entendida como el avance tecnológico y material- y el modernismo –entendido como el desarrollo espiritual y de las ideas- son compartimentos individuales y constituyentes de la modernidad. Se condensan en tanto expresión del surgimiento de una nueva era, y en cuanto condiciones para su misma extinción. ¿Cómo es que aquellas condiciones que permiten su surgimiento, desarrolladas, son el sustrato material y espiritual de su propia extinción?

Berman (1999) indica que esto se debe a un asunto meramente económico. El orden hegemónico burgués no puede permanecer con vida sin la transformación constante de los medios de producción. Sin la innovación no es posible sobrevivir en el mercado. Quien no innova está condenado a ser víctima del ritmo destructor del mercado.

Por supuesto, los cambios en los medios de producción, implican cambios en las relaciones de producción. Esto es, en las relaciones sociales. Este cambio en las relaciones sociales, “libera la

capacidad y el impulso humanos para el desarrollo: para el cambio permanente, para la perpetua conmoción y renovación de todas las formas de vida personal y social” (Berman 1999, 89).

Los opuestos conviven de manera permanente. Tal capacidad e impulso humanos para el desarrollo, van acompañados de una energía destructora, comandada, a su vez, por la rentabilidad (Berman 1999). Es la rentabilidad la condición que obliga a la destrucción de lo creado, una y otra vez, *at infinitum*, a fin de aumentar la tasa de ganancia.

La forma más contemporánea –y ortodoxa, si se permite- de la modernidad, ha abandonado las tensiones y los conflictos del siglo XIX, para imbuirse en una visión monolítica y cerrada (Berman 1999). Por un lado, parece que la modernización es la única expresión de la modernidad que busca, indefectiblemente, la libertad a través de la superación de la tradición –pues la historia de la humanidad puede resumirse en una sola tradición.

Por otro lado, sobre esta misma lógica, pero en la otra acera, la opción fatalista es vital. Los hombres y mujeres actuales son víctimas inactivas y dóciles de la modernización, que frente a tal afrenta estructural quedan sin horizonte de acción, y su destino es la muerte lenta (Berman 1999). En consecuencia, son los hombres y mujeres que han estado fuera de la modernidad instrumental, los y las llamadas a crear una nueva humanidad.

Ubicarse en un enfoque más profundo acerca de la modernidad implica ver, comprender y sumergirse en la experiencia contradictoria y compleja de la modernidad. Implica aceptar la convivencia de intensiones humanistas y altruistas, con comportamientos individualistas, cerrados y calculadores, producto de la inmersión en el capitalismo contemporáneo. Es la modernidad un proceso abierto, en construcción y sin fronteras, donde la creatividad del pensamiento práctico-crítico tendrá la posibilidad de “curar las heridas de la modernidad mediante una modernidad más plena y más profunda” (Berman 1999, 93).

La agroecología se imbuje en una perspectiva moderna profunda, atestada de contradicciones, donde las oportunidades y las restricciones se imbrican de manera permanente. Este mar de contradicciones, que caracteriza al capitalismo actual, se sitúa entre la modernización y el modernismo.

La agroecología se erige a partir de las energías incandescentes de cambio y crisis, generadas por el capitalismo. A su vez, ha llevado estas energías hacia rincones inusitados. Ha surgido de las consecuencias generadas por el capitalismo agrario, y ha crecido con vehemencia, al punto de considerar la Revolución Verde como un lastre para su crecimiento. Esta es una secuela del desarrollo de las contradicciones de la modernidad.

El capitalismo, en su etapa neoliberal y proclive a la financiarización de la vida, procura la construcción de un orden estructural predominante en lo político y cultural, distinguida por la interiorización de las reglas instituidas (Gramsci 1976). Semejante construcción requiere de dinámicas conservacionistas, que entran en abierta contradicción con el régimen de acumulación que, en el ámbito económico, implica destrucción permanente, en aras de aumentar el nivel de rentabilidad dentro del sistema (Berman 1999).

Nada escapa a esta lógica y, por supuesto, los movimientos sociales, como ya se señaló, tampoco. De ahí que la movilización social encarne un sinnúmero de problemas éticos en torno a las estructuras organizativas. Tales contradicciones se mueven en el marco de la cotidianidad, entre el romance de la construcción de un mundo nuevo, y la crudeza de la realidad que le es actual, reglada por las fuerzas del capitalismo. La comprensión de los procesos sociales como abiertos y contradictorios logra notables avances teóricos, pero innumerables obstáculos para su desarrollo en la práctica.

Es por ello que la crítica, a partir de su construcción vital y cotidiana, es vista como una enorme línea curva, repleta de contradicciones y sinsentidos. De ahí que se entienda:

[...] como parte de un proceso dialéctico en desarrollo. [Pretende] ser dinámica, inspirar e impulsar a la persona criticada a superar a su crítico como a sí misma, llevar a ambas partes hacia una nueva síntesis. Así, desenmascarar las falsas pretensiones de trascendencia es pedir y luchar por una trascendencia real (Berman 1999, 118).

1.2. Filosofía de la praxis

La filosofía de la praxis parte del hecho que señala que la filosofía, como actividad teórica, no encarna praxis alguna. En términos absolutos ello indica que la filosofía, en estricto sentido, no

tiene asidero material; sin embargo, logra actuar en dos sentidos. Por un lado, como expresión científica de la realidad material; y, de otro lado, como guía para la transformación de la realidad material (Sánchez 2003).

La filosofía como actividad teórica no es praxis, pues se trata de una actividad desarrollada desde la interpretación, que no converge en la realidad concreta. No obstante, no hay praxis sin construcción de conocimiento ni reflexión. De ahí que, “[...] una filosofía vinculada a la práctica, que aspira conscientemente a realizarse, lejos de carecer de un contenido propiamente teórico, ha de poseerlo en toda su riqueza” (Sánchez 2003, 284). La práctica es determinante para cualquier reflexión teórica de este tipo; lo que no indica que existe entre teoría y práctica una relación simplista, donde la práctica va primero, o después, o como antecesora. Se trata de una relación compleja de interdependencia y co-existencia.

La filosofía sólo logra llegar a tal punto saliéndose de sí misma, e insertándose en los agentes que encarnan los actos de transformación. Atendiendo a ese proceso, se hace preciso hacer alusión a la tradición científica de la filosofía, afincada en pequeños grupos de intelectuales muy bien formados. Gramsci (1976) criticará este aspecto de la filosofía al profundizar en lo que considerará, ideológicamente, el desarrollo conceptual de la filosofía, en tanto proceso espontáneo de producción de conocimiento.

Se trata de un proceso en que la potencia de la filosofía reposa en el género humano. Es decir, todos los seres humanos son, en potencia, filósofos (Gramsci 1976). Por supuesto, la potencia sólo logrará desarrollarse a partir de un trabajo sistemático y disciplinado, que permita llegar a un pensamiento filosófico más complejo y, aún más, cultivar el sentido crítico del pensamiento filosófico.

James (2000), por su parte, se refiere a la liberación de la filosofía, por decirlo de alguna manera, como un acto en el cual la filosofía se asienta y repliega en el espacio de la vida. La realidad se ubica como el centro de la filosofía, otorgándole una capacidad adaptativa y contingente, donde se mezclan y alternan la unidad y la multiplicidad, el determinismo y la libertad. Es así que su

nivel de abstracción, propia de su razón científica, propone una nueva conexión con el mundo real y concreto.

La filosofía de la praxis se enfrenta a la filosofía construida por los filósofos profesionales, donde la abstracción se basa en apriorismos que se alejan de la realidad social. Esto es, se trata una lucha en contra de los principios inmutables, de los sistemas cerrados y de los pretendidos absolutos y orígenes (James 2000). Queda establecido, por tanto, al interior de este marco de referencia, que la práctica actúa como determinante complejo de la teoría. En suma, “[...] una teoría es práctica en cuanto que materializa, por medio de una serie de mediaciones, lo que antes sólo existía idealmente, como conocimiento de la realidad o anticipación ideal de su transformación” (Sánchez 2003, 283).

En la década de 1970 se incorporaron nuevos elementos a fin de aclarar la discusión a este respecto. Surgió un tipo de reflexión que vino del rescate de algunos elementos de la fenomenología de Husserl, donde “[...] el fenómeno es dado en su calidad de ‘vivencia’ o ‘Erfahrung’, que no va oculto sino expreso en la naturaleza. Para llegar a la esencia de las cosas apelamos a la descripción y a la hermenéutica modernas, y recuperamos la intencionalidad de los actos” (Fals Borda 1998, 304).

1.2.1. El problema del sentido común

A pesar que se entiende la filosofía como un escenario estrechamente vinculado a la práctica –lo que da bastante importancia a ésta última-, ello trae consigo al sentido común como un elemento de gran importancia que, en sí mismo, trae ciertos problemas para los procesos reflexivos y para la constitución de la praxis.

El sentido común se entiende como un conjunto de “[...] rasgos difusos y dispersos de un pensamiento genérico de una cierta época en un cierto ambiente popular” (Gramsci 1976, 21). Se refiere a una síntesis de las relaciones sociales que le son actuales y que determinan su actualidad. Contiene un vacío estructural, dado por su posición frente a la praxis, toda vez que no hace de ella su objeto –como actividad social transformadora-, es decir, no la reflexiona, no orienta la acción inscrita en los términos señalados (Sánchez 2003).

El sentido común establece una relación particular y compleja entre la práctica y la teoría, donde prima la interiorización de los mecanismos de dominación, al interior de las relaciones sociales. Todo esto sucede en el espacio de la cotidianidad. Es decir, se constituye cierta consciencia cotidiana que permite –y se hace necesaria- para resolver problemas cotidianos. Desde aquí se va elaborando una idea de la vida y del mundo. Se trata de un sistema expreso de materialidades e ideas, que son la síntesis del mundo actual, basado en la producción de sus relaciones sociales, intrínsecamente contradictorias.

El pragmatismo, como método filosófico, se basa en el sentido común para establecer su cuerpo teórico. James (2000) concibe al sentido común como un núcleo que produce conocimiento, y que se desarrolla en una realidad caracterizada por tiempos y espacios plurales, amalgamados y entremezclados.

El pragmatismo tiene por unidad básica a la experiencia, desde donde construye una idea instrumental de la verdad, es decir, una concepción útil y funcional de la verdad. Este horizonte de sentido da cabida a un cierto proceso de crítica y reflexión que, al ser dinámico, logra el movimiento desde el encuentro con experiencias nuevas que, a su paso, van transformando opiniones, ideas y creencias, producto de viejas experiencias (James 2000). Tal transformación es gradual. Emerge al ritmo de nuevos equilibrios que se van gestando en la medida en que aquella novedad se familiariza con la idea de aceptación.

Sánchez (2003) establece que el pragmatismo, aunque se erige como un cuerpo teórico superior, establece la idea de verdad, indicada previamente, sobre la base de la utilidad. Esto es, lo verdadero es, en tanto tal, en cuanto es útil. Este autor asume la utilidad en términos sociales, lo que implica que, partiendo de la práctica social, lo útil socialmente es verdadero. Ubica al pragmatismo como una estructura teórica basada en el individualismo, donde la utilidad sólo actúa en estos términos. La entiende como:

[...] acción material, objetiva, transformadora que responde a intereses sociales, y que, considerada desde un punto de vista histórico-social, no es sólo producción de una realidad material, sino creación y desarrollo incesantes de la realidad humana (Sánchez 2003, 290).

1.2.2. El buen sentido

El buen sentido se dispone como un estado en que se transforma el sentido del sentido común, potenciando este último. Este proceso de potenciación se presenta en virtud de la crítica. El buen sentido toma relevancia en atención a la necesidad de la elaboración de:

[...] la propia concepción del mundo consciente y críticamente y, en conexión con esta labor del propio cerebro, elegir la propia esfera de actividad, participar activamente en la producción de la historia del mundo, ser guía de uno mismo y no aceptar pasiva y supinamente que nuestra personalidad sea formada desde fuera (Gramsci 1976, 12).

Este proceso logra su establecimiento a través de la asunción de la crítica, “caracterizada precisamente por el hecho que da cabida en su consciencia al interés que guía al conocimiento, y, ciertamente a un interés emancipatorio que por (*sic*) encima del interés cognoscitivo técnico y práctico” (Habermas 2002, 20).

Cuando la crítica entra en escena, y asume como su objeto la transformación del sentido, del sentido común, no se trata de un asunto individual, exclusivamente. De hecho, el sentido común es ubicado como una estructura social, alimentada por la religiosidad (Gramsci 1976), la experiencia individual y por la estructura universalista (Habermas 2002), o abstracta, del conocimiento, que parte de la negación del sistema social como un sistema autorregulado. La idea abstracta que homologa al cuerpo social con la cibernética, desconoce que la reproducción del sistema social depende de la comunicación cotidiana y, en tal sentido, de la “relación de intersubjetividad y la relación entre la identidad del Yo y la identidad del grupo” (Habermas 2002, 23). Ello deriva en una estructura cognoscitiva basada en una estrategia conceptual funcionalista que elimina la complejidad del mundo y, en consecuencia, se aleja de la realidad social.

Partiendo de la necesidad de la crítica, en el contexto del sentido común, constituido por racionalidades contradictorias, irrumpen las nuevas concepciones del mundo y de la propia individualidad. Estas logran afianzarse en atención a su correspondencia con las exigencias de un periodo histórico complejo y orgánico. Las discusiones desarrolladas alrededor de los distintos estratos de intelectuales, dotarán, o no, de capacidad orgánica y creadora a los nuevos espacios y conceptos críticos (Gramsci 1976). Intelectuales que son formados en el contexto que les es actual, desde donde surge el pensamiento crítico.

Las nuevas concepciones procuran y promueven el buen sentido. Es decir, al potenciar el sentido común, establece una relación compleja, donde se pretende la transformación del sentido, del sentido común. El buen sentido se apoya sobre el sentido común, y lo potencia, para construir su cuerpo crítico, lo que implica que asume ciertos elementos de este para darles una forma distinta. El sentido común encarna racionalidades opresoras y liberadoras en una síntesis compleja. Destruye los elementos que le son inútiles, en atención a su objetivo de constituir una esfera crítica.

La referencia al buen sentido no puede hacerse al margen del sentido común, pues son dos cuerpos que habitan en un mismo espacio y se determinan, a pesar de su cualidad de elementos contrarios entre sí. De ahí que no existe una construcción lineal y simplista del buen sentido. No es posible entender la existencia de un cuerpo sin el otro, pues se determinan entre sí.

Sentido común y buen sentido conforman el cuerpo de la filosofía de la praxis que, visto de esta manera, se refiere a una corriente de pensamiento que evita “toda tendencia al solipsismo, historicando (*sic*) el pensamiento en la medida en que lo asume como concepción del mundo, como ‘buen sentido’, difundido en la mayoría [...] de tal manera, que se convierta en norma activa de conducta” (Gramsci 1976, 42).

El buen sentido es el sustento espiritual de la praxis, en tanto actividad transformadora y creadora. El buen sentido propone una nueva síntesis. Es posible afirmar, entonces, que el buen sentido se apoya en la racionalidad liberadora del sentido común; con lo cual, el buen sentido sale de una parte del sentido común. Es por ello que no es un nuevo cuerpo, sino una nueva síntesis,

puesto que no deja atrás, en términos absolutos, las energías opresoras; aunque permite mayor cabida a las liberadoras.

Así, se constituye como parte activa y fundamental de la filosofía de la praxis que, en tanto corriente filosófica, es práctica, en el sentido que reacciona a la sociedad, según su cualidad y alcance histórico, de manera particular (Gramsci 1976). Se deja de lado toda elucubración individual, así como cualquier desarrollo basado en elementos puramente racionales o abstractos. Más adelante se profundizará con mayor precisión en este tema.

1.2.3. Actividad práctica

Antes de hacer cualquier referencia a la actividad práctica, es necesario señalar, aunque parezca tautológico, que se trata de una actividad humana. En tanto actividad, no se refiere, ni profundiza, respecto de los tipos de actores que intervienen; tampoco frente a la naturaleza que transforma. De manera más precisa, cualquier actividad se refiere al “acto o conjunto de actos en virtud de los cuales un sujeto activo (agente) modifica una materia prima dada” (Sánchez 2003, 263).

La actividad humana, en términos de su adjetivación, se propone una cierta transformación que, antes de ser efectiva, planifica un resultado ideal, lo que implica una cierta determinación por el futuro. Toda acción humana está adecuada conscientemente a fines; con lo cual está pensada en términos de la expresión de cierta actitud del sujeto ante la realidad (Sánchez 2003).

Los fines funcionan como un medio a través del cual resulta posible actuar conociendo y conocer actuando (Sánchez 2003). De allí se desprende el hecho que la humanidad tenga una inclinación a transformar la naturaleza –a no aceptar el mundo actual- y, en consecuencia, a transformar su propia naturaleza.

La posibilidad de actuar conociendo y conocer actuando establece un cierto estado en que la práctica, acumulada, permite la emergencia de la experiencia. La actividad práctica, en consecuencia, se refiere a un proceso en que:

[...] el sujeto actúa sobre una materia que existe independientemente de su consciencia, y de las diferentes operaciones o manipulaciones exigidas por su transformación. [...] el producto de su actividad transformadora es un objeto material que subsiste con independencia del proceso de su gestación, y que, con una sustantividad propia, se afirma ante el sujeto, es decir, cobra vida independientemente de la actividad subjetiva que lo ha creado (Sánchez 2003, 270).

1.2.4. Actividad teórica

Es pertinente resaltar que toda praxis es una actividad, aunque no toda actividad sea praxis. La actividad teórica, siguiendo el axioma anterior, no es en sí misma una forma de praxis. A pesar que logra transformar representaciones, percepciones y construcciones simbólicas, no contiene las herramientas ni el asidero concreto de la actividad práctica. La actividad teórica descansa en operaciones mentales y psíquicas, con manifestaciones objetivas.

Su objeto o materia prima son las sensaciones o percepciones [...], o los conceptos, teorías, representaciones o hipótesis que tiene una existencia ideal. [...Su fin inmediato] es elaborar o transformar idealmente, no realmente, esa materia prima, para obtener, como productos, teorías que expliquen una realidad presente, o modelos que prefiguren idealmente una realidad futura (Sánchez 2003, 280).

La actividad teórica puede desarrollarse a partir de configuraciones puramente racionales o abstractas, con un grado muy elevado de conocimiento teórico por parte de los intelectuales que se dedican a desarrollar esta vertiente. Existe, también, la posibilidad de desarrollar la actividad teórica como una actividad atada y co-dependiente de la práctica, en tanto logra guiar y aportar a la crítica para la transformación de la realidad social.

1.2.5. Unidad entre teoría y práctica

Teoría y práctica se diferencian entre sí, con lo cual se quiere señalar que no existe una relación de oposición (Sánchez 2003). No existe una relación entre estos dos elementos en que se nieguen o anulen entre sí. El nexo que vincula a esta relación con la realidad material es la historia que, a su vez, es la base de la filosofía de la praxis (Gramsci 1976). Historia e identidad teórico-práctica obedecen a un orden dialéctico, no formal. Toda la filosofía resulta anclada al orden vital, con lo cual se debate entre energías prácticas y abstractas o teóricas.

La crítica, a su vez, es la base de la transformación para nuclear y estimular la mediación entre teoría y práctica. A fin de aclarar esta mediación, Habermas propone tres funciones, cada una con criterios de mensurabilidad diferentes:

[...] la formación y perfeccionamiento de teoremas críticos resistentes a los discursos científicos; a continuación, la organización de procesos de ilustración en los que pueden utilizarse tales teoremas y que pueden comprobarse de una manera peculiar en el desencadenamiento de procesos de reflexión en determinados grupos con un objetivo; y, finalmente, la elección de las estrategias adecuadas, la solución de preguntas tácticas, la conducción de la lucha política. En el primer nivel se trata de afirmaciones verdaderas, en el segundo de interlecciones veraces, en el tercero de decisiones cuerdas (Habermas 2002, 41).

La expresión unificada teoría-práctica, en términos de su componente teórico, tiene una utilidad clara. La teoría sirve “primariamente para ilustrar a sus destinatarios sobre la posición que ocupan en un sistema social antagónico, y sobre los intereses que, en esta situación, pueden tornarse conscientes desde un punto de vista objetivo en tanto que suyos propios” (Habermas 2002, 41). Tal utilidad depende de la acción, de la práctica. De lo contrario, la teoría, como mera teoría, reposa como opinión abstracta, sin asidero material. La teoría lleva consigo un componente de reflexión, es decir que retrospectivamente se trata de un proceso de reconocimiento del sujeto, en el cual lleva a consciencia un proceso de formación. Pero ello no implica, *per se*, acción alguna. Implica orientación para la acción.

Toda filosofía es política, en cuanto es el reflejo de una transformación constante, donde la humanidad activa modifica el ambiente; “[...] entendiendo por ambiente el conjunto de relaciones de que cada individuo singular entra a formar parte” (Gramsci 1976, 50). Este conjunto de relaciones señalan la representación histórica de la humanidad, “pues el individuo no sólo es la síntesis de las relaciones existentes sino también la síntesis de la historia de estas relaciones, es decir, es el resumen de todo el pasado” (Gramsci 1976, 50).

Dado lo anterior, la función social de los intelectuales, ligada al “conjunto de sistemas de relaciones en que [...] vienen a unirse al complejo general de las relaciones sociales” (Gramsci

1967, 25); junto con el compromiso, son elementos indispensables para la realización material de cualquier identidad teórico-práctica.

El compromiso toma relevancia, “porque el tratar de vincular el conocimiento y la acción –la teoría y la práctica- como en el castigo de Sísifo, es un esfuerzo permanente e inacabado de comprensión, revisión y superación sobre una cuesta sin fin, difícil y llena de tropiezos” (Fals Borda 1979, 14).

Un claro ejemplo que desarrolla lo expuesto tiene que ver con las ciencias sociales, que frente a la causalidad de los procesos investigativos, adoptaron las reglas generales del método científico, propias de la ciencia natural positivista (Fals Borda 1979). Ello generó la identificación de causas y efectos, que seguían pautas mecanicistas y organicistas, propias de la orientación positivista. La nueva concepción sobre ciencia y realidad, a propósito de la definición de causalidad, generó una ruptura con el *viejo paradigma*.

No se trata aquí de un azar ciego y mecánico, sujeto a reglas matemáticas en un universo homogéneo como se aplica en las ciencias exactas; sino de un elemento aleatorio humano condicionado por tendencias anteriores o limitado a cierta vialidad dentro de opciones de acción. Como en lo social el antecedente inmediato de la acción es volitivo, la acción no va determinada en sentido único, sino que tiene una determinación múltiple dentro del proceso o marco en el cual adquiere sentido (Fals Borda 1979, 19).

La mediación entre teoría y práctica determinan el modo en que se desarrolla la praxis y, asimismo, las vías a través de las cuales es posible reflexionar y construir una crítica que atienda a las realidades propias del contexto. En este marco toman vigencia algunas máximas de la corriente decolonial, a través de las que se argumenta la necesidad de atender a las realidades del Sur Global, toda vez que resultan diferentes que las del norte.

1.2.6. Praxis

Existe una tendencia a homologar las categorías praxis y práctica, usándolas sin distinción alguna, y queriendo expresar sentidos que, de manera particular, no lo tienen, en atención a la

discriminación de su uso. Esta aclaración plantea un axioma: toda praxis es práctica; sin embargo no toda práctica es praxis.

La actividad práctica dota de asidero material a la praxis; sin embargo, la praxis llega a su realización en atención a su actividad objetiva, consciente y transformadora (Sánchez 2003). Ello implica el uso de la crítica y la reflexión, a propósito de guiar la actividad práctica. La praxis representa la síntesis entre teoría y práctica; y, en consecuencia, supera toda actividad práctica.

La praxis es “entendida como una unidad dialéctica formada por la teoría y la práctica, en la cual la práctica es cíclicamente determinante” (Fals Borda 1979, 33). Esto es, a través de la praxis, se evita el dogma (fetiche) y la tautología; lo que enriquece el proceso de análisis. Esto se logra en base a la importancia de las categorías y definiciones, “[...] necesarios para ligar la realidad observada a la articulación intelectual, es decir, para fundamentar las representaciones de la realidad, tiene un valor limitado y circunscrito a contextos determinados para explicar eventos y procesos” (Fals Borda 1979, 27).

Habermas (2002) establece, al menos, dos grandes categorizaciones a partir de la praxis: la praxis social⁶ y la praxis política⁷. Entretanto, Sánchez (2003) reconoce algunos tipos más: praxis productiva⁸ ⁹, artística¹⁰, experimental¹¹ y política. En esta última, hombres y mujeres son sujeto

⁶ Entendida en términos del “contexto histórico de constitución de una situación de intereses a la que aun pertenece la teoría, por así decirlo, a través del acto de conocimiento” (Habermas 2002, 13).

⁷ Esta es entendida en atención a que “investiga el contexto histórico de acción sobre el que la teoría puede ejercer una influencia que orienta la acción. [...] Y que conscientemente aspira a subvertir el sistema de instituciones existente” (Habermas 2002, 14).

⁸ Se constituye como la más importante, no sólo porque engendra el trabajo, como actividad práctica-concreta, proyecta y consciente con orientación a fines, con el objetivo de satisfacer necesidades concretas (Sánchez 2003). Es también un proceso en que hombres y mujeres se transforman; es decir, transforman su propia naturaleza y, por tanto, su mundo y sus conocimientos sobre la realidad.

⁹ Se refiere al proceso de trabajo, realizado por hombres y mujeres, en tanto seres sociales. Por tanto, “este proceso solamente se realiza en determinadas condiciones sociales, es decir, en el marco de ciertas relaciones que los hombres (*sic*) contraen como agentes de la producción en este proceso y que Marx llama justamente relaciones de producción” (Sánchez 2003, 272).

¹⁰ Se trata de un proceso productivo que pretende satisfacer necesidades materiales ligadas a la expresión y comunicación. “[...] permite la creación de objetos que elevan a un grado superior la capacidad de expresión y objetivación humanas, que revela ya en los productos del trabajo. [...] la praxis artística –al ensanchar y enriquecer con sus creaciones la realidad ya humanizada- es esencial para el hombre (*sic*)” (Sánchez 2003, 275).

¹¹ Se refiere a una forma de actividad práctica, con consecuencias prácticas, aunque en función de la comprobación teórica. “Esta forma de praxis es la que se pone de manifiesto cuando el investigador actúa sobre un objeto material modificando a voluntad las condiciones en que se opera un fenómeno” (Sánchez 2003, 276).

y objeto a la vez, siempre que actúan sobre sí mismos. Tiene por objeto a grupos sociales e, incluso, a la sociedad entera. La sociedad, mediada por relaciones antagónicas, y dividida en clases sociales, raciales y de género, busca “diversos actos encaminados a su transformación [...] y, por ello, a cambiar sus relaciones económicas, políticas y sociales” (Sánchez 2003, 277).

La praxis política promueve, en y desde el trabajo –en tanto actividad práctica primordial-, y en el contexto de relaciones sociales antagónicas, formas de disputa que implican la participación de amplios sectores de la sociedad (Sánchez 2003). Estos resultan direccionados por intereses, condicionados, de manera concomitante, por las posibilidades objetivas de cada realidad. Tal escenario de disputa requiere la acción organizada y conocedora, de manera profunda, de la realidad a fin de evitar el fracaso.

La praxis, tomando a la participación social como condición *sine qua non*, transforma el proceso productivo, y social, a través del cual se produce el conocimiento. Asumiendo al conocimiento como una construcción social, se entiende su producción en términos simétricos, holísticos, complejos y comprometidos (Fals Borda 1998).

1.2.7. La filosofía de la praxis y su cuerpo teórico-práctico

Los elementos incorporados hasta ahora, aunque han perfilado, de alguna manera, aquello que podría llamarse filosofía de la praxis, dejan una pregunta más gruesa: ¿qué encarna la filosofía de la praxis? Resulta conveniente advertir que esta plantea un problema filosófico que, al menos, se ubica en dos planos. Por un lado, asume que el mundo cambia, es dinámico, y que en tal proceso la filosofía no tiene lugar. De otro lado, considera una cierta energía puesta en la filosofía como motor de cambio de la realidad, a pesar que nunca logra tocarla.

Queda planteada una suerte de ironía, que logra resolverse a partir de la praxis, siempre que funge como pasillo que une estos dos cabos. Esto es,

Por medio de la praxis, la filosofía se realiza, se vuelve práctica, y se niega, por tanto, como filosofía pura, a la vez que la realidad se vuelve teórica en el sentido de que se deja impregnar por la filosofía. [...esta relación es] teórica y práctica; práctica en cuanto que la teoría como guía de la

acción conforma la actividad del hombre (*sic*), particularmente la revolucionaria; teórica en cuanto que esta relación es consciente (Sánchez 2003, 127 y 136).

Puede decirse que una condición ontológica de la filosofía de la praxis es su capacidad estratégica para dar cuenta de la realidad material. Ello quiere expresar que en la práctica y teoría revolucionarias, la primera provee de material de análisis a la segunda; además de anclar todo ejercicio cognoscitivo a la realidad (Sánchez 2003). La teoría, con profundo desarrollo científico, se basa en los hallazgos prácticos para construir, en tal unión, una nueva praxis. Este tipo de teoría se dedica a resolver –a través de su rigurosidad, científicidad y objetividad- las contradicciones, reales y efectivas, que se presentan desde la interacción de teoría y práctica, en la práctica.

Gramsci encontrará su propia definición de la filosofía de la praxis, al afirmar que se refiere a un proceso crítico:

[...] del “sentido común” (después de haberse basado en el sentido común para demostrar que “todos” son filósofos y que no se trata de introducir *ex novo* una ciencia en la vida individual de “todos”, sino de innovar y hacer “crítica” una actividad ya existente) y, por tanto, de la filosofía de los intelectuales, que ha dado lugar a la historia de la filosofía ya que, en el plano individual (y de hecho, se desarrolla esencialmente en la actividad de individuos aislados, particularmente dotados) se puede considerar como la “punta” del proceso del sentido común, por lo menos del sentido común de los estratos más cultos de la sociedad y, a través de estos, también del sentido común popular (Gramsci 1976, 21).

He aquí su condición estratégica, pues al expresar la unión entre la filosofía y el sentido común, pretende “construir un bloque intelectual-moral que haga políticamente posible un progreso intelectual de masa y no sólo de limitados grupos intelectuales” (Gramsci 1976, 23). Esta condición es constituida históricamente, encontrándose su fundamento en “el sentido de ‘distinción’, de ‘alejamiento’, de independencia, poco más que instintivo, y avanza hasta la posesión real y completa de una concepción del mundo coherente y unitaria” (Gramsci 1976, 24).

Se ha señalado una cierta dinámica que tiene, al menos, dos vertientes: una individual y otra colectiva. De manera individual, en la subalternidad que resiste, permanece un sentido crítico que se avergüenza de sí mismo, por lo que está oculto; cuando dicha subalternidad se hace responsable de su organización, se convierte en agente, en ser social, y así aflora su carácter crítico. Colectivamente, la religión cristiana ha sido el móvil histórico de la cultura popular, dándole una racionalidad frente al mundo y a la vida, que se desenvuelve en el escenario de las actividades prácticas. El cambio de este estado colectivo implica la emergencia de nuevas concepciones, así como su difusión popular (Gramsci 1976).

Este proceso de difusión:

[...] se produce por razones políticas, es decir, sociales en última instancia, pero que el elemento formal, de la coherencia lógica, el elemento autoritario y el elemento organizativo tiene en este proceso una función muy grande inmediatamente después de haberse introducido la orientación general, sea en individuos aislados, sea en grupos numerosos (Gramsci 1976, 31).

La difusión de estas nuevas concepciones son la condición habilitante de la transformación de la realidad, la cual se presenta en el seno de un proceso complejo donde convergen lo objetivo, lo subjetivo, lo colectivo y lo individual. Gramsci logra explicarlo así: “El hombre (sic) debe concebirse como un bloque histórico de elementos puramente individuales y subjetivos, y de elementos de masa y objetivos o materiales, con los que el individuo está en relación activa. Transformar el mundo exterior, las relaciones generales, significa potenciarse uno mismo, desarrollarse uno mismo” (Gramsci 1976, 60).

Hablamos de la filosofía de la praxis, por tanto, en términos de una representación de la transformación de la realidad social, en tanto afirma la unidad entre teoría y práctica como un paso indispensable para los procesos de transición, históricamente hablando. La praxis, como elemento práctico, reflexivo y transformador, se pone de presente

[...] cuando las fuerzas prácticas desencadenadas exigen realmente ser justificadas para ser más eficientes y expansivas, o se multiplican los programas teóricos que también piden ser justificados

realísticamente (*sic*) en la medida que demuestran ser asimilables por unos movimientos prácticos que sólo de este modo se hacen más prácticos y reales (Gramsci 1976, 66).

La filosofía de la praxis es un cuerpo teórico-práctico que apunta a la creación científica de la crítica que, desde el lugar del investigador (Fals Borda 1979), requiere de su inserción en el proceso social, a fin de desmonopolizar la información científica. También pone de presente la necesidad de la subsunción, del investigador –en tanto observador intelectual-, a los ritmos de la producción popular de conocimiento, a fin de permitir la articulación entre ambas sustancias. En última instancia, requiere de la creación constante de conocimiento, lo que implica un proceso de innovación permanente.

La ciencia crítica se asume como un reto epistemológico y metodológico, que apunta a la creación de herramientas heurísticas y multidisciplinarias que permitan la vuelta del carácter holístico y complejo dentro de la producción de conocimiento (Fals Borda 1979, 1998). En el marco de la filosofía de la praxis, el camino está marcado en la medida en que la práctica sea el sustento y el crisol que limite y permita la reflexión teórica.

Capítulo 2

Los hallazgos en campo^{12 13}

En este capítulo se presenta la sistematización de la información recabada en campo, a través del ejercicio etnográfico que se ha caracterizado previamente. Se presentan tres estudios de caso, donde se realizó un ejercicio de observación, cuyo objetivo estuvo centrado en captar el desarrollo de la agroecología en la práctica, que tiene por espacio paradigmático a la finca.

Se han seleccionado tres estudios de caso a fin de establecer una comparación que permita hallar los elementos que convergen y se diversifican, a la luz del marco referencial presentado en líneas anteriores.

2.1. Finca Yacu Ñan

Ubicada en la provincia de Cotopaxi, la granja se encuentra en las inmediaciones de la comunidad Pilacumbi (parroquia Toacazo, cantón Latacunga)¹⁴.

2.1.1. La familia

En medio del sosiego y la unidad, seis personas la componen la familia. Marco, el padre; América, la madre; y, cuatro hijas: Sandra, María, Luisa y Lesly. Sandra, la mayor de todas las hijas, se graduó como ingeniera agroindustrial de la Universidad Técnica de Cotopaxi. María, la siguiente, estudia Ingeniería en Turismo en la Universidad Estatal de Puyo. Luisa, la tercera, cursa la secundaria en un colegio fiscal en Latacunga. Y, Lesly, la más joven de todas, pronto ingresará al sistema escolar.

El de la agricultura, a más de su oficio, es un gusto que Marco adquirió desde muy pequeño. Casado y con hijas, la dejó, pues ejercida de manera convencional, no le ofrece buena vida a

¹² Los contenidos de este capítulo están enteramente basados en el diario de campo del autor, a menos que se indique lo contrario.

¹³ Todos los nombres han sido cambiados a fin de preservar la seguridad e integridad de los y las entrevistadas.

¹⁴ Una conversación con Francisco Gangotena, a modo de entrevista, avizoró la presencia de Marco, propietario de la finca. Su acumulado de reflexiones y su perspicaz inteligencia fueron clave para la recomendación especial por parte de Francisco. A su vez, Ramiro Vela, ex-asambleísta por Alianza País –partido do Gobierno, co-fundado por el expresidente Rafael Correa-, habitante histórico de la región, y mentor de Marco –en lo que a agroecología se refiere-, elogió la producción y la historia que han definido la actualidad de la finca. Estos referentes fueron determinantes para que este lugar ocupara un espacio en el cuerpo de la investigación.

nadie –a menos que venga uno de familia adinerada (Diario de campo, abril de 2017). De ello vino su exilio en Quito, para trabajar como taxista y salonerero.

Cuando estaba trabajando varios años en la agricultura química, aquí en este terreno donde nos encontramos, ya no germinaba ni la zanahoria, nada. Y, si germinaba, era así uno y otro lejitos, lejitos, como ver estas hierbas; y además germinaban enfermas. Y uno echando más químicos. Entonces mucha gente de la zona tuvo que salir, porque dijo ya en la agricultura no hay esperanza, porque ya la tierra no produce; pero nadie se dio cuenta por qué. Y, por ahí, estuve trabajando un día, y ha estado subiendo el Fausto [Falconí] y dice, como somos amigos: “Lucho y, ¿qué va a sembrar acá?”. Digo: “Voy a hacer un invernadero para sembrar tomate”. En eso ya tenía la idea. Entonces dice: “Qué bien, pero, ¿y solo tomate?”. Le respondí que no, porque pensaba sembrar algunas cosas más. Ahí, entonces, me invitó a asociarme con Don Ramiro Vela, porque ya él hacía agricultura orgánica. Le dije: “Me gustaría pero, ¿cómo hacemos para contactarlo y que me enseñe?” (Marco, agricultor finca Yaku Ñan en comunicación personal, febrero de 2017).

Atento, cauto y tranquilo, Marco está presto a escuchar los comentarios y opiniones de la gente. En sus tiempos libres lee, pasatiempo que disfruta mucho. De su carácter y la lectura, ha venido un sentido crítico agudo, que le permite identificar sus logros, tanto como los obstáculos en su vida.

El bienestar, el cuidado de la naturaleza, la alimentación, la felicidad y la familia son conceptos que cobran sentido en tanto puede apreciarlos en su cotidianidad. Avanzar en sus conocimientos es una preocupación continua, tanto como aumentar la productividad de su granja. El contacto con sus pares, la lectura y algunos videos han construido sus reflexiones acerca de la agroecología. La finca es la materialidad de un sueño holístico desde el que vincula a toda su familia, a través la diversidad de sus actividades. Todo esto le permite asumirse como agroecólogo.

Creció con gente como él, humilde y trabajadora, con la que vivió el entorno de la comunidad. Muchos de sus compañeros de secundaria se hicieron policías y militares. Saber lo que come y estar cerca de su familia, le hacen feliz, y lo diferencia de los demás. De hecho, su mejor argumento, al desarrollar la agroecología, es la alimentación de su familia.

América es una mujer delgada, un color moreno pinta sus pómulos pronunciados que, matizado con diminutas manchas, es prueba inobjetable de la inclemencia del sol altoandino en el trabajo agrícola. A diferencia de Marco, tiene el acento típico que el *kichwa* le marcó al castellano. Es una mujer tranquila, casi introvertida. Pilacumbi y su vida se encuentran en una misma historia, expresada en lo común de su apellido. Sus manos son fuertes, terrosas, rústicas y llevan a cuestras la historia de las trabajadoras que, desde tiempos inenarrables, han forjado los andes ecuatorianos. Reposa en ella el recelo consuetudinario que su gente ha aprendido para con los extranjeros; y que se mezcla, en lo contradictorio de lo humano, con su liderazgo familiar, y cierto dejo de sumisión frente a las labores del cuidado. Sin duda, su finca es sinónimo de comodidad, cuyo testimonio es su persistente sonrisa, a pesar del rigor, propio de la agricultura.

Mapa 1. Provincia de Cotopaxi



Fuente: Google Maps 2017

Cuando Sandra nació, la agroecología no existía en su familia. Apareció cuando tuvo 6 años, que hoy ya se cuentan 24. Delgada, inteligente y tierna, ella está bañada por una belleza que sólo puede entenderse recorriendo las eternas montañas de Los Andes. Como parte de su herencia,

está la perspicacia de su padre, que reproduce con una curiosidad singular. Disciplina, seriedad, jovialidad y delicadeza son los ingredientes de un maridaje contradictorio que definen su carácter, cuya inspiración es el trabajo de sus padres. La alimentación es la quintaesencia de su vitalidad. De entre las demás hijas, es la más comprometida con la finca, e incluso afirma que es su trabajo. La finca es el crisol de su futuro.

Recién graduada, con su título universitario aún en ciernes, 500 dólares fue el precio del salario que le dio la bienvenida a la severidad del mundo del trabajo. Fue en una fábrica productora de chocolate, ubicada en la Amazonia, donde entró a un mundo antes desconocido. La rigidez de la fábrica, a más de acabar con el trayecto cotidiano que unía su casa y la universidad; abrió las puertas a un proceso inhóspito y ponderado acerca de la finca.

Margarita es la expresión de la diversidad entre sus hermanas. La picardía tiene el tamaño de su sonrisa, que a su vez es la identidad de su cara. Su actividad más importante en las labores agrícolas es el ordeño, que se realiza en la primera hora de la mañana. Mientras amarra las vacas se puede ver como su cuerpo, robusto y ajustado, solo puede describirse con la fortaleza de su madre. En el entretanto habla de sus sueños, de sus anhelos. Es curiosa e inquieta, está buscando romper barreras a su paso. El brillo de sus ojos marca la intensidad del ímpetu de sus sueños, que parecen no tener límite. Su vida se entiende en el marco de la dicotomía *adentro-afuera*, en el contexto de su familia y de la finca. Aunque disfruta el tiempo que permanece en la finca; en su mundo se aparecen límites insospechados que le llevan a pensarse fuera de su casa. Conocer lugares nuevos es una idea que la seduce, al punto que su intimidad con *el afuera*, moldea sus expresiones. Sin embargo, volver a la finca es una constante. Hace parte de su ser, de sus raíces; a pesar que la travesía la seduzca más que la realidad agrícola de su tierra.

La finca, para la familia, configura lo entrañable, lo propio, lo cercano, *el adentro*. La agroecología, expresada en sus cultivos, la ha transformado. Pareciera que ya no es posible dar marcha atrás (Diario de campo, abril de 2017).

2.1.2. La finca

Toacazo es una cuenca lechera. De ahí que la mayoría de sus tierras se usen para el pastoreo. Desde la Panamericana, los Ilinizas guardan y limitan la región. Es un valle que asciende, con una pendiente tenue y fría, por la cara sudeste del Iliniza Sur.

El cementerio es un paso obligado para llegar a Pilacumbi. Al entrar, el camino principal de la comunidad está marcado por fincas de lado y lado. Papa, choclo o alfalfa son los cultivos más frecuentes.

Al llegar a la finca, los colores diversos, la vegetación frondosa y un gran invernadero se abren paso entre el paisaje, como caudal en río crecido. Distintas especies de hortalizas se mezclan entre camas de cultivos perfectamente ordenadas, una tras otra. Árboles de distintas especies se juntan para crear cercas vivas; y marcan una diferencia significativa.

La finca tiene tres hectáreas, divididas en dos predios: uno de 0,8; y otro de 2,2. El más grande está comprendido por seis lotes, y cerca de ciento treinta camas de cultivo. Hay un trabajador permanente –de nombre Efraín- que cobra por jornada de trabajo quince dólares. Entre los animales se cuentan seis vacas, un chanco y varios cuyes. A las 07h empieza el día en la finca, que se extiende hasta las 21h. La producción se basa principalmente en hortalizas. Bajo invernadero hay tomate, zuquini y frutilla. En el predio más pequeño se cultiva chocho, melloco, mashua, quinua y choclo.

Orientada al mercado, la producción agrícola representa todos los ingresos familiares. Una buena parte del abono que usan en las camas es majada de vaca; y, parte de la majada la compran a una vecina. La energía de las vacas y el chanco no son suficientes para alimentar el suelo. Requieren de una gran cantidad de materia orgánica para conservar el suelo, producir y vender, semana a semana.

Al menos la mitad del abono que se usa en la finca se obtiene de la incorporación de materia orgánica, de forma directa, al suelo con que se elaboran las camas. Tras machetear lo sembrado, se incorporan los restos al suelo con un motocultor. La tierra permanece ocho días en reposo –

tiempo en el que se va descomponiendo-; luego, se aplica una capa de majada de vaca, parcialmente descompuesta. Como parte las estrategias de conservación del suelo, en la finca se producen microorganismos¹⁵ de primera y segunda generación, y bioles.

En la granja, la producción requiere de una gran cantidad de mano de obra. El control de plagas es una labor que retrata con justeza la intensidad en el trabajo. Las larvas de mariposa blanca se comen el fruto y el tallo del tomate, lo que acaba lentamente con el cultivo, dándole un color negro a los frutos. Marco, a diario, controla esta plaga manualmente. Es la primera labor del día, todos los días. Una lámpara especial que captura y quema las mariposas; ahuyentarlas con el humo de la hierba fresca en la hoguera; incorporar suero lácteo al follaje y al suelo son algunas de las estrategias para eliminarla. Con todo, y aunque no lo parezca, es una labor que implica largas jornadas que, resultan reflejadas en el precio de los productos.¹⁶

América, ocupa casi todas las labores de la finca. Principalmente está en la cocina, y se encarga de la post-cosecha –donde se lavan los productos y se juntan en atados para la feria. Durante la semana, cosecha, desyerba, y es la encargada de comprar los pollos para vender en la feria. Ha resultado ser una intermediaria, pues busca pollos alimentados sin balanceado, o en pocas cantidades, para vender en los mercados a los que asisten. En términos generales, es la que más le aporta a la familia, en términos de la cantidad de trabajo que destina al cuidado.

Sandra, procesa ciertos alimentos para vender en las ferias. Hace vinagre, queso, yogur y mermeladas, con frutas de productores que no aplican agroquímicos en exceso –las medidas del uso de agroquímicos dependen del nivel de conocimiento que tienen de los productores; generalmente compran a productores conocidos. Deshidrata hierbas aromáticas que luego vende como especias (Diario de campo, abril de 2017).

¹⁵ Los microorganismos se reproducen, de manera anaeróbica, a partir de los que reposan en el suelo del bosque primario –preferiblemente. A través de una mezcla de suelo de bosque, cascarilla de arroz o de cebada, y melaza, que se introduce en un recipiente de 25 litros, sellado herméticamente, y durante 90 días, se produce la primera generación de microorganismos reproducidos de esta manera. Después de cada periodo de 90 días, y repitiendo el mismo procedimiento, se produce una nueva generación de microorganismos.

¹⁶ En consecuencia, y a tono con lo expuesto, el tomate es uno de los alimentos, que en la producción, representa mayores dificultades. En las ferias, por tanto, uno de los indicadores de su calidad orgánica es el precio, bastante por encima del promedio que ofrece el mercado.

María tiene algunas labores en la finca –principalmente en tiempo de vacaciones; siendo la más importante el cuidado de los animales. También desyerba, cosecha y colabora en las actividades de post-cosecha. Luisa tiene a su cargo las mismas labores de María, a su llegada del colegio, aunque dedica más tiempo a la post-cosecha. Lesly juega y aprende tratando de imitar lo que su familia hace a diario.

2.1.3. Semillas

La mayor parte de las semillas vienen de fuera, ya que en la finca no hay lugar para su producción. Marco y América las compran importadas y por libras. Producen semilla de algunas especies como haba, arveja, papa, chocho, choclo, entre otras –que son las que tradicionalmente se han producido en la región. El problema está en las hortalizas. En su mayoría, no son propias de América Latina, lo que dificulta su reproducción. Han intentado producir semilla de zanahoria y, aun lográndolo, no han satisfecho las necesidades productivas del cultivo. Aunque han logrado producir semillas de hortalizas, éstas no han arrojado los tamaños ni las calidades que sus compradores demandan.

Todos los jueves, en la tarde, van a comprar plántulas en Pilvicsa, una empresa dedicada a esta producción. Reconoce son tratadas con agroquímicos y que, incluso, algunas semillas pueden ser transgénicas. Sin embargo, es su aliciente que estas plantas, tras ser trasplantadas en la finca, jamás se relacionan con agroinsumos de esta naturaleza, durante el resto de su vida productiva.

2.1.4. Mercados

Asisten a varias ferias y puntos de venta para comercializar sus productos. Los sábados, Marco se encarga de un punto de venta en Sangolquí; mientras América asiste al mercado mayorista de Latacunga -donde están hace 12 años, y fueron pioneros en la venta de productos orgánicos. Los domingos son el mejor día. En el parque Itchimbía -en Quito- asisten a un pequeño garaje. Allí, su reputación –que es bien conocida-, se fraguó en el regazo de un proyecto financiado por la cooperación italiana. Los martes asisten a un pequeño punto de venta sobre la Avenida El Inca, en el norte de Quito.

Todos los jueves, en la mañana, Marco y América van al mercado de Saquisilí. Allí compran pollos de campo para vender en la feria. América es la encargada de seleccionarlos y cerrar la compra.

Los mercados son imprescindibles para el funcionamiento del emprendimiento familiar. Esto no subsume la importancia de otros aspectos de la agroecología; aunque, en el mercado, se puede apreciar, sin mayores ambages, el enfrentamiento a la realidad. Marco es portador de esta claridad, con fuerza de axioma; de ahí su preocupación continua por la productividad. Asunto, este, al que dedica bastante energía, y que le ha costado enormes cantidades de trabajo:

[En los mercados] no permiten no más, entrar fácilmente. Ese el gran problema en nuestro medio. Y sucede hasta ahora. Por ejemplo, si uno va a cualquier mercado, de Quito o Ambato, simplemente dicen que uno no puede vender. Uno necesita espacio para trabajar, nosotros estamos dispuestos a cumplir con pagos, con las ordenanzas y todo. El mercado está acaparado en las grandes cadenas de comerciantes, y no dejan entrar a nadie más (Marco, agricultor finca Yaku Ñan en comunicación personal, febrero de 2017).

2.1.5. Alimentación

Marco, América y Sandra son portadores de un compromiso sin ambigüedades –que acoge a la menor de las hermanas. La responsabilidad en la alimentación, más que una intensión colectiva, se resume en un enfrentamiento familiar a la industria alimentaria. Los alimentos que se producen en casa componen el grueso de su dieta, por lo que comen muy poco fuera de casa. De fuera viene lo que no se produce: azúcar, sal, aceite, arroz, frutas, entre otros. La reflexión crítica, constante y rigurosa frente a su proceso alimentario, resulta muy atractiva; y es uno de sus baluartes (Diario de campo, abril de 2017).

María y Luisa, aunque conscientes de los alimentos que se producen en casa, son más flexibles. Su argumento se robustece sobre la comparación. Mientras a Sandra comer fuera le hace mucho daño; a ellas no les produce nada más que placer. Seducidas por la gastronomía popular ecuatoriana –que suele expresarse en las calles-, la salubridad es algo que, hasta ahora, no les quita el sueño.

La mesa, indispensable y habitual en la cotidianidad, es siempre compartida. Sencilla, pero no menos entrañable, América es la administradora de su estética y gastronomía. Sandra y María se turnan la cocina, eventualmente, a la orden de su madre. Los almuerzos, que en lo común se hacen sobre la hora, siempre tienen sopas -que deben su presencia permanente a la facilidad que representan para el cocinero. Marco parece inmune a este lugar. Este es un espacio feminizado; característica reforzada por el rol de América. Ella es la encargada de servir el segundo plato -de obligatorio cumplimiento- a todos los demás, a pesar que esté en la mitad del suyo.

Marco insiste en que la alimentación ha sido un camino expreso para mejorar las relaciones familiares. Compartir la mesa a diario los ha acercado más.

2.1.6. Organización social

ToacazoBio, la primera experiencia en la organización social para Marco, fue un esfuerzo colectivo dedicado a la agroecología. De su primera experiencia, la heterogeneidad social fue una de las lecciones aprendidas. Lo colectivo se hizo carne para Marco, en la ruralidad, en la década de los noventa, luego de su regreso de Quito. Llegó a la organización social en los tiempos fulgurantes, que para Toacazo se hicieron evidentes con los esfuerzos por la recuperación del páramo.

Toacazo tiene cerca de trescientas hectáreas de páramo y se ha recuperado cerca del ochenta por ciento, de forma natural. Campesinos y campesinas, abandonando las actividades de pastoreo en sus inmediaciones, aportaron a su progresiva recuperación. La regulación del clima y un discernimiento más profundo frente al cuidado del agua, son triunfos obtenidos en este proceso, que Marco liderara, como presidente de la comunidad, hacia el año 2012.

Su paso por la organización social ha dejado más decepciones que aciertos, como es de esperar en una sociedad que, hace poco más de cuarenta años, se deshizo, en términos formales, de las relaciones señoriales del régimen de hacienda. Muy a su pesar, son todavía pocos los productores agroecológicos en la parroquia, por decir lo menos; aunque, irónicamente, la organización social tenga un lugar indefectible para su difusión.

2.2. Finca La Clem

La Clem está ubicada en la provincia de Pichincha, en las inmediaciones de la parroquia Guayllabamba (barrio El Balcón, sector Chaquibamba)¹⁷.

2.2.1. La familia

La Clem es propiedad de la familia Vigoth, que la adquirió hace 30 años, aproximadamente. Esteban es el penúltimo de cinco hermanos. Nació en Quito y toda su vida, hasta su entrada a la universidad, vivió en el sur de la ciudad. Es, en estricto sentido, un hijo del sur. Su madre, azuaya, y su padre, orense, trabajadores pertinaces, surgieron de entre la pobreza.

De ese esfuerzo terco, que sólo los límites de la pobreza otorgan a los más osados, emergió una pequeña empresa –en la que se vendían muebles-, que solventó la educación de sus hijos. De esa obstinación briosa y denodada, Esteban se tituló como ingeniero agrónomo de la Universidad de Cuenca.

Su inesperado ingreso a esta universidad se dio luego que ganara media beca para estudiar en la Escuela Zamorano –establecida en Honduras-, una de las más prestigiosas en el campo de la agricultura convencional. Era su sueño formarse allí, en el espacio donde se discutían los elementos más actuales sobre la materia. Dependía de sus padres para trasladarse, pues debía pagar la mitad del cursado y solventar sus gastos cotidianos. Su padre, muy bien formado y amante de la academia, le respondió con un rotundo no. El argumento de su respuesta se agarraba de su ferviente creencia en la calidad de la universidad ecuatoriana. De ello quedaron días de llantos y tristeza, años en residencia en Cuenca, y una red de amigos que de otra forma no existirían.

La blancura de su tez y el largo de su pelo, marcan su aspecto adolescente. Su rostro guarda para sí una juventud eterna. Su estética, bastante urbana, destaca con claridad una diferencia con la del campesino tradicional. Con los párpados a media asta, y su acento típicamente quiteño, la

¹⁷ Esteban, con un particular modo de ser y estar en el mundo, es el administrador y co-propietario de La Clem. Joven profesional dedicado a la agricultura, a más de ser proveedor de tomates y zuquini de Francisco Gangotena, fue su aprendiz –en lo que a la agroecología concierne-, en principio taciturno. Esta relación fue el partidero que definió el derrotero para que Esteban se vistiera de protagonista en esta investigación.

cadencia ligera de sus palabras resulta perfecta para una charla de cafetín. Se dirige a sus oyentes con cercanía, sin muchos tapujos, pero con mucho respeto. Es un observador diligente, tanto por su hambre de conocimiento, cuanto por la evaluación que hace de su interlocutor.

Esteban, recio en su carácter y cortante en sus primeras impresiones, hace gala de su timidez para establecer relaciones sociales, a pesar de su amabilidad. Una conversación con él supone un encuentro con un personaje sugerente, de aspecto pueril, compuesto por un cuerpo imberbe, blanco y delgado, y un espíritu maduro que supera sus escasos 29 años.

De convicciones firmes, tras su temperamento se encuentra una personalidad vivaz, festiva y sensible. Amante de la agricultura y justo heredero de la naturaleza trabajadora de sus padres, cerca del fin de su carrera, decide optar por la agricultura orgánica. Un corto acercamiento con Jairo Restrepo¹⁸ fue la bujía que originó la ignición. El objeto de su tesis de grado fue el análisis cromatológico¹⁹ de suelo que, dicho sea de paso, sufrió eternidades de obstáculos administrativos por parte de la decanatura de la facultad. En aquel entonces, tal como ahora, la agroecología no es reconocida en la mayor parte de las facultades de agronomía del país.

Así lo manifiesta:

Siempre me direccioné a tratar de producir la tierra. Pilares fundamentales fueron mis abuelos, que fueron campesinos. Siempre estuve apegado a la tierra. Y, la otra, es que es fundamental trabajar una agricultura para todos, no solo para ciertas clases sociales. Nosotros venimos de una familia sencilla, nos criamos en un barrio sencillo, popular; y esto no está al alcance de ellos. Entonces fue un empuje para seguir en esto; para dar un empuje a la gente que no tiene los recursos, que ellos también tengan opción a alimentarse sano (Esteban, agricultor finca La Clem en comunicación personal, abril de 2017).

¹⁸ Jairo Restrepo, colombiano, es, en la actualidad, uno de los agricultores orgánicos –al decir suyo–, más reconocidos en el mundo de las agriculturas alternativas. Su discurso, sencillo y afable, llega al tuétano de la cultura campesina, a través de estrategias para el manejo integral de una finca orgánica. Buena parte de sus cursos y conferencias se encuentran con gran facilidad en línea.

¹⁹ Es una técnica para el análisis cualitativo de suelos. A partir de la exposición de un fragmento de suelo a una solución de agua y nitrato de plata, se pretenden mostrar las conexiones o bloqueos de los minerales presentes en el suelo, así como su diversidad. Esta técnica permite evidenciar el estado del suelo, así como su grado de contaminación.

Hijo de padres separados, de entre sus hermanos, es quien está al cuidado de su madre. Dos o tres días por semana, deja la finca para acompañarla. El domingo, además, es el día de la familia. Todos los hermanos se reúnen en casa de su madre y almuerzan. Entre chistes y risas sin fin, se deja entrever la estrechez de su relación.

2.2.2. La finca

Guayllabamba es una parroquia con vocación agrícola, aunque en los últimos años las casas de recreo dominan el paisaje. Gentes de la clase alta y media-alta quiteña, han comprado predios y elevado considerablemente la renta del suelo. Frutales, flores y cultivos bajo invernadero son las principales actividades productivas de la región. El clima es seco, y presenta pocas lluvias, a lo que se suma el daño ecológico que la agricultura convencional ha causado en el entorno. Los veranos son más fuertes y las lluvias más escasas (Diario de campo, abril de 2017).

Para llegar a La Clem, hay que salir de Quito por Calderón, hasta llegar al redondel en el que se abren dos rutas: hacia Tabacundo y Cayambe. Tomando a la derecha, en sentido sur-norte, en el camino que conduce a Cayambe, cerca de un kilómetro anuncia, con un semáforo intermitente, la llegada a Chaquibamba.

Chaquibamba tiene una sola entrada, así que tomando el camino de la derecha y sin girar, cerca de dos kilómetros de distancia separan a La Clem de la vía principal. Finalizando el camino asfaltado, e iniciando el de piedra, un silencio ensordecedor domina ambos lados de la vía. Un gran portón de madera advierte la entrada de la finca.

La Clem tiene dos casas. Una, destinada para los cuidadores, es la más chica. La otra, de tres pisos a distintos niveles, es la principal. Frente a esta última, una pequeña parcela muy diversa se deja ver entre plantas de acelga, quinua, lechuga, brócoli y otras especies. Árboles de naranja, limón, aguacate y chirimoya ocupan casi toda la extensión del lugar. En el límite de la finca se encuentran tres invernaderos, y una plantación de hortalizas a la intemperie.

La granja tiene 4,6 hectáreas, de las que 1,8 están destinadas a las hortalizas, y el resto tiene frutales. La mayor producción es de aguacate, de dos variedades; seguida por tomate riñón y

cherry. Cerdos, vacas, gallinas y cuyes son la parte pecuaria del lugar, que aportan abono para la producción, leche, huevos y carne -en el caso de los cerdos. Ningún animal, excepto los cerdos, consume balanceado y todos son de razas criollas. Los cerdos, que son faenados, complementan su alimentación con balanceado, aunque en mínima cantidad. Su alimento principal es plátano verde y restos de comida. Tres invernaderos concentran la producción de tomate, pepinillo y zuquini.

Cuatro trabajadores están de manera permanente en la finca, necesarios a falta de mano de obra familiar y fija. Esteban mantiene una relación muy cercana y respetuosa con ellos –con gran renombre en la región, al punto que muchos le piden trabajo-, a pesar de su exigencia para las labores diarias. A más de los 25 dólares que paga por jornal, Esteban cubre el costo del desayuno y el almuerzo; sin contar el beneficio que implica no trabajar con agroinsumos, en términos de la salud de los trabajadores –asunto bien conocido en una región dedicada a la floricultura.

Mapa 2. Provincia de Pichincha



Fuente: Google Maps 2017

La producción es intensa en mano de obra, e insumos orgánicos. Los animales de la finca no suplen la demanda de abono, por lo que compra gallinaza a un vecino que alimenta a sus gallinas con granos y poco balanceado. Bajo techo siempre hay sacos de abono en descomposición. El cultivo se realiza en camas, que se arman y desarman para cada nueva siembra. Para el armado, se incorpora al suelo abono casi descompuesto y se deja en reposo durante una semana. Luego, se arman las camas y se siembra, siempre en procura de rotar y asociar cultivos (plantas de raíces (papa, remolacha, rábano) con plantas de hojas (lechuga, acelga, kale)). El cuidado de los cultivos se compensa con la producción de microorganismos de primera y segunda generación, bioles y caldos.

2.2.3. Semillas

Para Esteban el problema no está en la comercialización de semillas. Lo importante es acceder a estas, incluso a través del dinero, cuando no han sido modificadas química, ni genéticamente. Por ahora, y en parte por el poco tiempo que lleva en la agroecología (cinco años), no es autónomo en la producción de semillas. Hasta ahora produce cilantro y tomate –en todas las variedades que cultiva.

Los proveedores de semillas son diversos; y los selecciona de acuerdo al rendimiento en la producción. En este sentido, su paso por la universidad ha dejado huella. Prefiere comprar semillas a productores que se acercan a variedades criollas o que, al menos, no las han manipulado químicamente, en exceso.

2.2.4. Mercados

Durante la semana, cuatro días están destinados a la venta de alimentos. Los martes, el padre de Esteban llega a la finca, prepara el almuerzo y ayuda en algunas labores. Con un gusto por la finca, que parece innato, se sumerge en las labores agrícolas. Hacia la mitad de la tarde, con su camión lleno, parte hacia el sur de Quito, en las inmediaciones del sector Quitumbe, donde tiene una clientela cautiva. En este espacio, sectores con menores ingresos tienen la posibilidad de acceder a alimentos saludables. Una perspectiva más comunitaria de la agroecología se configura allí, con la idea de alimentación saludable para los más humildes.

Te sientes feliz desarrollando esta labor, y haces feliz a mucha gente. Yo creo que eso es muy gratificante para un ser humano. Llegar con alimento a gente que un su vida pensó en consumir un alimento de estos, es gratificante. El proyecto tiene como finalidad llegar a gente que necesita el producto por salud, y que no tenga los recursos económicos. Entonces, eso alimenta el alma, las ganas de seguir adelante, de seguir luchando desde este frente de trabajo, desde este frente de lucha (Esteban, agricultor finca La Clem en comunicación personal, abril de 2017).

Los miércoles, Esteban llena su furgón y parte hacia una gran producción de hortalizas, ubicada en Guayllabamba. Ellos han decidido comprar los productos de La Clem por su calidad. Es un interesante punto de venta, pues compran grandes cantidades, semana tras semana, lo que permite aportar a la sostenibilidad de la finca. Los jueves, el hermano mayor de Esteban lleva aguacates y limones para su sitio de trabajo, una sucursal de la empresa familiar, que ahora es suya. Su cuñada vende a los vecinos del conjunto habitacional en que vive, en Sangolquí. Además, cuando se faenan cerdos -que son muy apetecidos en su familia por el sabor de la carne y la poca grasa que contienen-, los vende enteros a una caserita del mercado municipal de Conocoto.

Los sábados, junto a Marco, vende en un pequeño punto en Sangolquí. Este es un pequeño mercado autogestionado. En este participan, además, el hermano mayor de Esteban y Sandra –la hija de Marco-, que se encargan de la parte contable y comercial. Entretanto, Esteban y Marco se encargan de la venta directa, informando a los consumidores acerca de los beneficios que trae consumir alimentos orgánicos, incluso exponiéndoles algunas de sus características. Para ser un mercado tan reciente, los y las compradoras van aumentando y se van diversificando.

En algún tiempo Esteban trabajó mucho con el Supermaxi, que pedía en grandes cantidades, lo que le favorecía en términos financieros. Sin embargo, después de algunos meses la relación se distendió. Este supermercado carga los *defectos* de la producción al proveedor, y los tiempos y términos de compra son bastante complejos. Por otro lado, si Supermaxi, eventualmente, decidía no comprar más a La Clem, la finca entraría en crisis, pues su producción quedaría estancada.

Ahora mismo Esteban vende a muchos pequeños emprendimientos que se dedican a la venta de frutas y hortalizas en ciertos barrios del Valle de los Chillos, principalmente. Esto le ha dado

mayor estabilidad. A pesar que vende en menor volumen, tiene asegurada gran parte de su producción.

La Clem no ofrece a quienes consumen sus frutas y hortalizas mercancías, como hacen otros actores que complementan este sector de la producción primaria. Por el contrario, ofrece alimentos orgánicos y saludables, que representan la posibilidad de un cambio importante en la vida de quienes, desde una nueva forma de alimentarse, se enfrentan a la oportunidad de sentir bienestar en su cotidianidad. Esto lo afirma de esta manera:

Alimentarse sanamente abarca muchos aspectos. Desde alimentar el conocimiento, el cuerpo, el alma. Yo creo que cuando estas en el campo, alimentas los tres al mismo tiempo. Es un ciclo que estás cerrando, prácticamente. Alimentarse sano es dar seguridad a las nuevas generaciones que vienen detrás de ti, darles un ambiente sano, darles alimento sano (Esteban, agricultor finca La Clem en comunicación personal, abril de 2017).

2.2.5. Alimentación

Una parte abundante de las frutas y hortalizas que se ofrecen en el mercado, son consumidas por Esteban. Algunas especies que se dan en pisos térmicos más altos son intercambiadas con otros productores orgánicos, principalmente con Marco. Destina una parte importante de sus ingresos a comprar alimentos fuera, ya que consume, con frecuencia y en abundancia, pescados y mariscos. En ocasiones, su padre y hermano mayor asumen una parte de ese gasto.

Esteban tiene el hábito de cocinar su propia comida, consciente de la importancia de una alimentación saludable para su organismo. Con lucidez se refiere a los excesos de la dieta ecuatoriana, disponible en restaurantes corrientes. Come fuera en ocasiones excepcionales, lo que se debe a una jornada agotadora. Como buen ecuatoriano, consume cantidades ingentes de arroz en cada una de sus comidas. No consume muchas verduras y aun considera muy complicado para su vida, abandonar la proteína animal, aunque consume muy poca carne roja.

Tiene la desdicha -y él lo reconoce- de consumir tabaco. Fumar es una costumbre, tan fuerte como bañarse a diario. Cerca de 20 cigarrillos al día son su receta, sin contar lo que representa en el presupuesto mensual.

Al principio su familia no depositó mucha confianza en la transición agroecológica de La Clem. Por lo mismo, uno de sus grandes triunfos es haber logrado alimentar sanamente a su familia, que consume las frutas y hortalizas de la finca. Ahora diferencian los alimentos que consumen, de aquellos que pueden obtener en cualquier plaza de mercado.

2.2.6. Organización social

Esteban tiene una postura muy distante respecto de la organización política y social en lo concerniente a la agroecología; a pesar que sabe de su importancia a propósito de la difusión de los conocimientos y las técnicas en el campo. La distancia en lo referente a este asunto roza con la apatía. Esto se ha moldeado de esta manera desde sus tiempos en la universidad.

Durante el curso del pregrado, tuvo acercamientos con el movimiento estudiantil. Allí pudo apreciar los comportamientos de la incipiente clase dirigente que se estaba formando en medio de los estudiantes-militantes. Observó cómo, las personalidades que se posesionaban en los lugares de liderazgo, terminaban consumiendo las energías del movimiento, al punto de convertirlo en propiedad privada. Esto los facultaba, entonces, para decidir que se hacía, quién entraba, quién salía; y, por supuesto, las energías colectivas terminaron por agotarse.

Aunque su postura respecto de la política, en términos de la organización social es distante; ello en nada ha afectado su postura política, en el campo individual. Gran parte de las facultades de agronomía en el Ecuador –por no decir todas-, emergen como un centro de difusión, estratégico, de la agricultura convencional. Por los pasillos de estas facultades, a más de los conocimientos, gravitan recursos económicos y se asienta parte del *lobby* de este poderoso sector de la economía.

Esteban se formó en las entrañas de estos tanques de pensamiento, y se debatió entre temibles críticas, por parte de las directivas de la facultad, por enfocar su tesis de grado desde la agroecología. Esto, como consecuencia, formó gran parte de su carácter y postura política al respecto. Su posición política se ha configurado como opositora a la agricultura convencional, y a todos los efectos sociales y culturales que deja su estela.

2.3. Finca Kurikindi

Está ubicada en la provincia de Imbabura, en el barrio El Batán (parroquia Cotacachi, cantón Otavalo)²⁰.

2.3.1. La familia

Está compuesta por cinco integrantes: Efraín, el padre; Keiko, la madre; y tres hijos: Saori, la hija mayor; Harumi, su hermana; e Yuji, el menor.

Efraín es un hombre de aspecto joven, delgado y erguido. Con frecuencia su apariencia es bastante sencilla, viste con ropa ligera, que siempre es de trabajo. Es un hombre risueño y muy amable. Su trato es cercano y presto para iniciar una conversación. Su carácter está compuesto por su permanente disposición a observar, su tranquilidad y su sencillez. Es serio y muy respetuoso, de mente muy abierta y con energías inagotables para el trabajo. Su creatividad parece sin límites, es un constructor permanente. Su ingenio le ha permitido construir casi todo lo que hay en la finca. Es una persona que necesita del aire y el paisaje para sobrevivir. El encierro mataría su esencia y lo haría huraño.

Antes de dedicarse a la agroecología, Efraín fue comerciante de ropa, fiel a sus tradiciones otavaleñas. Con uno de sus hermanos se dedicó al comercio en Colombia, hasta la llegada del feriado bancario. Hasta entonces, la relación entre el sucre y el peso era favorable para los ecuatorianos que aprovechaban el cambio de divisas. Así logró conocer Villavicencio, Florencia, San José del Guaviare, Yopal y Mocoa.

Keiko es japonesa. Estudió relaciones internacionales en Japón, y se hizo profesional en el campo. Llegó a Ecuador como voluntaria; y resolvió establecerse tras su relación amorosa con Efraín. Es una mujer seria, muy seria –algunos dirían que es típicamente japonesa. La primera impresión deja entrever a una persona distante, cortante y, eventualmente, de un carácter recio. Su castellano es muy bueno, teniendo en cuenta la estructura lingüística de su lengua materna. Es

²⁰ Kurikindi se trata de una experiencia holística que acoge a la agroecología. Se trata de una forma de vivir, no solo de un proceso productivo. Es una de las fincas que hace parte de *ProBio*, una organización dedicada a la certificación colectiva, con estrictos estándares de calidad. Es este el lazo que da un lugar a este proceso en la investigación.

una gran observadora, y no duda en poner en claro sus posturas, siempre que considera necesario hacerlo.

Dedicada a las labores del cuidado, principalmente, su vida se reparte entre la fabricación de alimentos procesados (pan, mermeladas, pasta de tomate y salsa de tomate), la educación en casa que brinda a sus hijos, el cuidado de la familia, donde está incluida la preparación de los alimentos. Juntos empezaron a hacer agroecología, pero eran otras sus expectativas:

Nuestra idea era tener un jardín etno-botánico, tener *full* plantas medicinales y árboles, y aprovecharle así a la tierra. Sembrábamos para nosotros en un espacio chiquitito que está aquí al frente. En ese tiempo no comía tantas verduras, pero la Keiko sí comía bastante; entonces, en vez de ir al comprar al mercado, que era lo que hacíamos, como cualquier persona, decidimos sembrar para nosotros –claro, de comerciante a agricultor, la brecha es súper grande. Empezamos a sembrar yuca, fréjol, zanahoria, lechuga, espinaca; y, bueno, para la casa salía muy bien, aunque la yuca nunca salió, no pasó de veinte centímetros. Había árboles en todo el terreno. Teníamos suficiente comida para nosotros; y, una vecina, Luli, nos dijo que por qué no vendíamos; pero nos daba vergüenza vender verduras. Empezamos a venderle a ella, sembramos un poco más, y ahí empezamos a vender en la camioneta, aunque no se vendía ni una lechuga, y estábamos arrepentidos de haber salido. Y así empezamos, de a poquito. ¡Aunque no vendíamos nada, teníamos para comer carajo! Ese era nuestro aliento (Efraín, comunicación personal, abril de 2017).

Keiko es una mujer que disfruta de las buenas conversaciones. Muy bien establecida en sus posturas políticas alrededor de su vida y la de su familia. Trabajadora inagotable, con una paciencia para con sus hijos, que limita con la eternidad, y una disciplina apabullante con la que es capaz que lograr cualquier reto que se le ponga en frente. Es muy fácil percibir que su disciplina marca los ritmos de la cotidianidad en la finca. La casa, llena de libros y de utensilios de cocina, se mantiene en un orden que obedece a un patrón, sólo logrado con la mítica disciplina japonesa.

En general es una persona tranquila y asertiva, aunque en ocasiones broten algunos gritos para llamar al orden -apenas entendible cuando la correlación de fuerzas está en su contra. Sus tres

hijos, que con frecuencia están juntos, suelen unirse en un solo cuerpo para gritar, saltar, llorar, jugar y correr. Es una batalla diaria que Keiko afronta con la mayor de las valentías, sin musitar un solo gesto de inconformidad, más que el evidente cansancio que se apodera de ella al final de cada jornada. De sus ojos y cuerpo exhala un amor inmenso por su familia, que sólo es comprensible a través del trabajo arduo de la cotidianidad.

Saori tiene 11 años y ya terminó la primaria, que cursó en el espacio destinado para ello en su casa. Ahora, asiste como oyente a un colegio de educación alternativa, donde está evaluando su eventual acoplamiento a una nueva realidad como esa. Es una niña alta y delgada. Su rostro se dibuja a través de sus ojos rasgados y los pómulos pronunciados de sus raíces andinas. Adoptó el color de su padre, así como su afabilidad. Es una niña jovial y sonriente, la felicidad le brota por los poros. Habla japonés, castellano, inglés y está aprendiendo alemán. La facilidad por los idiomas le viene con naturalidad, pues dice que los aprende “así no más”.

Yuji y Harumi son los más pequeños. Ambos disfrutan a cabalidad de los espacios que les provee Kurikindi. Siempre están jugando y corriendo por los prados de la finca; juegan con los tres perros que cuidan de noche el lugar; y son muy inquietos. Harumi cursa el ciclo básico junto al hijo de otra madre que acompaña el proceso. Yuji aún no inicia el ciclo inicial, y es un niño muy curioso.

Las relaciones familiares, todas, están determinadas por Kurikindi. La finca es ubicua respecto del curso de sus vidas. El trato que se ha establecido entre ellos es muy sensible, y se hace presente a través de un amor entrañable, que es capaz de conmover a los más rudos. La entrega en las labores cotidianas de los padres certifica el compromiso y la energía que la familia aporta al día a día.

2.3.2. La finca

Para llegar a Kurikindi es necesario tomar la panamericana hacia el norte, partiendo de Quito. Al llegar a Otavalo, unos kilómetros más en sentido norte, permiten avistar el desvío para llegar a Cotacachi. Ya en Cotacachi, es necesario ubicarse en la terminal de transporte. Aunque es posible llegar en taxi hasta Kurikindi, lo mejor es hacerlo caminando. Siguiendo el camino asfaltado, en

dirección al barrio El Batán, se aparece el camino de piedra. Aproximadamente dos kilómetros separan la finca de la terminal.

Adentrándose en el camino de piedra, que se convierte en trocha, se aparece el paisaje, que se destaca de entre la disposición urbana del centro. En el fondo se encuentra un horizonte boscoso y tupido. Más cerca se pueden observar algunos cultivos, aunque priman grandes y vistosas construcciones, destinadas a servir como residencia para los y las extranjeras, que abundan en el lugar.

Mapa 3. Provincia de Imbabura



Fuente: Google Maps 2017

Cotacachi es una parroquia con vocación turística y comercial. Su cabecera es muy vistosa. Efraín dice que en eso se ha convertido desde la llegada masiva de extranjeros –jubilados en su mayoría-, provenientes, principalmente, de Estados Unidos y Europa Occidental (Crespo 2015, León 2017). El Gobierno Autónomo Descentralizado Parroquial ha invertido en el mobiliario urbano (calles, andenes y parques), a fin de lograr una estética acorde con el gusto de los turistas. El centro del pueblo es muy comercial, y destacan las tiendas con artículos de cuero (chompas, calzado y carteras), restaurantes con menús muy llamativos y hoteles.

El Batán es un barrio poblado con mayoría indígena. El *kichwa* es la lengua más común entre sus calles.

Kurikindi limita con dos conjuntos habitacionales bastante lujosos, al decir de Efraín. Aunque en otro tiempo eran más frecuentes, aun se presentan desencuentros entre blancos extranjeros e indígenas. Las peleas se deben a desacuerdos por el uso del suelo; así como por nuevas compras de predios para construir condominios, lo que eleva la renta del suelo.

La finca tiene 1,9 hectáreas, comprendidas en un predio cuadrado. En este se encuentran cuatro construcciones: una, la casa vieja, que estaba originalmente, y ahora acondicionada para recibir voluntarios y huéspedes. Dos, el galpón, donde duermen un caballo y una vaca; y que además sirve para guardar las herramientas de trabajo. Tres, el lugar destinado a la educación, acondicionado con mesas y sillas para trabajar, así como con todos los instrumentos necesarios para esta actividad (colores, pinturas, papel por pliegos, lápices, entre otros). Por último, la casa nueva, donde vive la familia y que fue construida en minga, aunque la mayor cantidad de trabajo la puso Efraín. La mampostería está hecha con fardos de paja, tapial y cal hidráulica; los cimientos están hechos con piedra, y levantan la edificación cerca de dos metros sobre el suelo; los techos tienen madera y teja de cerámica.

Kurikindi fue comprada por Efraín y Keiko, algunos años después de vivir juntos. La compraron a una histórica familia hacendaria que estaba parcelando, pues ya no podían controlar semejante extensión de tierra. Cuando empezaron a habitar el lugar, ya había luz eléctrica; y fue necesario gestionar el agua a través del gobierno parroquial.

Los consumos energéticos en Kurikindi están muy bien pensados y dispuestos. Ya que el agua es escasa, buena parte de su consumo viene de la recolección de la lluvia, con lo cual se hace un uso eficiente de esta. Los baños son secos, y el agua caliente de las duchas logra su temperatura con paneles solares dispuestos en cada casa. La forma redonda de la casa principal logra gran luminosidad, con lo que se aprovecha toda la luz del día. Varias claraboyas dispuestas en el techo, y enormes ventanas logran su cometido.

El predio tiene un invernadero amplio donde se cultiva tomate, pimiento y zuquini. A su lado están las camas de cultivo, que no se arman con relieve, aunque se preparan luego de la cosecha. Con esto, el tiempo que ahorrado en el armado de las camas, se aprovecha en la siembra y en la cosecha. En todas las camas hay rotación y asociación de cultivos, prevaleciendo la relación entre raíces y hojas, la parte trasera de la casa tiene frutales (limón, naranja, uvilla, aguacate, entre otros) jóvenes, que aún no llegan al cenit de su producción.

José es un trabajador permanente, perteneciente a la nación Otavalo; mantiene una relación muy cercana, responsable y respetuosa con Efraín. Junto a él se encargan de todo el trabajo de la finca, no solo en lo que atañe a las labores agrícolas. Juntos construyen, reparan, siembran y cosechan.

Buena parte de la tecnología usada en la preparación del suelo para la siembra, y en la siembra, fue fabricada por Efraín. Usaba principalmente la energía de su caballo para el arado. Todo esto a fin de escapar a los usos energéticos convencionales, basados en insumos fósiles. Sin embargo, dadas las enormes cantidades de mano de obra, decidió comprar un pequeño tractor.

La gran cantidad de árboles que hay en Kurikindi tienen como finalidad acoger a distintas especies de aves, que aportan a la estabilización ecológica del agroecosistema. Las flores amarillas y blancas que de ellos emanan, por otro lado, representan la llegada de insectos depredadores, que ayudan a controlar las plagas del cultivo.

El suelo en Kurikindi tiene muy buen olor, muy cercano al del bosque; es muy suave, a causa de la cantidad de oxígeno que contiene; y, retiene bastante agua. Estos elementos permiten afirmar la presencia de un suelo sano, que se logra, a más de la rotación y asociación de cultivos; por medio de la incorporación de bioles y microorganismos de segunda y tercera generación.

2.3.3. Semillas

Tal como en los casos previamente presentados, casi todas las semillas son importadas. Produce semillas de arveja. Las semillas son, actualmente, una faz débil, pues la producción total aun no llega a su cenit. Espera ser autónomo en la producción de semillas, aunque sabe con certeza que eso implica mayor inversión monetaria, y mayor fuerza de trabajo.

2.3.4. Mercados

Efraín está encargado, también, de los mercados. Solo asiste a un mercado, todos los jueves en las mañanas. El punto está ubicado en Cotacachi, en la plaza donde se encuentra el banco Pichincha. Este pequeño mercado reposa en el garaje de la casa de una extranjera, que permitió el establecimiento de entre cinco o seis vendedores.

El grueso de los consumidores está constituido por extranjeros de habla inglesa, y la mayoría supera los cincuenta años. En este mercado, como a la vieja usanza, se encuentran los y las compradoras, a su vez vecinas del pueblo, para intercambiar sus historias durante la última semana.

El precio que Efraín pone a sus productos está por encima que el de los supermercados. Los y las consumidoras, ubicados en un estrato socioeconómico alto, pueden pagarlo sin mayores ambages. Esta es una coyuntura que, sin duda favorece la sostenibilidad de Kurikindi.

2.3.5. Alimentación

Dada la presencia de los y las hijas, todas menores de doce años, la alimentación es una parte de primer nivel en la familia. La dieta está basada en la gastronomía asiática. Todos comen con palillos, y la mesa es un espacio casi sagrado, que se respeta.

Keiko es la encargada de la preparación de los alimentos. Siempre busca un balance en el que haya variedad en la mesa, de acuerdo a sus tiempos y a su energía. Es un trabajo arduo el que tiene en la cocina, tanto por lo cotidiano, cuanto por los días de feria.

Todos los alimentos que se cultivan se consumen, a pesar que una importante cantidad de dinero se ocupa en los insumos para la comida (salsa de soja, aceite de ajonjolí, sake, entre otros). Los alimentos que no se cultivan se obtienen de un intercambio que se realiza con una familia cercana que tiene una finca agroecológica en la región de Intag.

Keiko no sabía cocinar cuando inició su vida en Ecuador; por ello en la casa hay innumerables ejemplares de libros culinarios, principalmente en japonés. Ahora, con la práctica de la

cotidianidad, es una excelente cocinera. Debido a las costumbres japonesas, en algún viaje a Japón consiguieron traer rábano japonés, que cultivan, consumen y venden en la feria. Esta especie de rábano es muy consumida en casa. Con frecuencia se consume deshidratado en una mezcla de limón, salsa de soja, algo de vinagre, sal y panela.

2.3.6. Organización social

Efraín está muy ligado a la vida comunitaria del barrio y la parroquia. Las mingas son un espacio constante –casi permanente- en que la comunidad, a más de tener mano de obra disponible, logra estrechar el tejido social. Siempre que hay reuniones en la comunidad, Efraín asiste sin falta, al igual que a las mingas.

Keiko es igualmente interesada en este aspecto de la vida en colectivo; sin embargo, para ella ha sido muy complejo entrar a la comunidad, por su condición de extranjera, en el marco de los malos entendidos que se han presentado. En algún momento planteó su iniciativa de educación en casa con cierto enfoque comunitario, pero las familias indígenas no estuvieron interesadas.

El cultivo también tuvo intenciones de convertirse en un eje, transversal para la comunidad. Este tampoco tuvo el recibimiento esperado. Por otro lado, han intentado colectivizarse en grupos dedicados a la agricultura orgánica. Algunas experiencias de este tipo estuvieron situadas en Ibarra y Cotacachi; no obstante los frutos no fueron los esperados.

Las condiciones que en Kurikindi se plantean a la agroecología van mucho más allá de la mera producción de alimentos. Keiko y Efraín están convencidos que se trata de una apuesta para la transformación social. En principio establecieron límites relativamente rígidos que han ido modificando a fuerza del encuentro con la realidad social de la región. Para Keiko, principalmente, ha sido muy complejo su acople en este sentido. De ahí que los intentos de colectivización alrededor de la venta de alimentos se hayan roto, pues los miembros de los colectivos no satisfacían las necesidades y requerimientos técnicos y sociales que rigen en Kurikindi.

2.4. En perspectiva comparada: agroecología y filosofía de la praxis

Tal como se indicó en líneas previas, la etnografía no permite la construcción de generalizaciones, con lo que no es posible poner la vista en la globalidad, aunque permite que los apriorismos sean puestos a un lado. El enfrentamiento con la cotidianidad supone, por parte del investigador, una postura abierta y atenta, a fin de lograr la captación de las contradicciones que se presentan.

Con ese objetivo en mente, la observación estuvo acompañada por preguntas sucintas, que invitaron a los y las entrevistadas a evaluar su cotidianidad a la luz de los órdenes teóricos de la agroecología. Es en este momento cuando emergen las premisas políticamente correctas, que asumen este carácter en comparación con comportamientos y actitudes que se salen del marco propuesto. Y es esto lo que ha salido a la luz, eventualmente.

A propósito del capítulo uno, que contiene el marco referencial, que fungió como estructura teórica para esta investigación, la filosofía de la praxis logra emplazarse con éxito en los resultados que arrojó el trabajo en campo.

La filosofía de la praxis es un marco referencial que, basado en una reflexión teórica y ordenada acerca de la praxis, implica ciertos elementos constituyentes. De manera amplia y general, la praxis puede comprenderse como acción social transformadora, que sólo podrá ver la luz a través del desarrollo teórico-práctico de la crítica. La crítica, por tanto, es el vehículo que permite someter al sentido común a una evaluación mordaz, que permita desnudar lo que en la cotidianidad se ha naturalizado.

El ejercicio de la crítica, respecto del sentido común, no es otra cosa que la disección de la síntesis que representa. Con este análisis pormenorizado a cuestras, es posible llegar a una comprensión exhaustiva de los elementos de esta síntesis, que le permiten su popularización. Por supuesto, esta disección, puesta en marcha por causa del uso de la crítica, atiende a una mirada larga, de mayor profundidad, con anhelos de transformación. Este análisis crítico permite la

profundización del sentido común, a partir de la exhaustividad que se puede lograr con su estudio.

La referencia al buen sentido, en consecuencia, denota, como ya ha sido señalado, la transformación del sentido, del sentido común. Esto no es otra cosa que el logro de una nueva síntesis, de un nuevo sentido común. Pero este nuevo sentido común no es parido en el aire. Sus bases materiales y espirituales se encuentran en la síntesis que le es actual, y que encarna un sinnúmero de contradicciones.

Es la praxis, con su contenido crítico y transformador, el móvil que permite la construcción de esta nueva síntesis. La filosofía de la praxis, así las cosas, es un marco referencial que permite el avistamiento teórico de un nuevo orden, sobre la base de un análisis crítico y pormenorizado de la realidad social.

La agroecología puede considerarse dentro de la filosofía de la praxis, en tanto marco referencial. Es la agroecología un instrumento teórico-práctico que logra una comprensión de la realidad social a partir de las relaciones socioambientales. Vista en términos de la praxis que configura, la agroecología avista y alerta sobre una crisis civilizatoria que se gesta desde ciertos elementos prácticos, propios de la humanidad: la alimentación, la producción y el intercambio.

La agroecología posee un enorme potencial crítico, que apunta a la transformación de la realidad social. Ello no significa que su desarrollo se dé con la normatividad con la que se caracteriza, en términos teóricos. El contenido teórico de la agroecología permite la idealización del agroecosistema, para su posterior configuración material. Es en el agroecosistema, en las fincas, donde se materializa la agroecología, y las fincas están habitadas por seres humanos, quienes cargan a costas su propia historia.

Las fincas, por tanto, son la representación material de lo contradictorio de la experiencia moderna, del desarrollo, de los efectos de poder del Estado, de la religión, de los lazos familiares, de las expresiones más altruistas y las más egoístas de la humanidad. De este contexto surge la agroecología.

La alimentación, las semillas y los mercados, a partir de lo encontrado en campo, son los elementos de mayor relevancia para continuar con el desarrollo de la agroecología. En cada finca estos tres elementos tienen un despliegue particular.

De otro lado, la organización social, relevante en lo teórico, pero lejana en la práctica de las tres fincas, es una variable que permite el desarrollo de la praxis en una acepción más política. Esta dimensión de la política se entiende a partir de una disputa, establecida en el seno de actores antagónicos, que requiere de su estudio pormenorizado y crítico, teniendo como objetivo la acción colectiva y organizada²¹.

El siguiente capítulo desarrollará con mayor detalle cada una de las esferas constitutivas de la agroecología: la política, la teoría y la práctica.

²¹ A pesar que la organización social fue una categoría con poco despliegue teórico y analítico en esta investigación, existen un sinnúmero de experiencias en la organización social que, desde la agroecología, desarrollan y apuestan por una transformación social.

Capítulo 3

Agroecología: entre lo político, lo teórico y lo práctico

En este capítulo se abordará la agroecología en tres dimensiones, que se consideran indispensables para comprenderla en su condición actual: lo político, lo teórico y lo práctico (Wezel, y otros 2009). Se entiende la agroecología como una disciplina en construcción, que empezó como un compendio de conocimientos muy ligado a las ciencias naturales, y que ahora encarna una serie de innovaciones metodológicas, epistemológicas, además de ciertas disputas en términos de la política.

Durante el desarrollo de este aparte se entenderá el contexto de la política en términos de las disputas globales que se presentan en el ámbito internacional (Estados, agencias internacionales, empresas privadas), a propósito del sistema agroalimentario. Se desarrollará también en el sentido de los efectos que genera a nivel nacional, con especial énfasis en el Estado ecuatoriano; y, en contraste con algunas categorías que resultan indispensables para comprender el problema en el espacio de la política.

Lo teórico, o científico, estará limitado en torno a algunas aproximaciones que se han presentado, respecto de la discusión disciplinaria y científica de la agroecología. Desde aquí podrán observarse ciertas perspectivas en torno a las innovaciones metodológicas y epistemológicas en el campo de estudio de que es objeto este documento.

Por último, en el sentido de la práctica se hará alusión a ciertos elementos que componen la agroecología como práctica –entiéndase la diferencia respecto de las prácticas agroecológicas-, y a los problemas que plantea para la cotidianidad de los y las agricultoras.

Estos tres espacios de reflexión, en realidad, permanecen en un estado de reticulación imbricada. Es del interés dentro de esta investigación hacer esa salvedad, siempre que se pretende aislar los espacios entre sí, con fines estrictamente académicos, a fin de lograr una comprensión más abstracta de cada uno.

Esta investigación no pretende profundizar acerca de los sentidos y desarrollos conceptuales de la agroecología. En consecuencia, se entenderá, de manera muy general, como “una alternativa a la agricultura industrial [...] sin el uso de agroquímicos y transgénicos, usando principios que permiten rediseñar agroecosistemas diversificados, productivos y resilientes” (Altieri 2015, 8). Con esto, se quiere ubicar a los y las lectoras en un contexto amplio, que se irá desarrollando en el cuerpo del texto.

3.1. La agroecología en la política

En términos de la política, la agroecología plantea una disputa con la agroindustria orientada a la exportación, sustentada en el libre comercio y en la financiarización (Altieri 2015; Rubio 2017). Esta forma de hacer agricultura, fundamentada en la Revolución Verde, lejos de solucionar la pobreza, la ha intensificado, aumentando el hambre mundial, la migración rural-urbana y el deterioro ambiental (Rubio 2017).

La disputa con la gran agricultura industrial se presenta en términos de un cúmulo de actores, con notable poder a nivel nacional e internacional, entre los que se cuentan los Estados, las agencias internacionales, las instituciones multilaterales y las empresas privadas. Es un espacio de conflicto, con una evidente asimetría, en términos del poder y la capacidad de influencia para la configuración de políticas públicas nacionales.

La agricultura dedicada a la exportación reposa en manos, en términos generales, de enormes empresarios privados que, a su vez, en el interés por controlar el mercado mundial de insumos y semillas, han cercado las posibilidades de subsistencia de la agricultura a pequeña escala.

Rubio (2017) afirma que la principal característica del nuevo orden mundial agroalimentario, está dada por la inclusión de la agricultura dentro del mercado financiero –como respuesta a la crisis hipotecaria de 2008²²–, y, por tanto, a la inmersión de los productos del sector en la lógica especulativa financiera.

²² Esta, la causa principal de la crisis económica de 2008, que estuvo acompañada por el aumento desmedido de los precios de los alimentos, en el marco de la especulación financiera. La distancia entre los precios nominales y los reales, estableció una brecha inusitada, lo que solo benefició a los productores con ingentes subvenciones estatales. Estos subsidios les permitió cubrir los excesivos costos de los insumos (Rubio 2017).

Se trata de un nuevo balance de la Revolución Verde, que innova en términos de la manipulación genética, y su correlato en los productos agroalimentarios, ahora *commodities*. En el entretanto, los demás factores siguen sin mayores alteraciones. Enormes monocultivos –principalmente de maíz, caña, soya y palma- que requieren de vastas extensiones de tierra –con la desposesión como nueva táctica-, lo que implica una agricultura cada vez más intensiva en capital –con sus efectos sobre el desempleo agrícola y rural (Rubio 2017). Las secuelas ecológicas y alimentarias sobre la población rural y más pobre, son significativamente nocivas.

La financiarización del sector agroalimentario ha implicado que la especulación sea la principal y nueva táctica para interactuar en los mercados. Estados Unidos, especialmente, con esta táctica como su caballo de Troya, ha ocasionado un excesivo aumento de los precios de los alimentos a nivel mundial (Rubio 2017). No obstante, quiere hacerse ver que es un efecto de la interacción de la oferta y la demanda a nivel mundial.

Se insiste en que el orden global de los mercados agroalimentarios está regido por el comportamiento de la oferta y la demanda. Con esto, resulta posible argumentar que el aumento sostenido de los precios de los alimentos es un efecto del aumento de la demanda mundial. Desde esta postura, harto conservadora, la demanda mundial de alimentos es jalónada por la emergencia de las clases medias de China e India. El aumento en su capacidad de consumo ha aumentado el uso de cereales con fines pecuarios. Lo que no se dice es que China²³ e India son prácticamente autosuficientes en arroz, maíz y trigo, con lo cual no puede ser la causa determinante de alza sostenida (Rubio 2017).

El consumo de agroquímicos en América Latina, que para el 2008 representó el 9,3% del consumo mundial; y, esto, impulsado por los cerca de 2.700 millones de dólares invertidos, sólo en América del Sur, deja entrever el notable problema ecológico y productivo en la pequeña producción, y en el consumo diversificado de alimentos (Altieri 2008).

²³ China, según datos de 2015, importaba el 79% de la producción mundial de soya, casi toda para la fabricación de piensos y balanceados (Rubio 2017).

En Ecuador, “estamos metiendo –esto es increíble-, excepto Brasil y Argentina, más pesticidas que en los otros países latinoamericanos. Unas 7 libras de pesticida, de veneno, per cápita, cada año, aquí, es una cosa de locos. Y, hablamos de salud, de contaminación” (Iván, ex asambleísta Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

Es una ironía que los efectos de este tipo de agricultura se presenten a nivel nacional, aunque en esta escala geográfica la disputa no pueda desarrollarse. El conflicto se encuentra en lo global, a propósito de la construcción de un horizonte de lucha por parte de los movimientos sociales. En términos regionales, el objetivo está en caracterizar y medir el impacto de la agroecología a nivel nacional (Funes-Monzote y Márquez 2016).

Los actores que promueven y financian la Revolución Verde, contribuyen a la insostenibilidad de la agricultura industrial, la depredación de los recursos naturales, la contaminación del agua, la destrucción de los suelos, la pérdida de biodiversidad, la globalización del hambre, la marginación y exclusión de agricultores, y el asesinato de líderes sociales y luchadores campesinos (Funes-Monzote y Márquez 2016). De ahí que los movimientos y las organizaciones sociales que gravitan en torno a la agricultura y el problema de la tierra, sean correlato de esta contienda global.

Iván,²⁴ exasambleísta de Alianza País, partido oficialista del Estado ecuatoriano, afirma, a propósito del devenir de los movimientos sociales en el contexto señalado, que:

Los procesos sociales no son resultado de acciones espontáneas de individuos aislados, siempre estarán presentes procesos organizativos, siempre. Sin esos procesos organizativos, desde mi punto de vista, no son posibles estos avances, ni políticos, ni sociales. Los procesos organizativos son esenciales. Sin estos procesos organizativos, insisto, no creo que podamos dar pasos importantes, en ningún sentido. Esto para mi es fundamental. Puede que me equivoque, creo que no, pero sin organización social, poco es lo que se podrá hacer (Iván, ex asambleísta de Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

²⁴ Los nombres de los entrevistados han sido modificados a fin de guardar su integridad.

La agroecología, en tanto movimiento social, es producto de la lucha y creatividad de los pueblos latinoamericanos, principalmente. Desde allí se ha configurado un escenario antagónico,²⁵ en el que Centroamérica fue testigo de su germen. El primer intento de configuración regional del movimiento campesino surgió en Nicaragua, hacia 1981, en el marco de la Reunión Continental de Reforma Agraria y Movimientos Campesinos. Evolucionó hasta llegar a un espacio concreto, mediante la formalización del Congreso Latinoamericano de Organizaciones Campesinas (CLOC), en 1994, en Perú (Sevilla y Martínez-Alier 2006).

Todo el siglo XXI ha sido testigo de la evolución y perfeccionamiento del movimiento campesino regional, que ha logrado una forma superior, de tantas posibles: el movimiento agroecológico. El Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra –MST- de Brasil, así como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional –EZLN- en México, han sido los precursores ideológicos en la lucha. En tanto, La Vía Campesina ha fungido de referente organizativo, para llevar tal nivel de antagonismo al escenario global (Sevilla y Martínez-Alier 2006).

En Ecuador, los movimientos sociales dedicados a la agroecología, han sostenido esta lucha, a pesar que “no es rentable para el Estado, por eso tuvo tantos problemas Acción Ecológica²⁶. El planteamiento que hace Acción Ecológica, es un planteamiento de vida, pero no es rentable para el Estado, porque no puede sacar petróleo, o porque no pueden tumar el bosque para exportar madera” (César, integrante de ProBio en comunicación personal, abril de 2017).

Inclusive, a través de la idea global de desarrollo rural, particularizada en cada Estado nacional, la agroecología ha logrado aportar al diseño de políticas de orden local. El desarrollo rural

²⁵ Se entenderá el antagonismo, en un sentido político, como un espacio de contradicción, dado en este caso entre el capital y el trabajo. A su vez, y como desarrollo categorial en la realidad, se comprenderá el antagonismo, en términos generales, y desde la posición de los movimientos sociales, como un estadio objetivo, o, como consciencia del antagonismo. Con mayor despliegue, que es como se pretende mostrar en esta investigación, se desarrollará el antagonismo, en su faz subjetiva, como consciencia antagónica. Es en la consciencia antagónica donde se crea una subjetividad en medio de la contradicción; es decir, donde se toma una posición activa dentro de la disputa (Modonesi 2010). Se trata de una disputa muy específica, caracterizada por la necesidad de pervivencia de los contendores. Esto es, la eliminación del contendor implica un proceso de dominación, por tanto, la pervivencia de los contendores es la característica central del antagonismo.

²⁶ Acción Ecológica es una ONG ambientalista con presencia en Ecuador, que defiende y promueve la ecología integral, la sustentabilidad en la sociedad, el sentido crítico frente al desarrollo (ver: <http://www.accionecologica.org/iquienes-somos/nuestros-principios>). Se ha caracterizado por tener varios desacuerdos con el oficialismo, principalmente en lo concerniente a las políticas agrarias y minero-energéticas.

agroecológico, entonces, “se basa en el descubrimiento, sistematización, análisis y potenciación de resistencias locales al proceso de modernización agroindustrial, para diseñar en forma participativa, esquemas de desarrollo, desde la propia identidad local del agroecosistema concreto” (Martínez 2004, 101).

A pesar del conflicto permanente, desde 2014 la agroecología empezó a tener una notable publicidad institucional, promovida por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación –FAO- (Giraldo y Rosset 2016), a propósito del Simposio Internacional de Agroecología para la Seguridad Alimentaria y Nutrición, desarrollado en Roma, en el mismo año.

Esto llevó a un encuentro sin precedentes entre movimientos sociales, agencias internacionales, empresas privadas y gobiernos. Muchos ministros de agricultura, en cabeza del director de la FAO, declararon que la agroecología “representa una opción más que debe apoyarse, pero combinada con otros enfoques como lo es la intensificación sustentable, la agricultura climáticamente inteligente y los organismos modificados genéticamente” (Giraldo y Rosset 2016, 16).

Este reajuste de la correlación de fuerzas tiene un acumulado de hechos históricos que lo sustentan. Hacia 1994 –en concomitancia con el fuerte surgimiento de los movimientos sociales actuales-, en la conocida como Ronda de Uruguay²⁷, Europa Occidental y Estados Unidos confirmaron su dominio sobre el mercado agroalimentario global (Rubio 2017).

No obstante, en 2003, en el marco de la Ronda de Cancún, tal dominio quedó en duda. El aumento de la demanda en China e India afectó notablemente el mercado mundial, lo que se reflejó en el fracaso de esta cumbre. En alianza con Brasil y Sudáfrica –estos cuatro países poseen gran peso en el mercado mundial-, lograron parar las negociaciones (Rubio 2017). Esto estancó la avanzada de Estados Unidos y Europa.

²⁷ Este es el nombre que se le da a la octava ronda de negociaciones comerciales multilaterales, en el marco del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, conocido como GATT, por sus siglas en inglés (Cline 1995).

Como agravante se unió la caída del Acuerdo de Libre Comercio para las Américas –ALCA-, principalmente por la influencia de Brasil. Como respuesta, Estados Unidos firmó acuerdos bilaterales con un amplio número de países latinoamericanos. Como parte de los efectos de estos tratados bilaterales firmados se encuentran el aumento significativo de las exportaciones en los países firmantes, el incremento de la acumulación de tierra por desposesión, la consolidación de la seguridad jurídica para las grandes corporaciones transnacionales del sector agroalimentario, y la prohibición del uso de semillas nativas y sin certificación (Rubio 2017).

Con la anuencia de la FAO y, en esa misma dirección, de las instituciones multilaterales, las empresas privadas y los gobiernos, la agroecología se enfrenta a una oportunidad política²⁸ sin precedentes. La posibilidad de cooptación por parte de la Revolución Verde está latente; aunque, de otro lado, la auto-crítica, tal como la reflexión-acción profunda de los movimientos y organizaciones sociales puede mejorar su posición en esta correlación de fuerzas.

No hay que olvidar que el neoliberalismo, como manifestación actual del régimen de acumulación de capital, ha logrado mantenerse con la incorporación de las críticas que, desde distintos flancos, se le han hecho. La financiarización de la agricultura, por tanto,

[...] busca mercantilizar las semillas y la agrobiodiversidad; despojar los saberes agroecológicos de los campesinos y comunidades indígenas; insertar mayor diversidad agrícola a los mercados de alimentos, la industria cosmética, y farmacológica; incrementar los beneficios derivados de los bonos de carbono y la conservación neoliberal mediante arreglos agroforestales; y lucrar por la ampliación de los mercados de productos orgánicos industriales, que pronto serán nombrados como agroecológicos en las grandes superficies (Giraldo y Rosset 2016, 20).

En términos más localizados, la disputa se fragua en la cotidianidad. Son las relaciones sociales de los entornos locales, y el desarrollo de los agroecosistemas y las fincas, los que van alimentando la resistencia día tras día. Así,

²⁸ Se entenderá la oportunidad política como una estructura concreta, que se debate entre la objetividad y la subjetividad, en la cual los movimientos o grupos sociales analizan las señales que perciben, provenientes de su entorno político, y encausadas a diseñar repertorios de acción (Gamson y Meyer 1999).

Si utilizo el abono de mis animales, si logro desarrollar la posibilidad de tener mis propias semillas, si no utilizo ningún, entre comillas, fitosanitario; estoy golpeando con fuerza a la gran industria química, que es uno de los monstruos en el mundo, con enorme fuerza. Es un hecho de enorme trascendencia política. Si miles de agricultores entrarán en esta lógica, el mundo cambia. Hasta el cambio climático se modifica, brutalmente.

Se trata de posicionar, o impulsar, abrir una ventana para tratar de ir construyendo –con lo difícil que es esto–, una cultura que permita entender a la naturaleza de otra forma. Porque si no logra el ser humano eso; esto tiene un límite, nos vamos a acabar. El ser humano, la sociedad, tiene un límite, nos estamos comiendo el planeta (Iván, ex asambleísta de Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

3.1.1. La autonomía y el Estado

Parece que los Estados, en el campo de la agricultura, van en contravía de los intereses de los y las pequeñas agricultoras. Resulta sarcástica la comprensión del rol de Estado en este sentido. Por un lado, dentro de sus responsabilidades está el diseño y ejecución de políticas públicas destinadas al agro, donde los y las pequeñas productoras deben ser incluidas. Pero, por otro lado, la importación masiva de maquinaria y semillas, a más del apoyo institucional que se da a la Revolución Verde, hacen parte del diseño institucional de las mismas políticas, y afectan notablemente a la pequeña agricultura.

Parece posible que el accionar del Estado se presente en el marco del desconocimiento de la autonomía de los pequeños productores. Por lo general, se homologan los modos campesino y empresarial de explotación agrícola. Al respecto Van der Ploeg afirma:

El objetivo de crear y ampliar valor agregado evidentemente refleja la condición campesina: se enfrentan los entornos hostiles generando una producción independiente de ingreso utilizando básicamente, si bien no exclusivamente, recursos autocreados y autogestionados. El modo empresarial se empeña tanto en absorber los recursos de otros, como en producir valor agregado con los recursos disponibles. El modo capitalista se concentra en la producción de ganancia (plusvalía) aun cuando implica una reducción del valor agregado total. Entretanto, Imperio, el nuevo modo de ordenación que se va presentando, no produce nada por su cuenta; básicamente busca drenar el valor agregado producido por otros (Van der Ploeg 2010, 74).

Esta ironía genera una contradicción entre el accionar del Estado y la autonomía de los y las pequeñas agricultoras, en apariencia. La agroecología, en la voz de Carlos, líder social del movimiento social agroecológico en Ecuador, zanja este contrasentido, al proponer un modelo agrario:

[...] que libera a los campesinos de esta dependencia que se ha ido generando: en la fertilidad, insumos, el mercado. La agroecología tiene que construir una respuesta para la liberación de todas esas ataduras. Es cierto, ya no tengo que trabajar ahora para un hacendado que me explota, tengo ahora el título de propiedad de la tierra, pero eso fue apenas un paso en la historia. Encontramos otro diálogo, con los movimientos indígena y campesino, que siempre están remarcando la lucha por la reforma agraria integral, que la tierra en manos campesinas, el agua en manos campesinas. Ahí, la agroecología le da otro componente político, porque pregunta a los que proponen reforma agraria, para qué quieren la tierra. ¿La quieren para continuar con este modelo agrario que va a volver, nuevamente, a crear dependencia; o, vamos a construir un modelo agrario que nos libere? La agroecología ofrece esa respuesta (Carlos, miembro del Colectivo Agroecológico en comunicación personal, abril de 2017).

En general, las familias de Carlos, Iván y César, tres actores clave dentro de la agroecología en Ecuador, consideran que el Estado es un espacio clave para la consolidación de ciertas demandas de los sectores sociales organizados. No obstante, también consideran que, mal administrado, lejos de ser una herramienta que aporte al desarrollo de estas demandas, puede consolidar el *statu quo* imperante. Es en este escenario donde se opone a la autonomía, necesaria y básica para el ejercicio de la agroecología.

La autonomía es comprendida, desde el qué-hacer agroecológico, como relativa, que se expresa en “tener las condiciones y la posibilidad de mantener a mi familia con lo que genero, garantizar la salud y educación de mi familia, de mis hijos. Tiene que ver con auto-subsistencia económica, y con una relativa auto-subsistencia en la comida” (Iván, ex asambleísta de Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

Por otro lado, la autonomía se entiende como la disminución de las dependencias que, a su vez, logra mantenerse a través de la construcción de redes entre iguales. Cesar afirma, en este sentido:

Mientras más resuelvas tus problemas de la finca con lo que tienes en la finca, dependes menos de lo externo, de los ingenieros, de los veterinarios, de las técnicas, eso te hace más autónomo. No creo que llegemos al ciento diez por ciento de autonomía, siempre vamos a necesitar incluso de los vecinos, de otros campesinos, de otros agricultores, de la gente que come en la ciudad. Vamos a crear alianzas. Cuando más rescatas tus saberes, y cuanto más te interesas por saber el funcionamiento de la naturaleza, logras resolver los problemas que tienes, te vuelves más autónomo.

No hay un cien por ciento autónomo, eso sería un ermitaño. No existe un agricultor ermitaño, siempre vamos a necesitar de estos aliados, para cualquier cosa; y, de hecho, se dan cuando hay alguien que quiere sembrar papas, que no tiene el dinero para comprar la semillas, entonces va donde algún conocido y le pide por favor. Siembra, no paga nada, pero al momento de la cosecha, obviamente, es invitado el que le dio las semillas, a que participe en la cosecha. Se le devuelve su tercio de papitas, pero aparte, tenga estos tres quintalitos de papas. Hay este trueque, el agradecimiento. Si se pudiera ponerle precio, claro te está devolviendo el capital. Y los intereses serían los tres quintales de papas que te está dando (César, integrante de ProBio en comunicación personal, abril de 2017).

Y, por último, Carlos, tiene una comprensión de la autonomía, entroncada en el antagonismo que ha sido caracterizado. Así,

Si logro establecer un sistema económico que rompa con la estructura, con el control monopólico que tienen ciertos sectores sobre el mercado, si puedo construir otra forma de hacer mercado, y además reconstruir la economía con otro tejido social, controlado democráticamente y socialmente, entonces estamos contribuyendo a esa liberación, a esa construcción de autonomía (Carlos, miembro del Colectivo Agroecológico en comunicación personal, abril de 2017).

En suma, la agroecología, desde su faz política, asume una suerte de praxis política. Esto es, las acciones colectivas coordinadas y organizadas, son la expresión de un acumulado social que profundiza las condiciones actuales de la gran agroindustria, en tanto representa un proceso de crisis civilizatoria, que trasciende los límites de la técnica. Existe un conocimiento detallado por parte de los actores que se insubordinan ante la Revolución Verde, y sus efectos de poder sobre la

pequeña agricultura, en particular, y sobre la sociedad, en general. Este conocimiento crítico, permite desvelar lo que, otrora, se presentaba como natural.

Lo anterior toma relevancia en atención a que los efectos de poder mencionados no se encuentran, con exclusividad, en la esfera de la coerción. Se ha hecho indispensable un fuerte componente de consenso, que permite la naturalización de los discursos y los hechos. En virtud de este consenso, se constituyen perspectivas culturales que irrigan los rincones de la vida cotidiana. En consecuencia, apuestas críticas ante el estado de cosas imperante pueden ser valoradas como favorables, pero imposibles de alcanzar. Se configura así, una síntesis cultural, imbuida en miles de contradicciones, propias de la vida cotidiana. En la esfera de la política, es posible reconocer esto como parte del sentido común.

3.2. La agroecología en la teoría

La agroecología surge como categoría, en principio, a partir de un conjunto de prácticas y conocimientos, de larga trayectoria, empleados en Mesoamérica, Los Andes y el trópico húmedo, en el campo de la agricultura (Altieri 2015).

En la actualidad no es posible hacer una referencia a la agroecología, desde una perspectiva homogénea. Existen, al menos, dos perspectivas teóricas sobre el particular. Una de ellas se encuentra muy ligada a los elementos proveen las ciencias naturales, y con un desarrollo más occidental (Méndez, Bacon y Cohen 2013). Los y las científicas ligadas a este enfoque, presentan una tendencia a mantenerse en el paradigma positivista, que ha construido una idea particular de la ciencia y la técnica. Por tanto, evitan inmiscuirse en la crítica política, económica y cultural de los sistemas agroalimentarios.

Otra perspectiva está basada mucho más en la ecología y agronomía. A pesar que no olvida los elementos científicos de la agroecología (edafología, entomología, limnología, entre otros), propende por una construcción plural y participativa del conocimiento, con una clara orientación a la acción (Méndez, Bacon y Cohen 2013). De este enfoque surge una crítica mordaz al paradigma epistemológico que sustenta a la Revolución Verde.

Este enfoque sobre la agroecología, mucho más crítico, se funda, en términos teóricos, en oposición al arraigo científico-técnico que “[...] ha tenido siempre la idea de que los hechos y fenómenos de cualquier tipo pueden analizarse en función de sus regularidades, extrayendo de ellos pautas fijas que puedan predicarse en todo tiempo y lugar” (Guzmán, González y Sevilla 2000, 88). De esta premisa surge una pretensión por construir leyes generales para encontrar la quintaesencia indivisible que fundamenta todo lo real.

Estos fundamentos científico-técnicos predisponen las herramientas epistemológicas con que se produce conocimiento nuevo. Para el caso de los abordajes convencionales sobre agricultura, la perspectiva atomística (Guzmán, González y Sevilla 2000), que entiende las partes fuera del todo, de manera aislada, marca los derroteros en este sentido.

Esta es la razón por la que los sistemas agrarios han sido analizados de manera fragmentaria, estanca, parcelaria. Se estudian separadamente las características físicas del suelo, las biológicas de las plantas y las características de la fauna que mantiene; se actúa como si los procesos sociales –la oscilación de los precios agrarios, por ejemplo, o el desigual acceso a la tierra- no influyeran en absoluto en la estabilidad o cambio de las propiedades físico-biológicas de la explotación agraria. De ahí que, normalmente, se desarrollen tecnologías de manera aislada para un fin concreto (control de plagas, aplicación de nutrientes, etc.) sin tomar en cuenta los efectos “externos” que tales tecnologías producen en los distintos componentes que actúan en finca y en el conjunto del sistema agrario (Guzmán, González y Sevilla 2000, 91).

Esto permite que la agroecología se constituya como un paradigma alternativo, que rompe con los insumos epistemológicos derivados del totalitarismo conceptual, el atomismo y el monismo (Guzmán, González y Sevilla 2000). Reconoce la presencia de productos conceptuales viables en otras construcciones teóricas; no pretende reconocerse como único y ubicuo; se alimenta de fuentes que reposan en diversas disciplinas; y, se reconoce en construcción.

Estas características aportan a la constitución de un entramado metodológico y epistemológico, basado en el holismo y la complejidad, que no busca una substancia única e indivisible, que dé cuenta de la ontología de lo social. Por el contrario, se especializa en caracterizar y comprender la imbricada red de relaciones que constituyen el todo y sus partes. Ello implica que su objeto se

erige en función del seguimiento del cambio, en tanto fundamento ontológico de lo social (Guzmán, González y Sevilla 2000).

De aquí surgen, y resultan posibles, otras formas de pensar. Esto rompe con el precepto epistemológico de sistemas cerrados, bivalentes y autoreferentes (Guzmán, González y Sevilla 2000). La incertidumbre y el error se contemplan como elementos constitutivos, contribuyentes a la convivencia y el conflicto, en la construcción de conocimiento nuevo.

Como parte de las ciencias de la complejidad, la agroecología propone una gran cantidad de elementos bióticos y ecológicos, en medio de una interacción especial con los seres humanos. D'Alessandro (s.f.) propone un abordaje teórico que, con un tono sociológico, intenta caracterizar las interacciones sociales entre humanos, y de éstos con la biosfera. Esta una posibilidad de extracción de la idea de lo social, del campo de lo humano. Se hace posible, entonces, un acercamiento a las relaciones sociales de los y las humanas con su entorno, no humano. Este abordaje está nutrido con un elevado nivel de abstracción, que aporta sendas reflexiones acerca de las ideas dominantes entorno a lo socio-ecológico.

La complejidad en la agroecología, a la luz de León Sicard (2009), puede ser comprendida en términos de distintos niveles de escalaridad, jerarquización, diversos ordenamientos, multiplicidad de actores, y la convergencia de factores de tipo social, económico y cultural. De ahí que la transdisciplinariedad sea propuesta como una herramienta metodológica idónea para abordar este campo de estudio. Ello presume un abordaje plural y diverso, donde distintas acepciones sobre un mismo hecho enriquecen la construcción de conocimiento nuevo. Existe, por tanto, el enfrentamiento teórico a una realidad variopinta, plural y múltiple. Esto marca un enorme reto epistemológico, que se hace evidente en el curso que ha presentado la agroecología:

La amplia diversidad y heterogeneidad de sistemas agroecológicos y formas de organización pudiera ser la mayor fortaleza, pero también una fuente importante de confusión, pues la mayoría no logra entender tal variedad de situaciones, en ocasiones contrastantes, que se prestan a la duda. No hay consenso en diversos temas como escala, intensidad, tipo de tecnologías y su manera de adopción; hay incluso desacuerdos políticos y conceptuales (Funes-Monzote y Márquez 2016, 10).

En concreto, la agroecología, en tanto alternativa compleja a la producción y consumo de alimentos, que pretende la reconstrucción de la complejidad natural de los ecosistemas, desde cada agroecosistema, se basa en un reto cognitivo. La posibilidad de prefigurar la percepción y conducta de los individuos, a través de marcos cognitivos, pone a la agroecología en función del uso eficiente, y complejo, de los entornos ecosistémicos, las potencialidades cognitivas de cada individuo y las relaciones sociales de un grupo determinado (Garrido 2012). Esta será la base para la construcción de normas e instituciones que regulen, fomenten y difundan la agroecología como una alternativa social.

Gerónimo, profesor de la Universidad Nacional de Colombia, afirma que esto es causa y consecuencia de que la agroecología sea una disciplina en construcción. Así, afirma:

No tenemos taxonomía. Una ciencia debe tener por lo menos un referente, y ese referente debe tener una taxonomía. Deberíamos tener una forma de entender los agroecosistemas en la China y en Colombia, que me refiera a un ecosistema tal, y allá me lo entiendan. Una taxonomía universal no tenemos. Incluso, en la literatura encuentras muchas veces que la gente se refiere al agroecosistema, y uno no sabe si la gente está estudiando un campo de cultivos de maíz de determinada extensión; o si está estudiando una finca; o si está estudiando el paisaje en el agroecosistema del país. Por eso es que decimos que la agroecología está en construcción, porque todavía no nos hemos puesto de acuerdo en el objeto de estudio, es una cosa rara. Eso se expresa en la producción académica, que aún es baja. Eso tiene explicaciones en los bajos presupuestos de investigación, en la manera como nos unimos con los movimientos sociales, que a veces reivindican, señalan y critican. Se mezcla el movimiento social y la protesta con lo que uno quisiera tener, un poco más de purismo en el sentido de las cosas que pasan dentro de los agroecosistemas, que uno las pudiera convertir, sino en ley, en teorías fundamentadas, como llamarían los científicos sociales (Gerónimo, docente Universidad Nacional de Colombia en comunicación personal, mayo de 2017).

Esta es la expresión de un problema latinoamericano que, a la misma vez, redundo en la construcción teórica de una disciplina que es considerada por muchos, teóricamente, como latinoamericana. En este sentido, la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología – SOCLA-, como un actor clave en la construcción científica de la agroecología, propone una visión holística y sostenible, “[...] basada en principios agroecológicos y en un método

participativo en el desarrollo y difusión horizontal, agricultor a agricultor, de ideas, experiencias y tecnologías” (Altieri 2008, 91).

Venimos hablando de la agroecología hace varios años. En los años 80 llegamos con más fuerza. Por ahora no tenemos una definición, y un problema es que la agroecología tiene muchas raíces latinoamericanas, podría decir que es una ciencia muy latinoamericana. Eso fue lo que hizo Altieri. Dando cursos en el doctorado del profesor Sevilla Guzmán, en España, vio que todos los profesores eran latinoamericanos, y casi todos los estudiantes eran latinoamericanos. Todo lo que se decía era latinoamericano. Se hizo un doctorado latinoamericano, y entonces es una cosa un poco *sui generis*, porque la mayor parte de las ciencias, y todas las ciencias duras, son europeas o norteamericanas. Y cuando alguien pontifica en inglés, eso queda marcado en piedra (Gerónimo, docente Universidad Nacional de Colombia en comunicación personal, mayo de 2017).

La teoría no escapa a las disputas que se fraguan en la política, por lo que lo epistemológico se solapa con los problemas antagónicos, citados previamente. Es así que:

Creo que nosotros tampoco hemos abandonado el marco positivista, por más holísticos que queramos ser al final; porque tenemos que enfrentar con las mismas herramientas a los críticos. Somos una minoría, creo que de nueve a uno en todos los campos. En el campo de la ciencia, ahorita, somos diez personas que empujamos el paradigma agroecológico, y noventa que están en contra de nosotros, o sea en el paradigma de la Revolución Verde. Entonces, si no sistematizamos el conocimiento, no le ponemos algo de positivismo a eso, perdemos; porque las críticas es que somos hechiceros, nos tratan de hippies, de poco serios. Creo que hay una necesidad, casi que social, de proveer una estructura de ciencia, de determinar muy bien nuestro objeto de estudio. Pero, también una necesidad epistemológica, necesitamos saber cómo reaccionan los agroecosistemas a distintos disturbios, a distintas fuerzas. Por lo tanto, antes necesitamos definir qué es el agroecosistema, cuáles son sus características y sus cualidades (Gerónimo, docente Universidad Nacional de Colombia en comunicación personal, mayo de 2017).

Una de las evidencias más fehacientes de la relación señalada, se concreta en la producción científica dentro de las universidades. Las facultades de ciencias agrarias, los programas de agronomía e ingeniería agrícola, y su relación con la agroecología, marcan una orientación en este sentido.

3.2.1. La producción científica en las universidades

El desarrollo teórico de la agroecología ha avanzado de la mano de contados actores científicos dedicados a la agricultura, como campo de estudio. En este proceso, las universidades y los grupos de investigación han cobrado un rol capital, con un fuerte aporte de docentes e investigadores latinoamericanos (Altieri 2015).

Hasta los inicios del siglo XXI, la agroecología se desarrolló, con exclusividad, al interior de los centros universitarios, esto en el campo académico (Altieri 2015). Desde el año 2000, cuando La Vía Campesina asume la agroecología dentro de su agenda, empieza a incursionar, con enorme fuerza, en el campo de los movimientos sociales.

No obstante, el avance teórico de la agroecología avanza en el espacio de las universidades y las ONG. A partir de su difusión científica, se han modificado ciertas perspectivas para comprender la agricultura (Altieri y Toledo 2010). Todo esto a pesar de la correlación de fuerzas en la actualidad, que juega en contra de la transformación epistemológica.

Cuando la política y la teoría se conjugan, es posible comprender cómo convergen las universidades, la producción científica y el capital privado. Es así que Altieri afirma:

La emergencia del sector privado como actor predominante en la investigación, y la dominancia del mercado agrícola y tecnológico por un conglomerado de corporaciones que, combinado a un monopolio de patentes, tienen un control sin precedente sobre la base biológica de la agricultura y del sistema alimentario en general. Los sistemas actuales de protección de derechos de propiedad intelectual han tendido a aumentar el costo del control de transferencia tecnológica norte-sur, los cuales pueden dejar a los países latinoamericanos (en especial el campesinado) literalmente fuera del ámbito del acceso al nuevo conocimiento. De hecho, los derechos corporativos sobre los genes obligan a cualquier institución pública a negociar licencias con varias compañías biotecnológicas antes que estas puedan liberar al campo una variedad de cultivo genéticamente modificada, que pudiera ser de utilidad a agricultores pobres (Altieri 2008, 89).

Al parecer, las universidades en Ecuador, por decir lo menos, no escapan a estas determinaciones en el campo de la investigación agrícola. Muchas instituciones universitarias mantienen su estructura epistemológica en la Revolución Verde. Sobre el particular, Iván afirma:

En relación con el tema de la agroecología, creo que es muy poco lo que ha generado la academia. Hay casos muy interesantes de compañeros, pero yo pensaría que no es por la universidad, sino que se han alimentado de otras vertientes; pero, en su conjunto, yo creo que la academia no ha logrado formar ese nivel de profesionales vinculado a la agroecología, con potencia crítica en relación a la agricultura convencional. Podría decir, por ejemplo, de cien agrónomos vinculados a la institucionalidad pública, cuántos tienen este concepto claro; y, no solo el concepto, sino la convicción de que hay que pelear por ese concepto técnico. Muy pocos, poquísimos. Diría que los dedos de la mano me sobran si los cuento, de cien profesionales vinculados a la agronomía, a la veterinaria, poquísimos, lastimosamente. Es una pena. Pero, de otro lado es un reflejo de cómo han sido configurados los *pensum* de estudio, bajo una lógica que favorece los intereses de estructuras construidas (Iván, ex asambleísta de Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

Y, a modo de complemento, César afirma:

Hay muchos estudiantes que son sanos, transparentes, que vienen del campo, y quieren hacer sus investigaciones sobre cómo hacer que el agricultor sea más autónomo. Estuvimos en Pacto²⁹ con estudiantes de la UTE [Universidad Tecnológica Equinoccial], ellos quieren hacer una propuesta para hacer prácticas sobre el biogás. ¿Qué tal si estos estudiantes logran tener éxito en su estudio, y resulta que el biogás libera a los campesinos de la compra del gas licuado de petróleo, e incluso pueden usar en iluminación? ¿Crees que las empresas que producen los combustibles, verían con buenos ojos que los agricultores ya no dependan de eso?

Las propuestas que plantean que los agricultores se hagan autónomos, no son rentables para el país. La agroecología no es rentable para las empresas. Ya no habría razón para que el Gobierno firme un convenio de ochenta millones [de dólares] con Ecuaquímica, o con Fertisa para la distribución de kits. ¿Cómo crees que actúen esas empresas, con todo el poder que tienen? No es rentable (César, integrante de Probio en comunicación personal, abril de 2017).

²⁹ Se hace referencia a la parroquia rural del Distrito Metropolitano de Quito.

3.3. La agroecología en la práctica

Para abordar esta sección, se parte de relaciones sociales antagónicas que, por antonomasia, tienen al menos dos partes constituyentes. Una, que se ubica en el lugar de la dominación; y, la otra, en el lado contrario. Desde esta última arista, la de los y las dominadas, no se asume semejanza alguna con la pasividad o docilidad, per se (De Certeau 2010). Muy por el contrario, a más de configurarse una consciencia de la dominación, se erige una subjetividad desde este lugar (Modonesi 2010).

La referencia a este tipo de subjetividad, enmarcada en las relaciones sociales antagónicas ya descritas, se incluirá en la subalternidad, caracterizada por rasgos tendientes a la pluralidad, la disgregación y al carácter episódico de su actuar (Modonesi 2010). Los grupos subalternos tienen una representación dentro de las relaciones de dominación, que supera las contradicciones de clase, a pesar de contenerlas.

La subalternidad logra un carácter ontológico que parte de formas de subjetivación, constituidas por procesos de consciencia –donde la autonomía cobra un rol central- y acción política. De tales formas de subjetivación surgen modos de acción, dirigidos a quebrar la estructura de dominación, erigida sobre un cuidadoso balance entre el consenso y la coerción (Modonesi 2010).

La práctica aparece como un elemento constitutivo de la acción política –por supuesto, inscrita en el antagonismo señalado- que, desde la cotidianidad, y en el marco de la subalternidad, va fungiendo de base e inspiración para posteriores acciones, más organizadas y de mayor calado. La práctica no escapa a las relaciones de dominación que le son actuales –a pesar de oponerse a ellas, en el sentido en que se ha expresado. Se trata de un proceso de apropiación (De Certeau 2010) del espacio, la cultura, los acumulados sociales, que configuran formas de uso, tanto como tácticas³⁰ de acción, en el mismo sentido.

³⁰ Se entiende por táctica, un espacio creado racionalmente, pero que no reposa en la racionalidad, con exclusividad. Se trata de “un cálculo que no puede contar con lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Se insinúa, fragmentariamente, sin tomarlo en su totalidad, sin poder mantenerlo a distancia. [...] Lo ‘propio’ es una victoria del lugar sobre el tiempo. Al contrario, debido a su no lugar, la táctica depende del tiempo, atenta a ‘coger al vuelo’ las posibilidades de provecho. Lo que gana no lo conserva. Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos ‘ocasiones’” (De Certeau 2010, L).

La práctica crea espacios críticos disímiles, en atención a los niveles y formas de agregación de los individuos, y grupos sociales, al sistema imperante (De Certeau 2010). No se trata de un espacio crítico homogéneo ni ubicuo; por el contrario, es un espacio en construcción permanente, que se enfrenta a la realidad variopinta, y contradictoria, de la cotidianidad.

Desde aceras más ortodoxas, la práctica se entiende como un espacio nimio, como una apología a la trivilidad; siempre que se comprende aislado, separado de acciones colectivas. De hecho, situada en la cotidianidad, la práctica convive con el poder que la oprime, y se sostiene en este para, objetivamente, fraguar pequeñas victorias, todas ellas susceptibles de ser acumuladas (De Certeau 2010).

En suma, la práctica será entendida en este documento como una serie de tácticas que, desde la cotidianidad, son parte del antagonismo que expresa la agroecología; habitan la dominación, y se paran sobre esta para subvertirla y escapar de ella. Y desde esta comprensión categorial, se verán las formas en que la praxis se articula y emplaza en la práctica.

En atención a los hallazgos obtenidos durante el proceso de observación realizado en las fincas seleccionadas, el mercado, la alimentación y las semillas serán las variables a analizar. Estos tres elementos expresarán el sentido de la práctica en contextos determinados, y como expresión de luchas colectivas de mayor calado.

3.3.1. Los mercados

El mercado es un espacio que configura la economía política del sistema agroalimentario, dominado, principalmente, por grandes empresas privadas, dedicadas al suministro de insumos y semillas a nivel global. Sin embargo, es también el espacio que permite el mantenimiento de la agroecología (Diario de campo, febrero de 2017), y es una posibilidad para resignificar el espacio paradigmático del capitalismo.

La agroecología ingresa a los mercados estableciendo una nueva red de relaciones entre los actores que allí confluyen. Los y las agricultoras acuden a los mercados en búsqueda de, por supuesto, compradores de sus productos; no obstante, buscan también un intercambio justo que

valore, tanto la producción de los alimentos producidos, cuanto los beneficios que lo otorgan a sus consumidores (Monroy y Tovar 2017). Se rescata entonces el mercado como un lugar de intercambio, donde se intenta la recuperación de los valores de uso, a pesar de interactuar, en ocasiones, en la lógica capitalista de los mercados.

Resulta importante, por consiguiente, comprender la inserción del mercado en la agroecología. Altieri afirma que en la agroecología no interesa “[...] solo la maximización de la producción de un componente particular, sino la optimización del agroecosistema total” (Altieri 2009, 69).

Lo anterior implica, estructuralmente, que la optimización del agroecosistema:

[...] aumenta la variedad de cultivos, minimiza riesgos y mejora la producción de alimentos básicos, mejora la base del agroecosistema y la conservación del agua, suelo, controla la erosión y reforestación; es económicamente viable por minimizar los costos de producción, al aumentar el uso eficiente de los recursos disponibles y evitar la irracionalidad en su uso, con consciencia ecológica (Martínez 2004, 98).

El mercado es un problema práctico de la agroecología, que aporta al desarrollo de sus principios, aunque está ocupado, con amplitud, por actores que reproducen las prácticas agrícolas de la Revolución Verde. Por tanto,

[...] los sistemas agrícolas que no cuestionan la naturaleza del cultivo, que dependen de insumos externos, que se basan en sellos de certificación extranjeros y caros, o en sistemas de comercio justo destinados solo para la agroexportación, ofrecen poco a los agricultores, volviéndolos dependientes de insumos y mercados externos (Altieri 2015, 4).

Sobre esta base, entonces, ¿cuál es la importancia de los mercados para la agroecología? Con relativa precisión, Cesar responde de la siguiente manera:

Digamos que es el cincuenta por ciento de toda la estrategia productiva. Para nosotros, las familias que comen, son nuestros aliados. Ahora, acá en Quito, y en las principales ciudades, se está notando un interesante despertar de la alimentación. Hay varias personas que han optado por el

vegetarianismo, el veganismo, o el macrobiotismo. Pero, si soy vegetariano, y voy a comer en un restaurante, son vegetales fumigados. No tengo opción. Muchas familias optaron por cambiar su alimentación, y van buscando productos biológicos, orgánicos, agroecológicos, en fin; productos que al ser cosechados, no hayan destruido la naturaleza.

Hay muchos que venden mentiras. Hay muchos lugares que dicen tienda agroecológica, mercado agroecológico, productos orgánicos, y, en realidad no lo son. Para nosotros, como agricultores, es vital cuidar a los que comen, ellos son nuestros aliados. Tal es así, que hay comunidades de consumidores que han suscrito convenios con comunidades de productores, para que les abastezcan de productos que, en efecto, son orgánicos (César, integrante de ProBio en comunicación personal, abril de 2017).

Y es que es en los mercados donde se refleja, en buena medida, el trabajo y las reflexiones que se desarrollan en las fincas, en los agroecosistemas. Sin embargo, son razones prácticas las que mueven a los y las agricultoras hacia la participación en estos espacios. Iván lo sintetiza de esta manera:

Es que a pesar de ser nuestras granjas pequeñas –digamos media hectárea, una hectárea, dos hectáreas-, lo que usted produce en ese área es imposible que pueda ser consumido por la familia. Para que la familia viva de eso con hortalizas, con cien o doscientos metros es suficiente. No da más para el resto de excedente, siendo minifundios. Obviamente, tenemos que tocar el mercado, porque alguien que tenga una hectárea no puede consumir eso. Por eso tienen que salir al mercado. Siendo pequeños, no estoy hablando de diez, veinte o cien hectáreas, pequeños (Iván, ex asambleísta de Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

Los y las agricultoras buscan salir al mercado, desde su llegada a la agroecología, por las razones ya señaladas. A su encuentro, comprenden que se trata de escenarios reglados por la competencia, donde la agroecología no tiene lugar. Resulta indispensable ganar un lugar para subsistir:

Tuvimos que luchar para tener el mercado, porque sucede en todo lado este tema de los monopolios. Los comerciantes mayoristas acaparan todo el sistema de mercadeo. Cuando va una persona como yo, o como cualquier agricultor, a querer hacer su feria; lo que hacen es unirse y decomisar los productos. A nosotros nos pasó igual. Fuimos al mercado, nos pusimos en un sitio,

un espacio que estaba desocupado. La primera y segunda semana vendimos normal. A la tercera semana se acercan y nos dicen que está prohibido vender, y nos dijeron que nos fuéramos. Por suerte tenía una clienta, que lo es hasta ahora, que era tesorera municipal, del municipio de Latacunga. Cuando llegó una de estas personas a decir que nos vayamos, esta doctora dice: “oiga, oiga, ¿qué le pasa? El señor está vendiendo, y no en el puesto de ustedes. Ustedes vayan a sus puestos. Este puesto está desocupado, por lo tanto el señor puede vender”. No, no, es que aquí somos asociados –le respondieron. “Señora tenga la bondad, si no acata lo que le digo, la sanciono. Verá que soy la tesorera municipal, así que mejor váyase a su puesto” –dijo la doctora. Y esa fue la clave para entrar al mercado (Marco, agricultor finca Yaku Ñan en comunicación personal, abril de 2017).

Estas y otras tácticas se mueven alrededor del mercado, no solo para sobrevivir, sino para optimizar el agroecosistema, y permitir un mayor flujo de alimentos. Tácticas se encuentran de muchos tipos, como la empleada por Esteban:

En la finca trabajamos con tres tipos de mercado. El primero es por volumen, que es todo el excedente de la fruta, que lo mandamos a las grandes cadenas; pero solo es el excedente. El segundo es la entrega directa a micro-mercados, en los que se va entregando semana a semana en cantidades moderadas. Y, el tercero, son las ferias y las canastas, que se entregan semanalmente. Así, tenemos diversificada la producción en diferentes mercados, lo que también nos genera un poco de estabilidad (Esteban, agricultor finca La Clem en comunicación personal, abril de 2017).

A más de la necesidad de supervivencia por parte de los y las agricultoras, en el mercado se logra promover y expandir un régimen de alimentación diverso y saludable. Desde este espacio, y a través del fomento de este tipo de alimentación, la práctica desarrollada en el mercado va minando, de a pocos, el consumo de productos derivado de la Revolución Verde.

3.3.2. La alimentación

La alimentación, desde una aproximación guiada por el sentido común, no es otra cosa que el consumo de alimentos, como parte esencial de la vida. No obstante, se entiende que el consumo guarda para sí cierta connotación política, que permanece velada en la cotidianidad.

Se entenderá el consumo como una manera, naturalizada, de actuar frente a ciertos sistemas de producción, cada vez más totalitarios. La referencia al consumo se desarrolla a partir de una forma de ser y estar que “es astuta, se encuentra dispersa pero se insinúa en todas partes, silenciosa y casi invisible, pues no se señala con productos propios sino en las maneras de emplear los productos impuestos por el orden económico dominante” (De Certeau 2010, XLIII). Esto se sustenta en la manera en que la Revolución Verde se ha encargado de suplir de alimentos baratos a la población, en general. Resulta muy difícil conocer las maneras en que estos alimentos han sido procesados o producidos, así como la pérdida de nutrientes que estos experimentan al pasar por estos procesos. Iván lo expresa así:

Uno no sabe lo que come. Cómo son producidas las papas, el maíz, la carne –lo de la carne creo que es un capítulo especial, el tema de los antibióticos-, todo. Nosotros, las personas en general –tal vez hay excepciones-, no sabemos lo que estamos comiendo, cómo fue producido. Mi punto de vista es que vivimos en un proceso, y no creo equivocarme al decir que vivimos un proceso de envenenamiento sistemático controlado. ¡Es una cosa tremenda! Los consumidores no tienen el control de eso. Los intereses económicos del sistema este brutal, las políticas de los Estados, en fin.

Creo que al tener una granja agroecológica –una pequeña granja agroecológica para la familia-, da chance, no completamente, pero si en la mayor parte, de tener control sobre –y conocimiento sobre- lo que está comiendo (Iván, ex asambleísta de Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

La producción de alimentos desarrollada en el marco de la Revolución Verde, está llegando a la insostenibilidad, tanto por la cantidad ingente de agroquímicos que se aplica a los alimentos, cuanto por, y como consecuencia de lo anterior, la exigua capacidad de resiliencia al cambio climático.

La agroecología aporta a la recuperación, en tanto derecho de los pueblos, de la capacidad de decisión y control del sistema agrario y alimentario que le es propio (Conferencia Plurinacional e Intercultural de Soberanía Alimentaria 2012). Además, contribuye a una comprensión del desarrollo, basada en la necesidad de una agricultura sostenible. Se propone, entonces, tanto un diagnóstico de los sistemas agrícolas, con metodologías participativas y restaurativas, cuanto el

aporte de perspectivas sociales, culturales y ecológicas para desarrollar sistemas de producción sostenibles (Altieri 2009).

La posibilidad de arribar a un espacio plenamente autónomo de control y decisión sobre el propio sistema agroalimentario, todavía está lejos. Ni siquiera los y las agricultoras agroecológicas, llegan a este lugar. Y es que la alimentación tiene una faz política, con un claro enfoque global, donde la correlación de fuerzas aún se encuentra en contra de la lucha social (Funes-Monzote y Márquez 2016). De ahí la importancia de la heterogeneidad y la diversidad dentro de la alimentación.

Pero, ¿qué relación tiene la alimentación –en tanto se trata de una cuestión tan cotidiana- con la diversidad, en términos de la agroecología? Al respecto hay varios acercamientos. Iván propone lo siguiente:

A veces con los campesinos nos hemos preguntado: ¿qué pasaría si en una casa se come arroz de cebada de lunes a domingo? Un poco en broma, pero también en serio, uno a veces no se pregunta, con relación al suelo, qué pasaría si le repetimos el mismo cultivo. Evidentemente vamos a tener problemas. Seguramente en la casa va a haber, al menos, la inquietud de quienes están almorzando, de que están dando lo mismo y lo mismo, por rico que sea, lo mismo y lo mismo. Finalmente esto tiene un límite. Y, esto pensado en la casa y la comida. Pero esto no lo pensamos en relación al suelo, y sembramos papas y papas y papas, o maíz y maíz y maíz. Vamos a tener ahí un desequilibrio en el tema de los nutrientes que son absorbidos por la planta; vamos a tener un problema de plagas, evidentemente, pero esto es una cosa absolutamente lógica. Por eso, lo esencial de que haya, igual que en la alimentación de los seres humanos, una diversidad, una riqueza; también en el manejo de la granja, la diversidad de lo que plantamos es esencial. Es una cuestión básica en el manejo de una granja yo diría que no solo en agroecología, en general. Cuando hablamos de cultivos debe haber esta diversificación de cultivos, esta rotación de cultivos. Es obvio, uno va a tener problemas de plagas, de enfermedades, de desequilibrios nutricionales para las plantas (Iván, ex asambleísta de Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

La diversidad es el elemento que sostiene a la agroecología, como práctica, en el agroecosistema. Desde aquí se construye la sostenibilidad, ya que:

Mientras más diversa sea una finca hay más armonía –o el equilibrio que se llama. Del suelo hacia arriba, la diversidad de las plantas. Siempre decimos, es como una selva, si uno mira la selva ve la cantidad enorme de vegetación que hay, y no es solo de vegetación, también está la fauna. Hay un equilibrio.

El bosque natural, el bosque nativo, la selva que ha vivido millones de años, y nadie le ha hecho fumigaciones, ni podas, ni manejo, ni nada. Solamente vive, no necesita del ser humano. La idea es que si la finca empieza a imitar al bosque, y tiene frutas, tubérculos, hortalizas, cereales, árboles que dan leña, se empieza a dar así una simbiosis.

Hay plantas que se acompañan muy bien, hay otras que, por su característica repelente, ayudan a las plantas a que ciertos tipos de insectos no lleguen. Se dan también las comunidades de plantas, que se benefician entre sí. Es decir, deja que la naturaleza haga; mientras más interviene el ser humano en los procesos naturales, más problemas hay (César, integrante de ProBio en comunicación personal, abril de 2017).

La diversidad plantea una manera de hacer agricultura que pretende transmitirse a la alimentación. Tal como la diversidad alimenta el suelo, y mejora su sistema inmune, la diversidad en la alimentación persigue este mismo objetivo.

La diversidad es la cabeza, o es el cerebro de una finca agroecológica. Sin diversidad nada funciona. La diversidad es uno de los motores principales de la agroecología por varios factores: control de plagas, alimentación del suelo, diversidad de organismos existentes, tipo de climatología los ecosistemas, nivel productivo. Y, la parte más fundamental en que se enfoca es en la alimentación, que no solamente es papa, sino que tiene una gran diversidad. Y, la otra parte es que atrae los sistemas silvestres, es un elemento importantísimo (Feliciano, comunicación personal, abril de 2017).

Es de la mayor relevancia tener en cuenta que la relación entre la diversidad y la alimentación, en el marco de la producción de alimentos a nivel mundial, está planteada aquí desde una perspectiva normativa. Es decir, se dejan planteadas estas relaciones, a fin de dibujar un horizonte. El camino para llegar allí merece una discusión distinta.

Como quedó expuesto de manera previa, ni siquiera los y las agricultoras dedicadas a la agroecología logran una perfecta armonía en este sentido. No existe una comunicación perfecta entre los y las agricultoras agroecológicas de un país, situados en sus diversos climas. Es así que no hay un perfecto intercambio de alimentos para construir una dieta perfectamente balanceada. Una gran mayoría de agricultores y agricultoras deben comprar en el mercado los alimentos que no producen, principalmente procesados. Es posible encontrar fincas donde se consume azúcar refinada, aceite vegetal procesado por grandes empresas, sal yodada procesada por grandes empresas (Diario de campo, abril de 2017). Resulta de la mayor importancia comprender la alimentación como un entramado de tácticas que, aunque apunta a ese horizonte, se debate entre lo políticamente correcto, y el peso de la cotidianidad.

Marco argumenta:

Básicamente aquí consumimos bastante vegetal. Todos los días, en nuestra dieta diaria, hay unas cuatro o cinco variedades de legumbres. Consumimos prácticamente todo lo que cultivamos. De afuera traemos lo que no se puede producir aquí, por ejemplo fruta, arroz –más o menos un quintal, que nos dura unos seis meses-, útiles de aseo personal (Marco, agricultor finca Yaku Ñan en comunicación personal, febrero de 2017).

Eliminando el consumo de procesados, los y las agricultoras que habitan en sectores de mayor altitud, tienen problemas para acceder a frutas tropicales. En ocasiones es factible acceder a frutas de productores agroecológicos; sin embargo, en otros tiempos es necesario hacerlo en el mercado, o con productores desconocidos. Al respecto Esteben comenta:

Conocer al productor es muy importante. En el diálogo te das cuenta de cómo va llevando su cultivo. Es muy importante entablar diálogos con los productores. Hay cultivos que no conseguimos orgánicamente, sobre todo las frutas, pero sí con baja aplicación de productos químicos. Generalmente el producto nacional no tiene tantos químicos, como el que viene importado. Además, consumimos frutas de temporada: cuando hay mango, se consume mango. Son cultivos con estaciones muy marcadas y que son comercializados a nivel nacional para suplir la demanda del año entero, y los manejan con madurativos, en refrigeración, etcétera. Y,

prácticamente, si te das cuenta, vas dando la vuelta al año con las frutas (Esteban, agricultor finca La Clem en comunicación personal, abril de 2017).

La práctica está a rebosar de tácticas que la sostienen, la mayoría de ellas disímiles e inesperadas. Tal como sucede en la alimentación, en el caso de las semillas ocurre de forma similar.

3.3.3. Las semillas

Si hablamos de las semillas en el sentido más práctico, el resultado es que son la condición *sine qua non* para cualquier actividad agrícola. En la agroecología, como ya se ha indicado en otros pasajes del documento, se privilegia el uso de semillas criollas y, por sobre todo, existe un profundo desacuerdo con el uso de semillas transgénicas.

Las fincas que hacen parte del trabajo de campo de esta investigación no son soberanas respecto del uso de la semilla, como quedó expuesto en el capítulo dos. La mayor parte de las semillas son importadas, sobre todo en lo concerniente a hortalizas. Las hortalizas son los alimentos de mayor producción en todas las fincas, así como de mayor consumo en los mercados a los que asisten (Diario de campo, abril de 2017).

En la agroecología ecuatoriana este es un problema muy sentido. La Conferencia Plurinacional e Intercultural de Soberanía Alimentaria –COPISA- construyó una propuesta de ley, dedicada a la agrobiodiversidad, las semillas y el fomento agroecológico. De este documento es posible extraer una diferenciación de las semillas (Conferencia Plurinacional e Intercultural de Soberanía Alimentaria 2012).

Las semillas campesinas:

Son variedades que tradicionalmente siembran, guardan e intercambian las comunidades campesinas [... las semillas convencionales] son creadas con técnicas de fito-mejoramiento a partir de variedades campesinas para producir nuevos tipos que generen mayor rendimiento, para lo cual requieren insumos químicos y pesticidas, y muchas veces son híbridas, es decir pierden su capacidad de reproducción. Es el caso de la mayoría de hortalizas que consumimos [... las semillas transgénicas] también llamadas OGM (Organismos Genéticamente Modificados), son

creadas por ingeniería genética mezclando organismos como bacterias y virus con plantas y animales, mediante un proceso que rompe totalmente con el orden natural (Conferencia Plurinacional e Intercultural de Soberanía Alimentaria 2012, 5)

La propuesta de ley, entonces, recomendaba el fomento de las semillas campesinas, regulación para las convencionales y la prohibición para las transgénicas. Hasta ahora, en el Estado ecuatoriano están prohibidas las semillas transgénicas, y en los alimentos elaborados las empresas productoras están obligadas a declarar la presencia de transgénicos.

La propuesta de ley de la COPISA no quedó completamente plasmada en la ley, que finalmente la Asamblea sancionó. Esto ha causado gran revuelo en la comunidad agroecológica del Ecuador. De aquí surgen incontables contradicciones entre el accionar político –y normativo- de la agroecología, y la práctica frente a las semillas. En las fincas estudiadas, todas las semillas de hortalizas son adquiridas en medianas empresas que se dedican a comercializarlas. En todos los casos, los productores han intentado producir semillas de hortalizas, sin tener los mejores resultados, en términos de la producción que requieren para asistir a los mercados (Diario de campo, abril de 2017).

A diferencia de los granos y tubérculos nativos como el maíz, quinua, papa, mashua, chocho, entre otros, cuyas semillas han sido producidas localmente por milenios, las hortalizas que se comercializan en Ecuador fueron introducidas con la colonia y son de origen europeo y asiático. Al no ser nativos, no se desarrollaron proyectos nacionales de producción de semillas de estos cultivos. Todas las semillas de hortalizas han sido y son importadas. No es un problema de la producción agroecológica, exclusivamente, más bien de toda la producción de hortalizas.

Si bien hay organizaciones como los guardianes de semillas que se han preocupado por producir semilla adaptada de hortalizas, el esfuerzo requiere el apoyo contundente del Estado en términos de investigación y promoción. Muy al contrario, la ley de semillas deja fuera, tanto la posibilidad de producir localmente semillas de hortalizas (solo se permite la siembra de semillas con patente y certificada, mientras se prohíbe la entrada de semillas orgánicas de hortalizas por no tener

patente); cuanto saca de las manos de los agricultores la producción tradicional de semillas nativas (solo se permiten semillas certificadas aunque sean nativas).

Desde un enfoque normativo, la acción de protesta paradigmática debería estar ligada hacia acciones directas, a través de las cuales los y las agricultoras tengan la posibilidad de producir y comprar semillas de hortalizas localmente y dejen de comprar semillas importadas. Sería, sin duda, más difícil promover que dichos cultivos, al no ser nativos, no sean demandados en el mercado. ¿Cómo imaginar, por ejemplo, un mercado convencional o agroecológico sin hortalizas y únicamente con granos y tubérculos en el caso de la Sierra? Este tipo de acciones están encasilladas dentro de lo políticamente correcto. No obstante, lejos de esta lógica, los y las agricultoras privilegian su sobrevivencia, y al respecto construyen, también, tácticas.

Pero, ¿qué significa las semillas para los y las agricultoras?, ¿se trata de un asunto productivista, exclusivamente? Al respecto Cesar argumenta:

¿Cómo se vive en el área rural? Se cosecha el fréjol y el maíz, por poner dos productos. De toda la cosecha se guarda, y cada mes, o cada dos meses, se coge parte de esa semilla guardada, se lo tuesta, se baja al cantón y se muele. Entonces se regresa con la harina. Con esa harina hacemos la colada, el locrito, nuestra alimentación. Y así es durante todo el año. No es que tengo la plata en el banco, entonces cada tres meses la saco y compro para mi comida, sino que lo tengo guardado en granos (César, integrante ProBio en comunicación personal, abril de 2017).

Ciertas variedades de semillas han sido reproducidas y guardadas por tiempos milenarios. En su mayoría, los cultivos pre-hispánicos hacen parte de este grupo. Aquellos que lograron adaptarse con facilidad, y que llevan siglos conformando la dieta de las comunidades rurales ecuatorianas, también. Sin embargo, la entrada de la agroecología resaltó las zonas grises en lo referente a las semillas que no se producen en el país.

Creo que ahí tenemos deficiencias en las capacidades para producir semillas de manera sistemática, de la mejor forma posible. Y, creo que tenemos, a su vez, una enorme dependencia. Por ejemplo, en el campo de las hortalizas, diría que somos dependientes en un noventa y nueve por ciento. Dependemos casi que completamente como país, prácticamente todo es importado.

En las otras semillas, y esto hay que agradecerle a los pequeños agricultores, a los pequeños campesinos, por su realidad han logrado ir produciendo y manteniendo esta enorme biodiversidad en el mundo de las semillas, que creo que hay que fortalecer, proteger como Estado. Hay que potenciar eso que está ahí, y que es riqueza del país (Iván, ex asambleísta de Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

Aunque la ley no pudo recoger todos los insumos propuestos por la COPISA, al respecto hay versiones diversas. Por un lado, hay quienes lo ven con cierta moderación, aduciendo que los tiempos y las victorias en ese campo, son cortas y de mucha paciencia, poniendo la vista en las demandas sociales. De otro lado, se entiende como una traición a las bases sociales que sostuvieron e impulsaron el gobierno progresista de la Revolución Ciudadana, que ahora se revela.

Desde una perspectiva más moderada, Iván señala:

No estuve completamente de acuerdo con la ley porque pensé que se podrían meter otras cosas, pero la ley es el reflejo de una correlación de fuerzas, y de un momento político, organizativo. Es más bien que la ley es el reflejo de una estructura de poder de un momento en la sociedad. Pienso que el tema de la ley de semillas es el reflejo, es un pasito adelante, pero no es el salto que yo habría aspirado. Es un pasito *nomás* lo que se ha logrado ir discutiendo y configurando. Posiblemente no es perfecto, creo que es un paso. Debemos como sociedad ir impulsando los siguientes pasos. Me habría gustado que pudiéramos incorporar con más fuerza, con mucha más potencia, la obligatoriedad del Estado de impulsar en este país los conceptos de la agroecología con claridad, con mucha fuerza; y pienso que eso no se ha logrado desarrollar de la manera más clara y precisa (Iván, ex asambleísta de Alianza País en comunicación personal, abril de 2017).

Desde la acera contraria, Cesar indica:

Nefasto. Es una estrategia comercial. Quien maneja las semillas, maneja el hambre en el mundo, y la pobreza es rentable. Cualquier intento de privatizar, enclaustrar, de quitarles libertad a las semillas es nefasto para los campesinos, incluso para los agricultores medianos. Es nefasto para aquellos que producimos comida, para abastecer al país. Si el setenta y cinco por ciento de la

comida que se consume en el país está producido por familias campesinas, te imaginas cuánta plata circula. El otro veinticinco es producto de exportación.

¿Qué porcentaje de familias van, aquí en Quito, a los mercados, a las ferias libres? No creo que todo el mundo va a al Supermaxi. Entonces, si se les pone restricciones a las semillas, los agricultores perdemos libertad, porque ya no podemos sembrar la papa o el maíz, como quisiéramos sembrar, como siempre lo hemos hecho, porque ahora hay que ir a comprar, porque necesito estar certificado. Si siembro el maíz rojo, o el maíz negro para mi colada morada, ese maíz ya no es legal. Necesito, entonces, que Agrocalidad, o la institución a la que le den la competencia, me dé el certificado. Pero no me van a dar, tengo que ir a comprar.

Si ponen restricción a guardar semillas, están atentando contra mi comida, contra mi familia, me van a matar. Literalmente, me matan de hambre. Nos exigirían un permiso para movilizar semillas –la guía de movilización de semillas. Un indígena que quiera bajar de mi pueblo con su *shigra* de granitos para hacer moler, y regresar con su harina para hacer su comida, tendría que bajar al pueblo para movilizar seis libras de fréjol. Pero, en mi pueblo no hay una dependencia del Ministerio de Agricultura, tendría que bajar a Salcedo, o a Latacunga, porque si me cogen en el camino, y no tengo esta guía, me incautan; literalmente me están quitando el plato de comida. Por ningún lado tiene nada de benéfico, una ley tan restrictiva. O sea, acaban con el campesino (César, integrante de ProBio en comunicación personal, abril de 2017).

Distintos puntos de vista funcionan como referentes para contrastar las direcciones que marcan las correlaciones de fuerza en las disputas políticas, respecto de las tácticas cotidianas que se dan en la agroecología.

3.4. ¿Hacia un balance de la política, la teoría y la práctica en agroecología?

Como se enunció previamente, la separación de estos elementos –la política, la teoría y la práctica- en el marco de esta investigación, tiene un fin estrictamente académico. Con esto se quiere indicar que las categorías se analizan, separadas entre sí, a fin de lograr un mayor nivel de abstracción en la comprensión de cada cual. En la realidad social, y de acuerdo a las coyunturas y formaciones sociales, estas tres se encuentran imbricadas. Formando su propio balance, aportan a la conformación de aquella síntesis que se denomina sentido común (Gramsci 1976).

La agroecología, como una expresión de la praxis –es decir, en tanto acción social transformadora-, permite avanzar en la construcción de posturas críticas y exhaustivas acerca del

estado de cosas que determina a cada categoría en la realidad social. Desde la práctica, que funge como sedimento material para la reflexión teórica, se irá elaborando una suerte de bosquejo de aquello que podría ser el balance de estas tres categorías, teniendo a la praxis como eje transversal.

El espacio de la práctica se ubica como orientadora de la disertación, que para este caso se disponen como la alimentación, los mercados y las semillas. Es así en tanto otorgan materialidad a la reflexión teórica; y, en cuanto permite avanzar en el espacio de la crítica.

La alimentación, en el marco del sentido común, se entiende como un acto natural, que no requiere ni exige de mayor reflexión. Se trata, tanto de un acto de llevar comida a la boca para que cumpla su ciclo digestivo; cuanto de un proceso de toma de decisión en el que interviene la familia, los recursos disponibles y la cultura. No obstante, la respuesta a cuestiones sobre el origen y la calidad de los alimentos, parece tener poca pertinencia (Paredes, Sherwood y Arce 2016), en términos de la síntesis cultural que sobre este tema se ha configurado. El emplazamiento de la crítica en la alimentación no es común, lo que puede comprenderse en una rápida lectura de las ferias, los mercados, los supermercados y los centros de acopio.

Quitar este velo implica, no solo responder a estas cuestiones, sino intentar el encuentro de la ruta global de la alimentación. Resulta muy dicente el balance agroalimentario a nivel mundial. Mientras el 72% de los países, a nivel mundial, es deficitario en el consumo de alimentos básicos; el 55% de las exportaciones de cereales están acaparadas por Estados Unidos, Francia, Canadá y Argentina. Los países de mayores ingresos, además, destinan entre el 10% y el 15% de sus ingresos corrientes para la compra de alimentos; entretanto, los de menores ingresos suelen destinar más del 50% para el mismo rubro (Rubio 2017).

Los resultados del trabajo en campo arrojan una importancia especial de la alimentación, como eje estructural de la agroecología. Los productores entrevistados ubican este proceso como parte del cambio radical que les ha permitido estar y vivir en medio de la agroecología. De hecho, sus reflexiones suelen estar destinadas a los acumulados previos de experiencias relacionadas con la alimentación. En todos los casos, las referencias que realizan en torno a los cambios en su

estado de salud, estado de ánimo, relación con los alimentos; la atención que merece este proceso en la actualidad, es un lugar común (Diario de campo, abril de 2017).

Si la praxis busca la transformación de las relaciones económicas, políticas y sociales (Sánchez 2003), a fin de lograr un nuevo sentido, del sentido común, una nueva síntesis que se denomina buen sentido (Gramsci 1976); la agroecología aporta sobremanera. Al desvelar las simplificaciones en torno a la alimentación, no solo se está afectando la calidad de vida de los individuos; aún más, se están desenredando las imbricadas relaciones de poder que, subrepticamente, determinan la manera en que nos alimentamos. Es más, permite, desde la crítica a la alimentación, crear vínculos con los límites ecológicos de la modernización.

Desde la agroecología se viene avanzando en la configuración de una nueva consciencia, donde hombres y mujeres logran trascender de “su existencia empírica puramente local para colocarlos en una relación de intercambio universal entre ellos, lo que instituye a individuos histórico-universales, empíricamente universales” (Acanda 2002, 8).

Esta nueva consciencia, aun en ciernes, permite allanar discusiones que surgen desde el orden local, y trazan rutas para llegar al nivel global. Tal es el caso de los alimentos usados para la producción de combustible. La producción de semillas, de una especie endémica y tan popular en América Latina, como el maíz, y con un acervo cultural antiquísimo, define coyunturas políticas donde resulta inmerso el petróleo, la alimentación de ingentes cantidades de personas, y una crisis ambiental.

Enormes cantidades de maíz son destinadas a la producción de biocombustible, como una estrategia de los países de mayores ingresos, para mitigar su dependencia del petróleo. No obstante, la eficiencia que quiere mostrarse con esta sustitución no es tal, lo que se agrava con la fuerza de las subvenciones estatales que recibe este rubro, y la hambruna que viene dejando a su paso. Tal es el caso de Estados Unidos y la Unión Europea, que lideran los subsidios a los agrocombustibles, como una salida a su dependencia, en términos de importaciones netas de petróleo (Rubio 2017).

De la misma manera sucede con los mercados y las semillas que, de hecho, van de la mano. Las semillas son uno de los renglones que mayor rentabilidad le generan a las corporaciones transnacionales (Rubio 2017). A ellas han ligado la transgénesis, los procesos de certificación, las patentes, la especulación, la conversión de los alimentos en *commodities*, entre otras.

La preocupación principal, en torno a la compra de alimentos, suele estar ligada a sus precios, más que al proceso de producción que se esconde tras las mercancías (Diario de campo, abril de 2017). Aunque no en todos los casos estudiados el discurso crítico acerca de los mercados capitalistas está bien elaborado, de manera discreta reposa en la intuición de los productores una idea bastante bien concebida acerca de su posición en los mercados a los que asisten. Saben, sobremanera, que aportan a una nueva relación entre productores y consumidores.

De aquí sale una expresión teórico-práctica que permite la configuración de acciones colectivas ordenadas: el problema de la mercancía. Aunque su uso manido ha pasado por todas las facciones de la izquierda política del orbe, la agroecología permite su materialización en un lugar que resulta común a casi toda la humanidad: el mercado de alimentos.

La universalización de la forma mercancía fuerza a todas las relaciones sociales a existir como relaciones mercantiles, dominadas por la lógica de la producción ampliada de valor. Para que ello sea posible, el individuo mismo ha de ser convertido en un consumidor ampliado de mercancías. No solo sus necesidades, sino también su modo de satisfacerlas y el modo de representárselas, tienen que existir como función del consumo no de cualquier tipo de objetos o «cosas», sino de un objeto muy específico: la mercancía. Muy específico porque ella es producida no para la satisfacción de necesidades que puedan considerarse «humanas», sino –por el contrario– para satisfacer su propia necesidad de realización y autorreproducción (Acanda 2002, 7).

La agroecología lleva a un estado de mayor profundidad, la hostilidad que los pequeños productores agrícolas deben enfrentar, al acudir a los mercados. En el contexto de la agricultura convencional, los pequeños productores aprenden de esta relación sobre la base de la desconfianza, lidiando con el dilema que les representa la autonomía (Van der Ploeg 2010). Todo ello debe añadir la crítica a la producción y circulación de semillas, al uso de agroquímicos

respecto de la calidad nutritiva de los alimentos, a la crisis ecológica que ha traído consigo la Revolución Verde (Diario de campo, abril de 2017).

Si hasta ahora se hace evidente, en términos de los mercados y la alimentación, un avance significativo en la construcción de una nueva síntesis, de un nuevo sentido común; en las semillas el panorama no es tan alentador.

En los tres casos estudiados, se presenta una suerte de patrón común en la compra de semillas convencionales de hortalizas que, se configura de esta manera, como una respuesta de los productores a una salida que no ha llegado a su cotidianidad (Diario de campo, abril de 2017). Si bien es un factor de enorme importancia para descartar lo políticamente correcto como determinante en los procesos de transformación social; y, además, permite emplazar a la cotidianidad como un lugar determinante y repleto de contradicciones; no aporta al logro de un buen sentido. Esto es, más allá de sugerir un uso exclusivo de semillas nativas, se quiere hacer evidente la ausencia de una discusión amplia y exhaustiva que permita hallar una salida consensuada, viable y que aporte al sentido crítico de la agroecología.

El peso de la cotidianidad, al parecer, ha dilatado el contenido poderoso y la fuerza impetuosa que representan las semillas, tanto en el proceso de producción, cuanto en la lucha social. Es preocupante que en los tres casos estudiados no haya un vínculo expreso respecto de la lucha que se viene gestando al interior de las organizaciones sociales que se dedican a la agroecología (Diario de campo, abril de 2017). A pesar que con suficientes argumentos sostienen su separación de la movilización social, al tiempo que resaltan su importancia para el alcance de la producción de semillas en el orden local, no existen mayores reflexiones para transformar su estado actual respecto de las semillas.

Al restar importancia a este nivel, se olvida la enorme fisura que va emergiendo en el tejido social. Van der Ploeg lo señala así:

[...] la especificidad histórica de los actuales imperios alimentarios, reside en la combinación contradictoria pero sistémica de dos principios: el mercado global y el sistema de ensamblaje en

línea. En combinación, estos dos principios se ordenan por ejemplo en las llamadas cadenas alimentarias. Dentro de los imperios alimentarios, la producción, incluso la agricultura, ha sido segmentada en una serie infinita de subtareas que en sí son relativamente simples y monótonas y que desempeñan operaciones que forman parte de una línea de ensamblaje mucho más larga. Sin embargo, la línea de ensamblaje ya no se ubica en una planta grande, donde la jerarquía es el principio central de la ordenación. Las partes que conforman estas líneas ahora se encuentran distribuidas por todo el mundo en forma de archipiélago que va cambiando continuamente. Las interrelaciones entre los diferentes elementos, es decir, las conexiones que existen a lo largo de la línea se construyen a través del mercado. Esto permite cambios radicales y ágiles (Van der Ploeg 2010, 358).

De manera que es una alarma de gran calado, la que se está, de alguna manera, obviando en los tres casos de estudio. A pesar que la reticencia frente a la organización social se da a partir de las específicas formas que adquiere en los niveles más localizados, no se hace justicia respecto de los logros que ha alcanzado el movimiento agroecológico en el Ecuador. Con errores y contradicciones, propios de cualquier emprendimiento de esta naturaleza, la agroecología en el país ha ganado terreno al tenor de las acciones desarrolladas por el movimiento agroecológico. Se ha ganado mucho espacio, y se ha generado mucho valor al profundizar la crítica y movilizarla a través de la praxis. Ello no puede ser óbice para permitir la expansión de las fisuras internas. La disputa sigue.

Conclusiones

La filosofía de la praxis, en tanto que marco referencial, dio luces acerca de una forma oportuna a través de la cual es posible comprender el carácter transformador de la agroecología. Las reflexiones que permite entorno a la praxis son de enorme valía, toda vez que, al fomentar la crítica dentro las reflexiones teóricas, tiene en cuenta el asidero material que la impulsa. Al asir la praxis, en términos de una acción social transformadora, se entiende la importancia de la relación que existe entre teoría y práctica. Esto es, la profundización del sentido, del sentido común, para llegar a un buen sentido, se moviliza desde la praxis, desde herramientas teórico-prácticas que así lo permiten.

Con la filosofía de la praxis es posible hacerse a una idea más concreta de la agroecología, en términos de los emplazamientos que logra en la cotidianidad. Puede que, ocasionalmente, muchas reflexiones teóricas alrededor de la agroecología, olviden que los agroecosistemas existen, que están habitados por seres humanos, quizás profundamente contradictorios. Es la cotidianidad donde se construye, de manera paulatina, el devenir de la agroecología, en tanto que disciplina en construcción.

La cotidianidad, dispuesta como un elemento de notable importancia en esta investigación, pudo ser rastreada y caracterizada en atención al ejercicio de observación desarrollado por el autor. Como se indicó en pasajes previos, y se reafirma en este apartado, la etnografía se ubica en espacios hartos localizados, con lo cual las generalizaciones escapan a su naturaleza metodológica. En el cuerpo del documento estuvo siempre la pretensión de enlazar estos elementos tan localizados, como reflejos de problemas globales.

La vida de Marco, Esteban y Efraín, y sus familias, está determinada por el peso de la cotidianidad. La salida al paso para resolver dilemas del diario vivir, son la regla con que viven y, quizás, con que vivimos. La observación participante permitió identificar los espacios de contradicción, aquellos que escapan a las premisas políticamente correctas que emergen en un discurso ligado a la transformación social. Fue muy interesante comprender cómo, en medio de

estas contradicciones, satanizadas por los más ortodoxos, en general su consciencia frente a la construcción de un horizonte nuevo, no escapa a su entendimiento.

Han surgido códigos comunes que le permiten a la agroecología avanzar como una corriente transformadora. La diversidad en el cultivo y en la alimentación, es un elemento que no admite discusión. El suelo requiere de este nivel de diversidad para contener todos los minerales necesarios para cumplir su función. A su vez, la diversidad en la alimentación, se erige como una base preventiva para una mejor calidad de vida, tanto en humanos, cuanto en animales.

Las interacciones en la finca son un punto adquirido e interiorizado en la agroecología, tanto en la teoría, cuanto en la práctica. Los cultivos, la familia, la comunidad, la alimentación, los factores ecológicos, son elementos subyacentes e indispensables para producir una agricultura socialmente responsable y ecológicamente resiliente.

La autonomía relativa de los y las productoras, es otro elemento de notable importancia. Hacer parte de la lógica capitalista de los mercados y las relaciones sociales, inmediatamente produce su par antagónico. Las relaciones sociales, económicas, políticas y socio-ambientales se van transformando, a través de la autonomía lograda para tomar decisiones, dirimir conflictos y configurar espacios institucionales propios.

Estos factores, al menos, aportan de manera significativa al logro de una nueva síntesis, de un nuevo sentido común. Por supuesto es un proceso abierto y en permanente construcción, lo que no resta, de ningún modo, los logros obtenidos, tanto en lo local, cuanto en lo global.

Con los elementos hasta ahora mencionados, es posible afirmar que los y las agricultoras van desarrollando los contenidos transformadores y liberadores de la agroecología. Hasta aquí, y sin explorar aún las contradicciones en que resultan imbuidas las prácticas de los y las productoras, es posible concluir que, en efecto, la agroecología representa una corriente ligada a la transformación de la realidad social.

La observación participante fue usada como una herramienta para la intervención en campo que, además, estuvo ligada al desarrollo del primer objetivo específico. Esta investigación pretendió la caracterización de la práctica en su complejidad, alrededor de la agroecología. La sistematización y análisis de los resultados mostró que, el enorme peso de la cotidianidad, no es óbice para que los y las agricultoras que se han apropiado de la agroecología, pierdan el horizonte de sentido que han incorporado a su vida, a partir de los nuevos elementos que les ha aportado la agroecología. Los y las agricultoras se apropian de la agroecología a partir de la cotidianidad del trabajo en el cultivo, la alimentación, las relaciones familiares y con su entorno social, y con los factores ecológicos que los rodean. Desde allí van conquistando reflexiones práctico-críticas. Esto quiere decir que van apoderándose de una consciencia más profunda sobre sí mismas y sobre su posición en el mundo, pero sin dejar de habitar la realidad que le es actual.

Queda demostrado que es imposible hacer *tabula rasa* en un proceso de transformación social. Desde la agroecología, en la práctica, aun con sus pretensiones de transformación social, se habita el mundo criticado y se toman decisiones en ese contexto. Los y las agricultoras agroecológicas van aportando a la profundización del sentido común estando inmersos en este. No es posible extraerse del contexto social que se habita para transformarlo. Esto quiere decir que van haciendo de su vida un compendio de sentidos práctico-críticos, conviviendo en conflicto permanente con la realidad que les es propia.

Los y las productoras se apropian de la agroecología desde su finca; y, la finca, es la representación de su cotidianidad. En esta cotidianidad se avizoran escenarios de mayor complejidad. Marco, Esteban y Efraín, y sus familias, en medio de sus posibilidades, y de las posibilidades que presenta el contexto en el que practican la agroecología, se encuentran en la procura de transformar sus prácticas vitales. Deben hallar soluciones cotidianas para su vida. La alimentación, las semillas, los mercados, entre otros aspectos, intervienen en la realidad como variables que, junto a muchas otras, conforman un balance que construyen para hacer frente a la realidad que le es propia.

La apropiación que los y las agricultoras hacen de la agroecología en su finca, es un proceso en construcción, y de re-construcción social del espacio habitado, la familia, las relaciones

vecinales, con el entorno ecológico, de los sabores, del intercambio y de la relación con los consumidores. Si no se aborda este proceso tomando distancia de las corrientes simplificadoras, propias del positivismo, no será posible entender las contradicciones que entraña, las maneras en que se imbrican y, en suma, la complejidad que representa.

En términos de lo político, las reflexiones teóricas han aportado con bastante precisión y pertinencia a la caracterización de la disputa que ha emprendido la agroecología. Desde esta trinchera se ha logrado establecer una suerte de horizonte de lucha que las organizaciones sociales han empleado para acometer las acciones colectivas, propias de su naturaleza colectiva. Desde esta postura política se ha logrado una mirada meticulosa, que ha permitido llegar a una consciencia elaborada sobre la contienda y los contendores. Así, las condiciones de transformación de la gran agroindustria dependen del incremento del,

(...) sentido crítico de la agroecología hacia la racionalidad económica y los imaginarios de progreso [...], rechazar todo intento de imposición de recetarios técnicos y metodológicos de aplicación universal, y aumentar la fuerza de los procesos alternativos al desarrollo que la misma agroecología viene construyendo, como lo es la creatividad colectiva, la invención social y la diversificación en los modos de producir, consumir, ser y existir (Giraldo y Rosset 2016, 30).

¿Lo anterior sugiere una sola manera de conquistar ese sentido crítico? Con seguridad depende del lugar desde el que se lea. La pluralidad y heterogeneidad, propias de la agroecología, no solo se aprecian en las distintas personalidades y condiciones que determinan a los y las agricultores y disciplinas que confluyen en la agroecología. También implican la convergencia de múltiples historias, repertorios de acción, horizontes de sentido y cotidianidades que determinan los ritmos, los instrumentos y las formas en que se va conquistando la praxis al interior de la agroecología. La teoría que se ha desarrollado en torno a la agroecología, contiene los elementos que erigen el horizonte de lucha de una nueva corriente que pretende la transformación de la realidad social. Todo horizonte de lucha contiene elementos que llevan a un lugar imaginado y soñado, que no se logra alcanzar. Hace parte de los procesos de lucha social, que requieren de un punto imaginable, y puesto en perspectiva, a fin de conocer los fines por los que se lucha.

Los esfuerzos denodados por establecer, desde la práctica, formas, actitudes e instrumentos críticos para la transformación social, deben estar acompañados por lecturas que prueben y propongan perspectivas distantes de abordajes apriorísticos. Las acometidas teóricas emprendidas *a priori*, tienden a consolidarse en preceptos políticamente correctos, que emplazan una distancia enorme con los diversos órdenes, por lo general contradictorios, que constituyen a la práctica.

La discusión que pervive en torno a una unidad disciplinaria -¿paradigmática?- de la agroecología, ha hecho que la pluralidad de enfoques permita, por un lado, una enorme riqueza en los abordajes teóricos que la acometen; y, de otro lado, un dilema teórico-metodológico que le resta a su capacidad transformadora. Ciertos abordajes teóricos han dedicado enormes esfuerzos al alcance de una pureza en la teoría, abandonando la riqueza de la práctica. Otros, se ligan a la producción de posturas políticamente correctas, como aporte a la lucha social. Otro tanto logra atar las reflexiones a la materialidad de la práctica.

Por supuesto, la reflexión teórica es indispensable. Sin la teoría no es posible escapar al peso avasallador de la cotidianidad. Sin la teoría no sería posible enlazar la práctica con fines superiores, se estaría en la imposibilidad absoluta de construir horizontes de sentido y de lucha. Es más, sin teoría, la discusión en torno al sentido común, y al buen sentido, estaría, toda, echada al trasto. Se quiere dejar en claro el peso de la teoría, y su importancia indiscutible, siempre que logra reconocer en la práctica su asidero material. De lo contrario, se caería en un prontuario de apriorismos, *ad infinitum*.

Desde una postura normativa, y en el marco de la disputa que la agroecología establece con el gran capital agroindustrial, las acciones a emprender deberían estar encaminadas a abandonar toda práctica que aporte al régimen de acumulación de la gran agroindustria. Esto, en plata blanca, implica dejar de comprar semillas importadas, abandonar las prácticas alimentarias que implican el consumo de azúcar refinado, sal altamente yodada, aceites vegetales ultraprocesados, entre otros. Esta es, entonces, una postura políticamente correcta.

Los intelectuales deben reconocer las profundidades de su propia dependencia –dependencia tanto económica como espiritual- del mundo burgués que desprecian. Jamás se superarán esas

contradicciones a menos que exista un enfrentamiento directo y abierto contra ellas (Berman 1999, 117).

Esta exploración de los elementos políticos y teóricos del componente teórico-científico de la agroecología deja en claro la dificultad que implica la universalización de premisas, abordajes y supuestos, a fin de lograr una unidad paradigmática y disciplinaria. Quizás este objetivo se acerque mucho más a la rigurosidad teórica, mientras se aleja de su asidero material –sin decir que esta última no requiera de aquella. Por supuesto es una quimera. Se trata de un espacio de experimentación constante y sin pausa.

Finalmente, considerar a la agroecología como parte activa de una modernidad abierta y sin fronteras, implica aceptar que la agroecología habita en esta modernidad, plagada de contradicciones y conflictos. Las contradicciones de la modernidad del siglo XIX siguen latentes, aunque con fuerzas productivas aún más desarrolladas, y con amplio horizonte de desarrollo, en este mismo sentido (Berman 1999). En última instancia, la agroecología encarna esta ironía.

Al configurarse como un espacio de ruptura, la agroecología debe lidiar con la realidad que le es propia y actual, y que está determinada por las fuerzas productivas del capitalismo, contra las que lucha y en las que habita, desde la cotidianidad.

La disputa actual entre la agroecología y la Revolución Verde se encuentra enmarcada en el peligro de la cooptación. Se trata del punto de ebullición de la contradicción entre el sentido común, la oscuridad y la banalidad; y, el buen sentido, la innovación y la libertad. Es la máxima expresión de la modernidad. Esta contradicción es muy dicente respecto de las fuerzas productivas del capitalismo, donde todos los viejos valores son susceptibles de ser incorporados en el sistema. “Así, cualquier forma imaginable de conducta humana se hace moralmente permisible en el momento en que se hace económicamente posible y adquiere ‘valor’; todo vale si es rentable” (Berman 1999, 108).

La lucha social alrededor de la agroecología llegó a cuestionar el orden global en torno a la agricultura, al punto de convertirse en un ruido para el sistema. La lucha política se ha

manifestado, en su cenit, en las intenciones de la FAO de incluirla dentro del sistema. Y he ahí el riesgo de la cooptación. En otras palabras, la agroecología se encuentra en la entrada del nihilismo moderno (Berman 1999), donde la innovación y la crítica, ya en el sistema, pierden sus valores originales, al adquirir otros nuevos, y entra en la dinámica inmanente de destrucción.

La anterior es una contradicción básica para comprender los límites teórico-críticos, y las oportunidades práctico-críticas. La cotidianidad está contenida en una estructura que depende del balance entre el conflicto y la convivencia.

El componente liberador y transformador de la agroecología se ha venido desarrollando, de manera acertada, sin desconocer los enormes retos que persisten. Algunos elementos dan cuenta de ello.

Primero, los órdenes globales de los mercados agroalimentarios avanzan en la dirección de la destrucción de la base de recursos, sociales y ecológicos, además históricos, de la pequeña producción, en general, y de la producción agroecológica, en particular. Ello ha traído consecuencias socio-ecológicas producidas por tecnologías enfocadas en la reproducción del capital, de manera exclusiva. La agroecología ha logrado inusitados avances en la producción de nuevas relaciones socio-ecológicas, gestadas en los agroecosistemas, y con proyección global. En segundo lugar, la producción agroecológica, ingresa en los mercados con una cierta lógica anti-capitalista, lo que se va en ristre contra los rígidos principios de rentabilidad del capital. Esto ha permitido el fortalecimiento de pequeñas y medianas redes sociales, opuestas al drenaje del valor agregado que los nuevos órdenes globales de los mercados agroalimentarios han traído a la actualidad. La alimentación saludable, a más de situarse como una nueva categoría de análisis, permite la construcción de una nueva articulación, aun en ciernes, de relaciones de intercambio entre productores y consumidores.

Lista de referencias

- Acanda, Jorge Luis. 2002. "¿Qué significa ser progresista en materia de pensamiento?". *El Catoblebas* 10: 5-14.
- Altieri, Miguel. 1991. "¿Por qué estudiar la agricultura tradicional?" *CLADES* 1: s/p.
- Altieri, Miguel. 2015. "Breve reseña sobre los orígenes y evolución de la agroecología en América Latina". *Agroecología* 10 (2): 7-9.
- Altieri, Miguel. 2009. "El estado del arte de la agroecología: revisando avances y desafíos". En *Vertientes del pensamiento agroecológico: fundamentos y aplicaciones*, compilado por Miguel Altieri, 69-94. Medellín: SOCLA.
- Altieri, Miguel. 2008. "El papel estratégico de la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA) frente a los desafíos y oportunidades para una agricultura sustentable en la América Latina y el Caribe del siglo XXI". *Agroecología* 3: 87-95.
- Altieri, Miguel, y Víctor Toledo. 2010. *La revolución agroecológica en América Latina. Rescatar la naturaleza, asegurar la soberanía alimentaria y empoderar al campesinado*. Edición en PDF. Bogotá: ILSA.
- Álvarez-Salas, Lizeth, Diana Polanco-Echeverry, y Leonardo Ríos-Osorio. 2014. "Reflexiones acerca de los aspectos epistemológicos de la agroecología". *Cuadernos de Desarrollo Rural* 11 (74): 55-74.
- Berman, Marshall. 1999. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México, Madrid: Siglo XXI.
- Conferencia Plurinacional e Intercultural de Soberanía Alimentaria. 2012. *Un nuevo modelo agrario para el Ecuador. Propuesta de Ley de Agrobiodiversidad, Semillas y Fomento Agroecológico*. Rendición de cuentas, Quito: COPISA.
- D'Alessandro, Renzo. s.f. *Apuntes para una sociología de la agroecología*. Buenos Aires.
- De Certeau, Michel. 2010. *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana; Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Cline, William. 1995. "Evaluating the Uruguay Round". *World Economy* 18: 1-23.
- Costabeber, José, Gervásio Paulus y Francisco Caporal. 2009. *Agroecologia: uma ciência do campo da complexidade*. Brasília: MDA-SAF.

- Fals Borda, Orlando. 1979. *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla: por la praxis*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- . 1998. *Participación popular: retos del futuro*. Bogotá: ICFES, IEPRI, Colciencias.
- Funes-Monzote, Fernando, y Maikel Márquez. 2016. "Agroecología: ¿utopía para un sistema agroalimentario justo?". *Leisa* 32 (3): 9-12.
- Gamson, William y David Meyer. 1999. "Marcos interpretativos de la oportunidad política". En *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, editado por Doug McAdam, John McCarthy y Mayer Zald, 389-441. Madrid: Ediciones Istmo.
- Garrido, Francisco. 2012. "Ecología política y agroecología: marcos cognitivos y diseño institucional". *Agroecología* 6: 21-28.
- Giraldo, Omar, y Peter Rosset. 2016. "La agroecología en una encrucijada: entre la institucionalidad y los movimientos sociales". *Guaju, Matinhos* 2 (1): 14-37.
- Gramsci, Antonio. 1976. *Introducción a la filosofía de la praxis*. Traducido por José Solé-Turá. Barcelona: Ediciones Península.
- . 1967. *La formación de los intelectuales*. México D.F.: Grijalbo.
- Guzmán, Gloria, Manuel González, y Eduardo Sevilla. 2000. *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. Madrid, Barcelona, México: Ediciones Mundi-Prensa.
- Habermas, Jürgen. 2002. *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*. Cuarta. Madrid: Tecnos.
- James, William. 2000. *Pragmatismo*. Traducido por Ramón del Castillo. Madrid: Alianza Editorial.
- Kuhn, Thomas. 1989. *¿Qué son las revoluciones científicas?, y otros ensayos*. Traducido por José Romo. Barcelona: Paidós Ibérica.
- León Moreno, Liliana Rocío. 2017. "Nostalgia del paladar. Identidad y prácticas alimentarias en tensión de los inmigrantes colombianos refugiados en Quito y jubilados estadounidenses en Cotacachi". Tesis de maestría. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Ecuador.
- León Sicard, Tomás. 2009. "Agroecología: desafíos de una ciencia ambiental en construcción". *Agroecología* 4: 7-17.

- León Sicard, Tomás, Tania Mendoza, y Cindy Córdova. 2014. "La Estructura Agroecológica Principal de la finca (EAP): Un nuevo concepto útil en agroecología". *Agroecología* 9: 55-66.
- Martínez, Roger. 2004. "Fundamentos culturales, sociales y económicos de la agroecología". *Revista de Ciencias Sociales (Universidad de Costa Rica)* I-II (103-104): 93-102.
- McMichael, Philip. 2009. "Banking on agriculture: a review of the World Development Report 2008". *Journal of Agrarian Change* 9 (2): 235-246.
- . 2015. *Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias*. México D.F.: Miguel Ángel Porrúa.
- Méndez, Ernesto, Christopher Bacon, y Roseann Cohen. 2013. "La agroecología como un enfoque transdisciplinar, participativo y orientado a la acción". *Agroecología* 8 (2): 9-18.
- Modonesi, Massimo. 2010. *Subalternidad, antagonismo, autonomía: marxismos y subjetivación política*. Buenos Aires: CLACSO.
- Monroy, Sergio y Luisa Tovar. "Economía popular y agroecología: aproximaciones dinámicas a un enfoque compartido". *Manuscrito inédito*, última modificación el 30 de agosto de 2017.
- Moura, Clovis. 1976. *Sociología de la praxis*. Traducido por Stella Mastrangelo. México: Siglo XXI.
- Paredes, Myriam, Stephen Sherwood, y Alberto Arce. 2016. "La contingencia del cambio social en la agricultura y la alimentación en América Latina". *Íconos* 20 (54): 11-25.
- Restrepo, Eduardo. 2016. *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Edición en PDF. Bogotá: Universidad Javeriana, Enviñón Editores.
- Rubio, Blanca. 2017. *El dominio del hambre. Crisis de hegemonía y alimentos*. Quito: Huaponi Ediciones.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. 2003. *Filosofía de la praxis*. Primera. México: Siglo XXI.
- Sevilla Guzmán, Eduardo, y Marta Soler Montiel. 2009. "Del desarrollo rural a la agroecología: hacia un cambio de paradigma". *Documentación Social* 155: 25-41.
- Sevilla, Eduardo, y Joan Martínez-Alier. 2006. "Orígenes del Movimiento Social Agroecológico en el Estado español y sus conexiones con Latinoamérica, en el contexto de los procesos antagonistas al neoliberalismo y la globalización". En *Los pies en la tierra: reflexiones y experiencias hacia un movimiento agroecológico*, editado por Daniel López y Marc Badal, 71-84. Barcelona: Virus Editorial.

- Soliz, María del Carmen. 2010. *Agroecología y venta directa organizadas, una propuesta para valorizar mejor los territorios de la sierra sur del Ecuador. La dinámica de las organizaciones campesinas de El Tambo, Gualaceo y Octavio Cordero (Cuenca)*. Cuenca: CEDIR, AVSF, FEM.
- Torres, Nataly, Mónica Vera, Francisco Gachet, y Laura Boada. 2016. *Balance de la situación alimentaria y nutricional en Ecuador. Informe 2015*. Quito: FIAN Ecuador.
- Van der Ploeg, Jan Douwe. 2010. *Nuevos campesinos: campesinos e imperios alimentarios*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Vela Peón, Fortino. 2013. "Un acto metodológico de la investigación social: la entrevista cualitativa". En *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, editado por María Luisa Tarrés, 63-92. México D.F.: El Colegio de México; Flacso México.
- Wezel, A., S. Bellon, T. Doré, C. Francis, D. Vallod, y C. David. 2009. "Agroecology as a science, a movement and a practice. A review". *Agronomy for sustainable development* 29 (4): 503-515.

Entrevistas

Carlos, miembro del Colectivo Agroecológico, abril 28 de 2017.

César, integrante de ProBio, abril 24 de 2017.

Efraín, agricultor finca Kurikindi, abril 13 de 2017.

Esteban, agricultor finca La Clem, abril 4 de 2017.

Gerónimo, docente Universidad Nacional de Colombia, mayo 16 de 2017.

Iván, exasambleísta por Alianza País, abril 22 de 2017.

Marco, agricultor finca Yaku Ñan, febrero 16 de 2017.